

SAN ILDEFONSO DE TOLEDO

**LA PERPETUA
VIRGINIDAD DE MARÍA**

*Introducción, traducción y notas de
Jaime Colomina Torner*

INSTITUTO TEOLOGICO
SAN ILDEFONSO

TOLEDO 2007

SUMARIO

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN.....	11
<i>Motivación y circunstancia.....</i>	<i>11</i>
<i>La, Iglesia hispanovisigoda del siglo VII.....</i>	<i>12</i>
<i>Toledo.....</i>	<i>15</i>
<i>San Ildefonso.....</i>	<i>16</i>
<i>Importancia de la obra.....</i>	<i>19</i>
<i>Transmisión del Tratado.....</i>	<i>21</i>
<i>Contenido.....</i>	<i>22</i>
<i>Estilo literario.....</i>	<i>25</i>
<i>Finalidad de la obra.....</i>	<i>27</i>

CONFESIÓN.....	33
1. (Invoca a Dios y confiesa la propia indignidad).....	33
2. (Interpela a las criaturas para que sean testigos de su fe en Cristo y de su pública confesión de la verdad).....	34
3. (Interpela con el mismo fin a los grandes personajes de la historia bíblica y eclesiástica)	34
4. (Interpela a los conciudadanos y próximos a él para que no le impidan proclamar la verdad, ya que Dios es la Verdad y celoso defensor de la misma).....	35
5. (Expone la recta intención que le mueve, buscando solo a Dios y su verdad).....	36
CAPITULO I	39
1. (Invocación a María. En párrafos de gran belleza esboza su grandiosa figura como virgen-madre del Altísimo, su pureza, todo lo que significa para el, y como debe ser loada).....	39
2. (Increpa duramente al heresiarca Joviniano —del siglo IV; rebate su negación del parto virginal, y afirma co energía, énfasis y emoción que Ella es totalmente virgen, pura y santa. Anuncia al final que le buscará un compañero de error).....	41
CAPITULO II.....	45
1. (Ataca ahora con la misma contundencia a otro heresiarca del mismo siglo IV, Helvidio. Este, además, de negar la virginidad en el parto, afirmaba que María tuvo más hijos de manera natural. Ildefonso le echa en cara lo absurdo y blasfemo de su opinión).....	45
2. (María, purificada por el Señor, dispone su alma y su cuerpo a recibirle y darle a luz en este mundo).....	46
3. (Con imágenes vivas y tropos de fuerte relieve, algunos sorprendentes para nuestro gusto y mentalidad, rechaza con horror al que sostiene que María tuvo relaciones sexuales	46
4. (Proclamación vibrante y entusiasta, como si saborease la sinonimia repetitiva, del dogma de la maternidad virginal, conjuntándose en esta Virgen-Madre de forma única prodigiosa e irrepitible la fecundidad materna y la gloria virginal.....	47

5. (Se dirige a Dios como autor de ésta maravilla de maravillas —la Encarnación virginal en María— que nos ha traído la salvación).....49

CAPÍTULO III.....51

1. (Entra en escena un nuevo personaje, el judío. Ildefonso hace recaer en este tipo, sin duda, simbólico y ficticio, toda la perfidia de su pueblo contra Cristo y la Virgen. Esta le pertenece a el por raza, mas a nosotros por fe y amor. Le echa en cara su obstinación en rechazar el prodigio virginal. Es falsa la interpretación que da su pueblo del texto isaiano) (Is 7,14)51

2. (Pero lo que, realmente, vaticinó Isaías fue el milagro de una concepción y parto virginal. Y tenia que ser así, porque Ella es la Madre de Dios, y su Hijo, verdadero Hombre, era el Verbo de Dios, verdadero Dios).....52

3. (Comienza a aducir textos del Antiguo Testamento que se refieren a Cristo como hombre y Dios).....53
(Después de indicar al judío cuanto podría descubrir en la Escritura, si tuviera fe, le recuerda algunos textos que se refieren a la Madre del Mesías).....54

CAPÍTULO IV.....57

1. (Invita enfáticamente al judío a reconsiderar la gloria que aporta a su estirpe esta Virgen, bendecida y amada por todas las naciones y pueblos).....57

2. (Sin embargo, ya habían anunciado los profetas —que cita Ildefonso— la obcecación y prevaricación del pueblo judío).....58

3. (Tras una transición retórica e hiperbólica, invita cordialmente al judío a venir humildemente a esta Virgen, junto con el, buscando su protección y confesando a su Hijo, antes del juicio de Dios).....60

4. (Con imágenes alegóricas sacadas de las Justas y duelos entre caballeros, describe su victoria sobre el adversaria, a quien debe rematar, y a quien insta a oír lo que va a exponer, confiado en el Hijo de la Virgen).....64

CAPITULO V.....	63
1. (Expone con textos veterotestamentarios quien es Cristo).....	63
2. (Utilizando también testimonios del Antiguo Testamento dice de donde vino Cristo).....	63
3. (Con el mismo procedimiento responde a cuando vino Cristo).....	64
4. (Da respuesta al interrogante, adonde vino Cristo).....	65
5. (Responde ahora a la pregunta por que vino Cristo).....	65
6. (Por último, se pregunta y responde como vino Cristo).....	65
 CAPITULO VI.....	 69
1. (Contiene una piadosa invocación al señor).....	69
2. (Sigue preguntando y respondiendo que es lo que hizo Cristo).....	69
3. (Presenta con textos veterotestamentarios la unión de lo divino y lo humano en Cristo, que, siendo Dios y Hombre, es uno solo).....	71
4. [Comienza a aducir, como testigos de la divinidad de Cristo, los milagros que El realizó. Suponiendo que el judío rechazara a los testigos de Ildefonso (Nuevo Testamento), queriendo argumentar desde los suyos (Antiguo Testamento), apela el autor a la Verdad misma que habla, y le rebate su rechazo de las palabras de la Verdad, con el pretexto de que son pronunciadas por los autores nuevos (evangelistas)].....	72
5. (Continúa echándole en cara su obcecación: no da fe al Evangelio porque tampoco la dio a la Ley; rechaza el testimonio que da la Verdad sobre si misma, mientras la busca por errados caminos. Cita pasajes de San Juan).....	74
6. (Pero, ya que el judío se apoya en sus propios testigos, a ellos acude Ildefonso, afirmando que son mas testigos suyos que del judío; avala afirmaciones del Nuevo Testamento con otras del Antiguo Testamento).....	75

CAPITULO VII77

- 1. (Le reta a seguir discutiendo, en presencia de la Verdad).....77
- 2. (Afirma que se apoyará en los que el judío considera testigos suyos, pero que son, en realidad, testigos de la causa de Ildefonso).....77
- 3. (Sigue argumentando con textos del Nuevo Testamento, que se ven confirmados por otros del Antiguo Testamento).....78
- 4. (Ahora bien, si no quiere creer a la Verdad misma, que no se desdeñe de escuchar a sus pregoneros).....79
- 5. (Continúa utilizando textos vetero y neotestamentarios. se circunscribe aquí principalmente a los hechos de la infancia de Jesús).....80
- 6. (Se refiere en todo este párrafo a los hechos de la Pasión y Resurrección de Cristo).....82
- 7. (Proclama el hecho de la resurrección verdadera de Jesús).....83

CAPÍTULO VIII87

- 1. (Introduce a una nueva serie de testimonios dispares87
- 2. (Cita primero el testimonio de la Virgen misma, seguido por el de Isabel, el de Simeón, el de Ana, el del ciego de nacimiento, el de Marta).....87
- 3. (Transición retórica. Nuevos textos evangélicos).....90
- 4. (Aduce ahora el testimonio de los muertos resucitados, y finalmente, el de los mismos demonios, que reconocen la mesianidad de Jesús).....91

CAPÍTULO IX.....93

- 1. (Con una breve introducción retórica, invoca el testimonio de los ángeles del Cielo).....93
- 2. (Interpela primeramente al arcángel San Gabriel y luego se refiere a los otros ángeles que aparecen en diversos pasajes del Evangelio. Concluye diciendo que el judío se ha quedado sin testigos para su causa: toda la tierra está llena de testimonios en favor de la Fe de

Ildefonso).....	94
3. (Anuncia que, después de la testificación de los seres vivos, aducirá la de los elementos inertes).....	96
4. (A lo largo de este párrafo va haciendo desfilar a: la estrella de Belén, el agua transformada en vino, los panes y peces multiplicados, el mar apaciguado por Jesús o sosteniéndole en pie, los peces que acuden a la pesca milagrosa, las enfermedades y dolencias que ceden a su mandato, las tinieblas misteriosas del Calvario, el terremoto.....)	96
CAPÍTULO X.....	101
1. (Solidez y garantía de las verdades de Nuestra FE)	101
2. (Transición retórica a un nuevo tema: la comparación del prodigio de la maternidad virginal con la creación angélica).....	101
3. (La pureza virginal de la Madre de Dios hace a ésta muy superior al excelso mundo de los ángeles)	102
4. (Gabriel y los demás ángeles, en todo lo que lucen, no hacen más que servir al Hijo de esta Mujer. Lo cual era muy propio y adecuado).....	104
5. (Exclamación jubilosa ante la común suerte de los Ángeles buenos y de los redimidos por el Hijo de María)	106
6. (Todas las verdades que escribí —dice Ildefonso— no proceden de mí, pues soy podredumbre y nada).....	106
7. (Todo esto viene de Dios y lleva el respaldo de Las Sagradas Escrituras, de los santos Ángeles, del mismo Cristo).....	107
CAPÍTULO XI.....	109
1. (Retorna el tema de los ángeles que sirven y glorifican al Hijo de María).....	109
2. (Y la razón es que El es Dios y Hombre, como Acreditan diversos textos bíblicos).....	110
3. (Anuncia que se propone conocer mejor cuál es	

El significado de la "generación" de Cristo, para poder cantar y elogiar la gloria virginal)..... 110

4. (Reflexión sobre la milagrosa unión de la Maternidad y la virginitad en María).....111
5. (Conocemos todo lo relativo a este Misterio por la revelación de los ángeles).....112
6. (Esta revelación angélica manifiesta la grandeza incomparable de esta virginitad materna, que ha elevado la naturaleza humana hasta el Trono del Padre).....114
7. (Toda la creación proclama ser obra del Hijo de esta Virgen, a quien se somete: se aducen algunos textos. De ahí la grandeza de su Madre).....115
8. (Si todas las criaturas —ángeles, hombres, seres todos están sometidas al supremo Hacedor, la Encarnación del Verbo por la maternidad virginal, siendo de orden humano, es, también de orden divino en paridad con Dios Creador; de ahí que la maternidad virginal sea el mayor prodigio)..... 117

CAPITULO XII.....119

1. (Humilde y apasionada invocación a María..... 119
2. (Proclama su ansia de ser esclavo de la Virgen, aunque se considera indigno).....120
3. (Apostrofa a todos los que, de una u otra forma, niegan a Cristo y a la Virgen, y hace profesión enérgica de su fidelidad al primero por medio de la segunda).....121
4. (Párrafo conclusivo, de contenido cristológico; expresión de fe y esperanza cristiana)..... 144

PROLOGO

Sinceramente me parece un atrevimiento ingenuo el que yo escriba estas palabras de introducción. Porque yo no voy a presentar a San Ildefonso, que ya lo hace magistralmente el doctor Colomina al presentarnos el tratado mariano del Santo. Ni tampoco necesita de mi presentación don Jaime, profesor egregio de Teología en el Seminario de Toledo, una de las columnas de la Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de la misma ciudad, y promotor insigne de los estudios y realizaciones del rito mozárabe, cuyo pálpito único se mantiene cuidadosamente en la iglesia toledana.

*Únicamente sí que querría subrayar la oportunidad de esta edición del librito ildefonsiano. Porque su *De virginitate perpetua sanctae Mariae* es el monumento mariano más importante, diría —el único expresamente tal—, de nuestra literatura patrística hispana. Y que tuvo larga influencia, dentro y fuera de España, en la época medieval: los numerosos manuscritos que se conservan del mismo lo demuestran. Y hay que reconocer que, a pesar de lo que San Ildefonso debe a San Agustín y a San Isidoro, etcétera, el conjunto de su librito resulta original y sabe a nuevo. Expresa e implícitamente hay mucha mariología allí. Y sobre todo hay mucha devoción entrañable a la Virgen María, esa esclavitud filial y amorosa allí tan tiernamente proclamada, y cuyo eco llega hasta nosotros, recogido y ampliado por nuestros espirituales españoles de los siglos XVI y XVII, y más tarde por San Luis María Griñón de Monfort, etcétera.*

Por eso ofrecernos una edición popular de esta obrita es algo muy benemérito. Las otras ediciones anteriores no eran accesibles para el cristiano de la calle. Ésta lo es. Por eso don Jaime se la ofrece en versión castellana. Tarea difícil, porque el latín decadente del Santo, y su estilo sinonímico —moda

gustos tan distintos de hoy. Sin embargo, don Jaime lo ha logrado. Ha actualizado, en cierto modo, a San Ildefonso, sin traicionarle. Nos ha permitido sentir el amor del Santo por la Señora. Que aquella su voz, lejana de siglos, se vuelva a oír en el nuestro, y que en él se la entienda, y se la encuentre coherente con la de la fe y el amor que tiene y siente, siempre igual, por Santa María la Iglesia de su Hijo Jesucristo. Cierto que el estilo y hasta algunas frases fuertes del santo autor nos extrañan, pero se explican por la retórica, y retórica de su tiempo. Sin embargo, el contenido y la unción del escrito es válido y precioso siempre. Es actual. También ahora se ha hablado y escrito contra la virginidad de María. También es necesario que haya ildefonsos que la sepan proclamar y defender. El librito del santo arzobispo toledano es un documento histórico de la tradición viva eclesial, y es aleccionador para siempre que haga falta recordar aquélla. Y es en todo caso, un testimonio estimulante de piedad Marial.

El momento de esta publicación es también oportuno por hacerse en los acabijos del año Mariano que hemos venido celebrando por iniciativa y mandato de otro gran apasionado devoto de María, el papa Juan Pablo II. Sea así esta edición de la obrita ildefonsina como un recuerdo permanente que nos quede de aquél.

Que la Señora bendiga con su sonrisa maternal al competente traductor e introductor de la misma. Los que le admiramos y leemos se lo agradecemos de corazón.

Baldomero Jimenez Duque

INTRODUCCIÓN

Ofrecemos a lectores cultos de hoy una nueva versión de un texto importante del siglo VII. Es el tratado o *Libellus de virginitate perpetua sanctae Mariae contra tres infideles*, que escribió San Ildefonso de Toledo. Y ello exige unas páginas introductorias.

1. Motivación y circunstancia

La circunstancia que nos invita a escribir de este tema, es el Año Mariano 1987-88¹. Pero el motivo que nos impulsa es llenar un posible vacío, haciendo accesible al gran público esta bella obra.

Efectivamente, contamos con pocas traducciones del tratado.

Tenemos, en primer lugar, la original de Alfonso Martínez de Toledo, el célebre Arcipreste de Talavera, realizada en 1444, y que el padre Madoz ha reeditado con el título *San Ildefonso de Toledo, a través de la pluma del Arcipreste de Talavera*, BAE II (Madrid 1943). Evidentemente esta versión queda alejada del lector medio: tanto su presentación editorial como el lenguaje hermoso, pero arcaico, del Arcipreste parecen reclamar un lector especializado.

Por otra parte, el autor utilizó para su versión uno solo de los muchos manuscritos que transmiten el original latino —el E—, resintiéndose con ello la veracidad del texto. Hoy, contando con una edición crítica de la obra ildefonsina, podemos conocer mejor que él lo que salió de la pluma del santo Arzobispo.

La otra versión es moderna; se debe a Vicente Blanco García, que hizo la edición crítica de este Tratado, colacionando 24 códices. Tanto la edición crítica: *San Ildefonso, De Virginitate beatae Mariae*, CSIC Madrid 1947, como la traducción castellana: *San Ildefonso. Tratado de la*

¹ Fue la "circunstancia" para la 1ª edición de este libro.

Perpetua Virginidad de Santa María, CSIC, Zaragoza 1954, fueron recogidos y reimpresos en la BAC 320 (Madrid 1971). Hemos traducido fundamentalmente sobre este texto crítico del original latino. Pero distanciándonos de aquella versión, como verá enseguida quien coteje ambas traducciones.

2. La Iglesia hispano visigoda del siglo VII

Esta obra nació en un momento de esplendor religioso y cultural de la Iglesia española. «Es un hecho hoy reconocido por todos que, a pesar de la decadencia general de Occidente, la Iglesia española es el remanso del saber teológico en el siglo VII»².

Testigo monumental de este esplendor es la Liturgia hispano mozárabe, cuyos textos eucológicos fueron compuestos casi en su totalidad a lo largo de los siglos VI y VII. Reflejan, en su conjunto, no sólo una buena formación literaria y musical de la sociedad que los gestó, sino amplios conocimientos teológicos y humanísticos.

Y, si la tradición ha conservado los nombres de algunos autores del siglo VI (Justo de Urgell y San Leandro de Sevilla) y del siglo VII (San Isidoro, Pedro de Lérida, Conancio de Falencia, San Eugenio, San Ildefonso y San Julián, de Toledo), la mayoría de los textos son anónimos, debidos a monjes, clérigos y quizá algún laico culto, como el rey Sisebuto, de aquella pujante Iglesia.

Una relación de personalidades ilustres de la Iglesia hispanogoda testificaría su vitalidad en las diversas esferas de la vida cristiana: en la acción pastoral prudente y enérgica (Masona, Montano de Toledo, Eladio, Quirico de Toledo y Barcelona, Idalio...), en la actividad cultural (Isidoro, Eugenio, Ildefonso, Julián, Braulio, Tajón...), y en la espiritualidad y santidad cristiana, ellos mismos y tantos clérigos y monjes, cuyos nombres aparecen en los varios elencos patrísticos confeccionados desde el siglo XVIII (Flórez, Rodríguez de

Castro, Nicolás Antonio) hasta nuestro siglo (Dekkers, T. Ayuso, Domínguez del Val). Es un centenar de nombres que llenan de gloria más de ciento cincuenta años de vida eclesial.

Ya a lo largo del siglo VI fue acreciendo el brillo de una Iglesia católica hispanoromana, que tenía que convivir con otra arriana hispanogoda, además en situación de amplia tolerancia, bajo un Estado godo y arriano. Pero, cuando a partir del III Concilio de Toledo (589) se fusionaron oficialmente en una unidad católica la etnia goda de los conquistadores y la hispanoromana de los conquistados, nace en realidad una única nación —la España católica, que cantó San Isidoro en su *Laus Spaniae*— y una única Iglesia, cuyo fulgor llegó a Roma y a todo el Occidente.

Es un historiador extranjero quien nos recuerda esta “edad de oro de la Iglesia española”:

Si en un periodo se celebran regularmente numerosos sínodos, si en el mismo surgen muchos notables escritores, si el culto divino se ordena y celebra con dignidad y decoro sumo, si el episcopado ofrece figuras gloriosas en ciencia y santidad de vida, si el influjo del episcopado y de la Iglesia en la vida pública es asimismo saludable y notorio, si la Iglesia goza de la necesaria libertad de movimiento..., si los obispos, por una parte, son príncipes de la Iglesia y pastores de la grey a ellos confiada, y, por otra, los primeros súbditos del reino; si el monacato, que es sustancialmente tan antiguo como la Iglesia misma, se recomienda a si mismo tanto por la regular observancia como por su influjo bienhechor sobre la vida espiritual del pueblo...; si estas cosas y otras parecidas se pueden narrar de un periodo, podemos afirmar que se tiene base suficiente para denominar a tal periodo la época áurea, el apogeo de la Iglesia. Pues las enumeradas y otras muchas gozosas características encontramos en la época del 589 al 711 en la historia de la Iglesia de España. Por lo que la podemos llamar la edad de oro de

la Iglesia española³.

Es verdad que este cuadro resultaría falso si no aludiéramos a las muchas y negras sombras que existían. Los cánones de diversos Concilios denuncian y castigan vicios y crímenes nefandos de aquel clero y pueblo: incontinencia sexual (cánones 42, 43 y 44 del Concilio IV; canon 3 del Concilio XVI, canon 6 del Concilio XVII); simonía y otros abusos con relación a bienes de la Iglesia (Concilios VI, VIII IX XI, XVII); blasfemias, supersticiones, actos sacrílegos y hasta satanismo, que son castigados especialmente en el canon 46 del Concilio IV y en el 7 del Concilio XIII. Hasta se encargaban misas en odio a otras personas (canon 5 del Concilio XVII).

También leyendo a San Isidoro (*Etymol.*, lib. XVIII, cap. 39, y en la voz "hypocrita", lib. X) podemos imaginarnos una sociedad «en la que el teatro es un verdadero prostíbulo, porque después de terminados los juegos se postran allí las meretrices»; en el que abundan fábulas obscenas, gestos lascivos y procacidades... Hasta la música suena deshonestamente, pues nos recuerda en su *De Officiis ecclesiasticis*, «la muelle dulzura de saltadores y mimos al son de órganos, cítaras y liras, que entonaban impúdicas melodías».

Además, era una sociedad que había heredado y apenas corregido las hondas injusticias existentes en el Bajo Imperio entre los estamentos sociales, creando graves tensiones y malestar⁴. En este ambiente de luces y sombras se desarrolla la vida monástica y episcopal de Ildefonso de Toledo y de tantos "varones ilustres" de la Iglesia hispanogoda.

³ P.B. Gams, *Die Kirchengeschichte von Spanien*. Graz, 1956, 2.°, II, 2.°, 1 ss.

⁴ Cfr. Luis A. García Moreno, *El fin del reino visigodo de Toledo*, Madrid, 1975, sobre todo, capítulos II y III.

3. Toledo

Desde mediados el siglo VI —con Atanagildo— es Toledo la capital del reino visigodo. Pasa a ser la «*urbs regia, civitas regalis, sedes romúlea*»; esa "villa real", como traducirá siglos más tarde Berceo.

El historiador árabe, el moro Rasis, nos dará años más tarde las razones de haber escogido a Toledo como capital y residencia de los reyes:

Todos la escogieron señaladamente para su morada, porque era en todas las cosas fecha a su voluntad e fue una de las buenas cibdades de cuatro que Hércules pobló en España. Después siempre los Césares la tuvieron por cámara, e Toledo yace sobre el rio Taio e en Taio ovo una puente rica e maravillosa... Toledo es muy buena cibdad, e muy grande, e de muy gran placer, e muy fuerte, e muy amparada, y, maguer la cercaron grandes poderes, siempre se tovo muy bien, e siempre fue muy provechosa para sus moradores, et siempre fue de buena mantención, et muy ahondada en los años fuertes, et vienen a ella de todas partes, et ha la mejor tierra de panes... et es tierra de buenos ayres, et el pan dura hi mucho nin se daña e pueden hi tener el trigo diez años que non sea dañado, et por esto se tenía mucho cuando se guerreaba, et el su azafrán es el mejor que todo lo de España en tinta y en olor. Et Toledo fue la mejor cibdad de término que ovo en España y de la que más fablaban⁵.

Otro árabe, el historiador Xérif al Aledris, da otra razón: el ser considerada Toledo centro geográfico de toda la península⁶.

En el siglo VII era Toledo un verdadero foco cultural. Si durante el siglo VI los centros que irradiaban cultura en la España visigoda se hallaba más en la periferia, a partir del 589, se concentran en el eje Zaragoza-Toledo-Sevilla.

⁵ Cfr. Rasis, en *España sagrada* de E. Flórez, 5 (Madrid, 1747), 137-138.

El mismo Ildefonso llama a Toledo «gloriosa sede..., no sólo por la muchedumbre de sus habitantes ni por la presencia de los príncipes que en ella residen...»⁷. En cuanto al número de habitantes, no puede exagerarse, pero sí sería una de las ciudades mayores de España, con sus moradores apiñados y protegidos por las murallas dentro del actual casco histórico. La capitalidad política, por un lado, y el prestigio de la sede metropolitana así como la existencia de importantes monasterios, por otro, actuaron como factor cultural que irradiaría a toda España. En pleno siglo VIII el metropolitano Elipando invoca con orgullo y menospreciando a sus adversarios esta *scientia et doctrina de Toledo*.

4. San Ildefonso⁸

El autor de nuestro libro nació en Toledo, reinando Witerico (603-610), probablemente hacia el 607.

Una vieja tradición toledana sitúa el lugar de su nacimiento donde hoy se levanta la Iglesia de San Ildefonso o de San Juan (llamada así porque estuvo ubicada anteriormente allí la Parroquia de ese nombre); pero es una tradición inverificable documentalmente.

Tampoco sabemos nada de su familia. En el siglo XIII Gonzalo de Berceo nos describirá la alcurnia y calidad de sus padres: En aquesta cibdad, complida de nobleza —era un cavallero que había grandes riquezas— e había muger fermosa, de grande

⁷ Cfr. *De viris illustribus*, prefacio.

⁸ La primera biografía de San Ildefonso se escribió pocos años después de su muerte: el *Elogium sancti Ildefonsi* (en versión corta y larga; se discute cuál de ellas es auténtica) de San Julián, segundo sucesor de Ildefonso en la Sede toledana; PL 96, 43-44; la de Cixila (910-920) *Vita, vel gesta Ildefonsi Toletanae sedis Episcopi: España Sagrada* de E. Flórez, 5, 504-506 (Madrid 1747); la del Cerratense (siglo XIII), publicada por E. Flórez, *o.c.*, 521-525; la *Legenda b. Ildefonsi secundum regulara asturicensis Ecclesiae*, que dio a conocer Tamayo de Salazar en 1651; PL 96, 47-50. Modernamente se cuenta con dos buenas biografías: Braegelmann, A., *The Life and writings of saint Ildefonsus of Toledo* (Washington D C, 1942), y J.F. Rivera Recio, *San Ildefonso Jie Toledo*, BAC (Madrid 1985). (Madrid 1798).

gracia. —Dixieronle don Esteban a este que vos digo, —home de malas mañas non le traía consigo—, e a su buena muger desían domna Lusía...

Que era de linaje godo lo dice su mismo nombre, Ildefonso (del germánico Hilde —batalla—, y Funs —dispuesto—). Si realmente sus padres pertenecieron a la nobleza palaciega, es incluso probable que no fueran católicos cuando nació Ildefonso; por lo que no pasa de leyenda la aparición de la Virgen a su madre prometiéndole este hijo.

Y, si ya no eran arrianos, sería el suyo un catolicismo poco vigoroso, de neoconversos más bien por conveniencias.

Efectivamente, unos años antes, el 589, ante la Asamblea Conciliar, que había precisado la verdadera fórmula de fe cristológica y trinitaria antiarriana, el rey Recaredo pronunció su confesión: «Yo, Recaredo rey, reteniendo de todo corazón y afirmando de palabra esta santa y verdadera confesión, la cual idénticamente por todo el orbe de la tierra confiesa la Iglesia Católica, la firmé con mi mano derecha con el auxilio de Dios».

Luego suscribe también la reina Bado, y enseguida los próceres arrianos de la nobleza y el episcopado.

Sin embargo, no todos los nobles y obispos asistirían y asentirían. Si la conversión de muchos, siguiendo a los reyes, fue auténtica, la de otros sería más oficial que real. De hecho, por la época en que nace Ildefonso, el rey Witerico dio muestras de desapego al catolicismo y fomentó más o menos tímidamente desde Toledo —sin duda, ayudado o inspirado por algunos próceres—, la vuelta al arrianismo. En tal ambiente, no es fácil que los padres de Ildefonso se manifestaran fervorosos católicos. Tampoco tenemos noticias fidedignas de su formación intelectual. Lo que afirma Cixila y otros biógrafos posteriores sobre su formación en Sevilla a la vera de San Isidoro resulta imposible a la luz de otros datos cronológicos ciertos. Su formación en la niñez y adolescencia sería la propia de los hijos de familias pudientes: junto a las enseñanzas del trivium y el quadrivium, recibiría lecciones de equitación, cinegética y manejo de armas.

Pero muy pronto — «subrudimentisadhucinfantiaedegens», precisa su primer biógrafo— «tocado por el Espíritu divino, se sintió atraído hacia la vida monacal, y, despreciando los afectos de sus padres y la atracción de las cosas mundanas, se dirigió al monasterio agaliense y vivió allí una vida ejemplar durante muchos años»⁹.

En los primeros años de la vida de Ildefonso vivían en Toledo dos ilustres varones: el prócer palatino Eladio, de grandes virtudes y no menor prestigio social, y un joven clérigo de cuerpo enfermizo, tan santo como excelente poeta, llamado Eugenio. El primero acabaría entrando en el agaliense, para salir de allí como Arzobispo de Toledo (621-631). El segundo sería también monje, pero en Zaragoza, bajo el pontificado de San Braulio. Y de allí sería traído a la Sede Arzobispal toledana, que regiría entre el 646 y el 657, como inmediato predecesor de Ildefonso. A diferencia de San Eladio, el cuerpo de San Eugenio fue restituido a Toledo desde las Galias, adonde fue llevado en el siglo VIII, reposando hoy en el Ochoavo de la catedral toledana. Su presencia en las Galias dio origen a la leyenda de San Eugenio I mártir, como primer obispo de Toledo del siglo I.

No pocos historiadores creen que los padres de Ildefonso se aconsejaron de estos dos prudentes varones para orientar la formación del niño. En realidad, solo existían dos tipos de centros de transmisión del saber: las escuelas monacales y las episcopales. En ambas se daba una esmerada formación humanística, aunque con importantes diferencias¹⁰. Seguramente, el niño se educó en el atrio episcopal hasta que abrazó la vida religiosa.

Sabemos que en Toledo y sus alrededores existían varios monasterios masculinos y femeninos (uno de estos, el Deibiense, fundado por el mismo Ildefonso). Seguramente si se regirían por la Regla de San Isidoro, no por la de San Fructuoso, como otros monasterios noroccidentales. En cuanto a la ubicación de estos cenobios, y, en concreto, del

⁹Cfr. *Elogium Sancti Ildefonsi*.

agaliense, escasean los datos para llegar a un acuerdo entre los historiadores.

Muy pronto, desde su retiro, empezó a brillar el joven Amonje. Yo pienso que fue allí y no en su posterior ajetreada vida de arzobispo, todavía joven, donde escribió el celebre tratado que nos ocupa. Y, por lo que afirma en su prologo-confesión, no lo hizo sin dificultades.

En plena madurez, no antes del 646 ni después del 653, fue nombrado abad del agaliense. En el Concilio VIII de Toledo (653) ya suscribe Ildefonso las Actas como abad; igualmente en el IX (655). No así en el X (656), que magnificó y fijó el 18 de diciembre para toda la Iglesia española la fiesta de Santa María, cuyo Oficio hispano mozárabe y quizá también la hermosa misa *Erigamus quaeso* parece compuso Ildefonso. Ignoramos por que no asistió o firmo, habiendo sido indudablemente promotor de esta innovación litúrgica.

Muerto San Eugenio II el 657, es nombrado arzobispo Ildefonso, siendo consagrado el 658. y gobernando la diócesis hasta su muerte el 667. De su prudencia pastoral dice su biógrafo San Julián: «Durante nueve años y casi dos meses permaneció esclarecido por los meritos de su vida y por la firmeza de su gobierno».

Las auras milagrosas —aparición de Santa Leocadia e imposición de la casulla por la Virgen— solo aparecen en las *Vidas* muy posteriores de San Ildefonso a partir de la Cixila (siglo X).

5. Importancia de la obra

San Ildefonso escribió bastantes obras. Su primer biógrafo, San Julián (+ 690), que conoció indudablemente a Ildefonso y quizá pudo manejar escritos inéditos suyos, pues continuó su obra *De viris Illustribus*, lo refiere así: «Escribió muchos libros y muy importantes, de elegante estilo, que el mismo dividió en cuatro partes». De los siete reseñados en la

primera parte solo han llegado tres a nosotros: *el de Perpetua Virginitate sanctae Mariae* contra tres infideles, el de *Cognitione baptismi* y el *De itinere deserti spiritualis*. Sin duda hay que incluir aquí el *De viris illustribus*, aunque no lo refiera San Julián, seguramente por considerarlo continuación del que escribiera San Isidoro.

El segundo grupo lo constituyen las Cartas; el tercero, las Misas, himnos y sermones, y el cuarto, epitafios y epigramas. Nada de estos tres últimos grupos ha llegado a nosotros perfectamente identificable como *ildefonsino*.

Goza de cierta probabilidad, como dijimos, la misa *Erigamus quaesio*, el Oficio de Santa María, así como cuatro himnos, a juicio de Pérez de Urbel¹¹. Algunos sermones¹² y oraciones a la Virgen¹³, y tal vez el epitafio del prelado Eladio¹⁴. Pero de todos ellos ha sido este pequeño *libellus* el que más fama le dio. Y con razón.

El cardenal Lorenzana, en el *Monitum* que introduce a la lectura de esta obra de San Ildefonso en la edición de los Padres Toledanos, que el mismo Lorenzana patrocinó, dice: «Libro este de oro, nunca condignamente ensalzado, cuya gloria, aunque se hubiesen perdido las restantes obras, podría transmitir la suavísima memoria de Ildefonso, con la máxima admiración hacia su piedad y doctrina, a toda la posteridad de los siglos futuros»¹⁵.

Según el padre Madoz, el tratado *De virginitate* es el hito inicial de toda la literatura mariana de España... La crítica de todos los matices está de acuerdo en reconocer que el de *virginitate sanctae Mariae* es el punto de arranque de la

¹¹ Cfr. «Origen de los himnos mozarabes», *Revue Benedictine* 30 (1913) 427.

¹² Algunos especialistas como Bishop, Barre, Fita, le atribuyen determinados sermones con cierta probabilidad.

¹³ También pudieran ser ildefonsinas algunas oraciones marianas del *Oracional de Verona*.

¹⁴ así parece decirlo el epitafio en sus últimos versos: «Yo Ildefonso, a quien el hizo ministro, lo realice...».

¹⁵ SS. Patrum Toletanorum quotquot exstant opera (*Mairiti, MDCCLXXXH*).

teología mariana de España y aún, en ciertos aspectos, de la de otros países.

El tratado De *virginitate* es el hito inicial de toda la literatura mariana de España... La crítica de todos los matices está de acuerdo en reconocer que el *De virginitate sanctae Mariae* es el punto de arranque de la teología mariana de España y aún, en ciertos aspectos, de la de otros países. Situado en los umbrales del siglo VII, cuando el culto de María va a desplegar su esplendor en Occidente, San Ildefonso contribuye providencialmente a la manifestación doctrinal de los privilegios de María... En toda la antigüedad no se habían oído efusiones tan íntimas y calurosas sobre la realeza de María¹⁶.

Y realmente, si aceptáramos la imaginativa *Vita sancti Ildephonsi* de Cixila, fue la misma Santa Leocadia, en su aparición, la primera que ensalzó la obra *ildefonsina* con aquellas palabras: «*Mi Señora vive gracias a la vida de Ildefonso*». Mas valor histórico tienen las que escribió en carta al arzobispo toledano el obispo Quirico de Barcelona (+ 666) al comunicarle el gozo que le causó su lectura, «*luego de leerlo poniendo todo el esfuerzo de mi mente para gustar sus deliciosos aromas*» (PL 96, 193).

A juicio de fray Justo Pérez de Urbel, «*fuera de los libros litúrgicos, tal vez sea el De perpetua virginitate el que más repetidas veces se encuentra en donaciones y fundaciones medievales*»¹⁷. También Vicente Blanco afirma que «*su difusión es solamente comparable a la que siglos más tarde obtendría La imitación de Cristo, del V. T. de Kempis*»¹⁸.

6. Transmisión del Tratado

Otro índice de la importancia de esta obra es el número de códices y ediciones en que ha llegado a nosotros.

¹⁶J. Madoz, «*San Ildefonso de Toledo*», Estudios Eclesiásticos (1952) 497-499.

¹⁷Cfr. Los monjes españoles en la Edad Media I (Madrid 1945), 338.

¹⁸Cfr. Santos Padres Españoles. I. San Ildefonso de Toledo. BAG (Madrid 1971), 161.

En cuanto a los manuscritos, dada la finalidad popular de esta nueva traducción y presentación, no vamos a describirlos. Remitimos al lector a la edición crítica de Vicente Blanco, ya citada (BAG 320), que hace un amplio estudio codicológico de los 24 códices colacionados. Posteriormente se han conocido otros 31 manuscritos, que, al parecer, no darán lugar a una sustancial variación del texto fijado en la edición de Vicente Blanco¹⁹.

Como ediciones impresas existen las siguientes:

1556. —Edición de fray Miguel A. Carranza, en 8. ° (Valencia).

1557. —Edición de Basil Melenio, monje de Casino (Basilea).

1569. —Edición de Jerónimo Waleo (Lovaina).

1576. —Edición de fray Francisco Feu Ardencio, en 8. ° (Paris).

1624. —Edición de Margarino de la Bigne, en 9. ° (Paris). Al año siguiente salió otra edición en 4. °, ya en Douai.

1782. —Edición patrocinada por el cardenal Lorenzana: *SS. Patrum Toletanorum quotquot slant opera* (Matriti MDCCLXXXII).

1862. —Migne reproduce en la PL 96, 54-118 esta misma edición.

1971. —Edición bilingüe a cargo de Vicente Blanco García en la BAG 320 (Madrid).

1972. —Al conmemorarse en Toledo el XIII centenario de la muerte de Ildefonso, se hizo una edición anastática de la citada del cardenal Lorenzana.

En cuanto a las traducciones al castellano, recordamos lo dicho mas arriba.

1. Contenido

Es una obra de hondo contenido mariológico, redactada en estilo sinonímico y de tono polémico.

¹⁹ J.M. Canal, «Tradición manuscrita y ediciones de la obra de San Ildefonso. *De virginitate sanctae Mariae*», *R.E.T.* 28 (1968) 52 ss.

Su valor teológico ha ido creciendo en la actualidad. Escribe un teólogo especialista en San Ildefonso, Juan M. Cascante: «Si para algunos autores, Ildefonso no merecía mas importancia que la de un entusiasta devoto de Maria sin consistencia doctrinal, de unos años para acá su figura como teólogo ha ido subiendo de valor»²⁰. Y en otro lugar, unos años más tarde:

... resulta ser una obra de importante *valor teológico*... Constituye un conjunto muy rico de doctrina mariológica y de documentación escriturística. Aunque las ideas no vienen expuestas con orden y método, tienen, sin embargo, una interna ordenación que permite construir con ellas un verdadero "Tratado de Mariología" muy completo para su época²¹.

El libro es como un bello retablo, cuyas figuras centrales son Jesucristo y su Madre. Todo lo demás se orienta hacia Ellos y, muy concretamente hacia la Virgen, según dice el mismo Ildefonso («a cuya alabanza se encamina lo que narramos»). Todo: la secuencia de profetas y hagiógrafos de la antigua Ley, los autores del Nuevo Testamento y personajes evangélicos, los doctores de la Iglesia y el pueblo fiel, la pleitesía que rinden los ángeles, la confesión forzada y clara de los demonios, la proclamación sin voz propia de los mismos elementos: el mar sereno o encrespado, el sol que se eclipsa a su muerte, los peces que acuden a su orden o se multiplican con los panes, las rocas que se escinden, el agua que se cambia en vino...

Llama enseguida la atención que Ildefonso nunca se refiera a la Señora con su nombre, Maria. En su corazón ha sustituido ese Nombre por el de VIRGEN, o mejor **nuestra** Virgen. Es cierto que la virginidad perfecta de la Madre de

²⁰ Cfr. «La doctrina de la virginidad en San Ildefonso de Toledo», *Estudios Marianas* 21 (1960)391.

²¹ Cfr. «El Tratado *De Virginitate de San Ildefonso de Toledo*» en *La Patrologia Toledano-Visigoda*, CSIC (Madrid 1970), 349-368.

Jesús, proclamada con énfasis y fervor, constituye el trasfondo de todo el libro; pero, a la vez, se ensalzan, subrayan y articulan otras grandes prerrogativas de la Señora: su maternidad divina, su pureza y santidad, su realeza, excelsitud y señorío... ¿También su ascensión corporal? Aludiremos a ello en una nota. Y, aunque era, sin duda, prematuro el descubrimiento fructivo de la maternidad espiritual, se adivina con todo cierta vaga añoranza de una tal vivencia materno-filial en el alma de Ildefonso, cuando desea ardientemente un fiel servicio de esclavitud a esta fiel Esclava, Madre de su Señor y Señora de Ildefonso.

El doctor Cascante, junto a los elementos mariológicos (virginidad, antes, en y después del parto, maternidad divina, cooperación a la redención, incorrupción corporal, santidad sin mácula, realeza y culto mariano), ve importantes contribuciones cristológicas, soteriológicas y trinitarias²². Se han indicado estas fuentes principales del tratado:

San Ambrosio, *De virginibus ad Marcellianum*: PL 16, 187-232.

San Agustín, sobre todo, en *De bono conjugali* y *De sancta virginitate*: PL 40,373-396.397-428.

San Jerónimo, *De perpetua virginitate b. Mariae adversus Helvidium*: PL 23, 183-206; *Adversus Jovinianum*: PL 23, 211-338.

Y, atendiendo especialmente a la forma, San Gregorio M., sobre todo en los tropos literarios, y San Isidoro, en el estilo sinonímico, además de la temática.

La obra se presenta normalmente dividida en: un Exordio o Confessio; once capítulos que desarrollan el tema; y un Epilogo o ferviente peroración.

En un estudio reciente y técnico del libro²³ se dice que el autor se atuvo a este esquema de discurso, con arreglo a los

²² *Ibidem*.

²³ *J. Balleros Mateo*, *El Tratado "De virginitate sanctae Mariae de San Ildefonso de Toledo"*, *Estudio Teológico San Ildefonso (Toledo 1985)*, 289-312.

cánones clásicos:

1. Exordio = Confesión.

2. Narración:

a) Proposición: capítulo I hasta el párrafo 2 de nuestra traducción.

b) División: capítulo I desde el párrafo 2, todo el capítulo II y el capítulo III hasta el párrafo 2.

3. Confirmación:

a) Argumentación: capítulo III desde el párrafo 2 hasta el capítulo X, párrafo 2.

b) Amplificación: desde el capítulo X, párrafo 2, hasta el final del capítulo XL

4. Peroración: capítulo XII.

Lo que si esta claro es que el desarrollo temático del libro (capítulos I-XI) se hace en tres partes: 1) Virginitad en el parto contra el error de Joviniano (capítulo I); 2) *Virginitad en el parto y después del parto* contra el error de Helvidio (capítulo II); 3) y proclamación de todas las grandezas de María junto con su perfecta virginitad, contra el "Judío" (capítulos III-XI).

Esta distinción de las partes —escribe Madoz— fue acentuada en algunos manuscritos hasta el punto de ofrecer la obra de San Ildefonso dividida en tres libros. Así consta de la Carta de Herman, monje laudunense, contemporáneo de San Bernardo, escrita al obispo laudunense» (PL 156, 961-962).

También se consigna como «tres libros» en el catalogo *Cod.Bib.Par.Nat.adq.lat.2169, olim Silensis*²⁴.

9. Estilo literario

Es el llamado estilo sinonímico, hasta el punto de que así intitulen el libro algunos biógrafos y lo caractericen algunos códices (M n G E): more synonymorum conscriptus.

Es un procedimiento que encajaría difícilmente en los gustos de hoy; es como un alarde literario. Llega incluso a cansar al principio, como dice Menéndez Pelayo:

²⁴ Cfr.J. Madoz, o. c26.

Cansa en las primeras paginas tanta acumulación de verbos y tanto repetir la misma cosa, como queriendo dar mas fuerza a la polémica; pero acaba uno por dejarse arrastrar por la impetuosa avenida, admirando a un tiempo el calor del alma y la austera dialéctica del autor²⁵.

Es un estilo de mucho ritmo y musicalidad, que he intentado —seguro que inútilmente— transmitir a la traducción castellana. Son textos mas para ser escuchados en una declamación, a modo de los grandes monólogos en la escena.

Se trata de una técnica que tuvo prestigio en la Alta Edad Media, conocida como "estilo leonino", por San León Magno, y también "isidoriano", por San Isidoro de Sevilla, que utiliza ese modo de expresión singularmente en su obra *Synonyma, Soliloquia o De lamentatione animae peccatricis*: PL 83, 825-826. Pero era conocida ya en el siglo III, tanto en la Cancillería Imperial como en la Papal (documentos de los papas Cornelio, 251-53; Esteban, 254-57; San Dámaso, 366-84; Siricio, 384-98; Zósimo, 417-18; y, como hemos dicho, especialmente San León).

Pero al ser este libro de San Ildefonso el ejemplar más representativo y popular de este género, con razón se le conoce como "estilo ildefonsino".

En cuanto a la lengua, San Ildefonso la domino plenamente como consumado latinista. Su primer biógrafo lo recuerda con encomio hasta llamarle «adorno de los siglos por los ríos desbordantes de su facundia», «considerado celebre por la dignidad de su elocuencia de tal modo que, en las disputas, su larga peroración, cuando se dirigía ampliamente con razón, no se creería que era un hombre, sino que era Dios quien se expresaba por medio de un hombre».

Sin embargo, el latín del siglo VII que él usa pertenece ya a la "edad de hierro" de este bello idioma.

Se han señalado como cuatro grandes épocas en el desarrollo de la rica lengua del Lacio: la "edad de oro" (del

217 a. de C. al 14 d. de C. = muerte de Augusto); la "edad de plata" (del 14 d. de C. al 117 = muerte de Trajano); la "edad de cobre" (del 117 al 410 = Saqueo de Roma por Alarico); la "edad de hierro" (se va acentuando la decadencia a lo largo del siglo V, en la simbiosis con las lenguas bárbaras de los invasores, hasta llegar a la que se ha llamado también "edad de barro", caldo de cultivo de las lenguas romances).

El latín de Ildefonso, aun perteneciendo a esta "edad de hierro", muy alejada del fulgor de los grandes clásicos, e incluso del de los Padres de los siglos IV-V, es vigoroso en las frases concisas y lapidarias, de gran fuerza descriptiva y realismo en los tropos, sonoro y musical, utilizando, a veces, ya giros que anuncian el futuro romance.

Traducirle correctamente entraña una gran dificultad, pues no consiste sólo en verter palabras y frases latinas a nuestro idioma, sino en interpretar y asumir todo un espíritu, toda una mentalidad hispanogoda muy distante de la nuestra.

10. Finalidad de la obra

Este último punto tiene que ver con otras dos preguntas sobre el tono polémico del libro y la época de su composición.

Se ha pensado (Braegelmann, *op. cit.*, 119-120) que el libro pudo tener una simple finalidad didáctica (una catequesis sobre María), siendo los tres adversarios y el aire polémico simple retórica, un recurso literario para el desarrollo y clarificación del tema. Otros, como B. Blumenkranz, *Les auters chrétiens latins du Mayen Age sur les juifs et le judaisme* (París-La Haye, 1963, 111-16) casi no ven más que polémica antijudía.

Parece apoyar la primera hipótesis el hecho de que, siendo Joviniano y Helvidio dos herejes desaparecidos hacía más de dos siglos, parece que sólo podía ser retórico el énfasis que pone el autor al combatirlos. Porque los dos errores que ellos patrocinan sobre la virginidad de María también parece se hallaban pulverizados en las vísperas del

Concilio de Efeso (431), al hacerse común esta fe en todas las Iglesias de Oriente y Occidente, como ha puesto de relieve, sobre todo, el padre Aldama²⁶.

Sin embargo, por los años en que Ildefonso escribía su tratado, el Concilio de Letrán o Romano —649— presidido por Martín I, anatematiza a quienes nieguen que María concibió virginalmente al Verbo, le dio a luz virginalmente y permaneció virgen después del parto (DS 503). ¿No subsistirían dudas en la misma Roma?

Con referencia a España y Toledo, en los años mozos de Ildefonso todavía era reciente y poco profunda la conversión al catolicismo de los hispanogodos, quizá los mismos familiares del joven monje. Y, si bien los arrianos llamaban a María "la Santa Virgen", eran más proclives a negar su virginidad perfecta al negarle la dignidad de Madre de Dios. Puede ser significativo el ejemplo del obispo arriano Eunomio, que predica en Oriente.

Si tal vez aleteaban —quizá entre los mismos allegados de Ildefonso— los errores de Joviniano y Helvidio en aquella Toledo de la primera mitad del siglo VII, no hay duda de que si estaba vigente el tercer interlocutor, "el judío", encarnación de todo aquel pueblo, poderoso entonces en Toledo y España, y peligroso para la integridad de la fe.

Se sabe que a lo largo del siglo VII se recrudece la hostilidad cristiana contra las comunidades judías, según consta de diversos documentos eclesiales y regios; y no solo en el Occidente cristiano, sino también en el Imperio de Oriente, a partir de Heraclio, furioso por haber apoyado los judíos a los persas invasores de Siria, Palestina y Egipto. En esta política antijudía se distinguirán también los papas Gregorio, L Magno (590-604) y Honorio I (625-638).

En España, Sisebuto (612-621) decreta la conversión de los judíos españoles al catolicismo; y muchos lo hacen forzosamente y otros tienen que huir. Poco después el IV Concilio de Toledo tiene que oponerse a las

conversiones forzadas, porque se multiplicaba la problemática de los judaizantes. Chintila y Ervigio seguirán legislando contra ellos, endureciéndose también la actitud de la Iglesia.

Solo a principios de siglo pudo existir alguna controversia publica entre judíos y cristianos, como refleja la *Epistola ad Froganem* del obispo toledano Aurasio. Pero eso resulto imposible a medida que se va acentuando la hostilidad y legislación represiva. Por tanto, las diversas publicaciones antijudías que fueron apareciendo se orientaban mas a la lectura de los cristianos —pertrechándolos en la defensa de su fe contra el proselitismo o ataques judíos— que a los adversaries²⁷. Así hay que entender también el libro de San Ildefonso.

Por eso pienso que, en realidad, ni fue una simple catequesis mariana que utiliza el estilo sinonímico y el tono polémico como método para enseñar mas vivamente una doctrina, ni tampoco una simple obra apologética contra errores heréticos y judaizantes, de acuerdo con el ambiente general antijudío. En la mente del autor se suman ambas cosas: el quiere adoctrinar combatiendo; enseñar la verdad sobre Maria, incluso a los mismos que combate, como puede verse en repetidas suplicas al judío para que acepte la divinidad de Jesús y la grandeza de esta Madre-Virgen, hija excelsa de su estirpe.

Y todo eso con fogosidad juvenil, con fantasía exuberante, pero con sólida argumentación teológica y escriturística...

Pasan de 180 las citas directas de la Escritura; pero en realidad, las indirectas por alusiones, paráfrasis, etcétera, son incontables²⁸.

En casi todos los párrafos resuena un eco de la

²⁶ Cfr *Virgo Mater*. (Granada 1063). 1949

²⁷ Por ejemplo, los dos libros de San Isidoro: *Liber de variis quaestionibus adversus judaeos seu ceteros infideles vel plerosque baereticos judaizantes* y *De fide catholica contra judaeos*, anteriores, sin duda, a la obra de Ildefonso; y el libro de San Julián, *De comprobatione sextae aetatis*, que era posterior. Ver R. Hernández, «El problema de los judíos en los p.p. visigodos», en *Patrologia...*, 99-120.

Escritura. El cita normalmente por la Vulgata; pero a veces lo hace de memoria, no literalmente, o siguiendo otras fuentes litúrgicas, como el Oficio.

La interpretación que hace de algunos pasajes, muy literalista, es inaceptable hoy, a la luz del original masorético. Pero quizá esto no tenga demasiada importancia en el desenvolverse de toda la argumentación, que, en su conjunto, sigue siendo válida en una confrontación judeo-cristiana.

²⁸ J. Balleros Mateo, o. c, 187-205, hace un detallado estudio de estas citas bíblicas implícitas o menos explícitas, que el lector puede consultar. Pero sigo pensando que es difícil encontrar muchos párrafos carentes de reminiscencias bíblicas.

*Tratado de la perpetua
virginidad de Santa María*

SIEMPRE VIRGEN

CONFESION

EN EL NOMBRE DEL SEÑOR. COMIENZA EL PREFACIO DE ESTA OBRA EN QUE SE EXPRESA LA HUMILDE DEVOCION Y PIADOSA CONFESION (DE MI FE)

1. (Invoca a Dios y confiesa la propia indignidad)*

Oh Dios, luz verdadera que iluminas a todo hombre que viene a este mundo; Dios que otorgas la sabiduría a los pequeños y llamas a los ignorantes para que caminen por las sendas de la prudencia; Dios que de lo impuro haces lo puro, y, borrando los pecados, justificas sin merito propio al pecador, dame luz con que te vea, concédeme sabiduría para que te entienda, otorga tu perdón a mis iniquidades para que alcance tu misericordia.

Y de tal modo, Señor, quede atado por el amor, impelido por la dulzura, arrastrado por la caridad, que derrame el vino de la sagrada confesión como del lagar de tu dulzura.

Y, puesto que no hay realidad de buenas obras (en mi), que haya el fruto de la buena confesión. Pues, ya que las cadenas y ataduras de los pecados, su gravedad y peligros, la ruina y los daños apremian el alma abatida por la iniquidad, y, pues no ha sido dado bajo el cielo otro nombre en el que pueda yo ser salvo sino el tuyo, oh Cristo Jesús, Hijo del Dios vivo, por eso busco el refugio de la confesión, solicito por ella el remedio, imploro ayuda por amor de la confesión, de suerte que yo, impío, ame tu mucha piedad, porque Tú, oh Piedad, borraste mis muchas iniquidades.

* N.E.: La subdivisión de los capítulos y los correspondientes títulos son añadidos del editor.

2. (Interpela a las criaturas para que sean testigos de su fe en Cristo y de su pública confesión de la verdad)

Atiendan, por tanto, los cielos y todo cuanto en ellos hay, atienda la tierra y todo lo que hay en ella, atienda el mar y cuanto bulle en el, y óiganme creer con piadosa confesión que Tú eres Cristo Jesús, Hijo de Dios vivo, que viniste a este mundo no para juzgarme, sino para salvarme, de modo que, creyendo yo en tu Nombre santo, alcance la Vida Eterna.

Y así, reconocido confesor por el testimonio de todas las criaturas, te confiese en el cielo a Ti, a quien no me avergüenza confesar en la tierra. Y Tú mismo me libres de las manchas de los pecados y de la agresión de todas las adversidades; y me asistas como defensor Tú, a quien la fidelidad de mi confesión defiende de las contradicciones de los infieles.

3. (Interpela con el mismo fin a los grandes personajes de la historia bíblica y eclesiástica)

Escuchadme, por tanto, vosotros, oh Moisés, que hablas cosas añejas con los autores de la antigüedad (Antiguo Testamento); oh Isaías, que vaticinas con los profetas hechos poderosos; oh Mateo, que con los evangelistas anuncias las primeras Nuevas (Nuevo Testamento); oh Pedro elegido, predicando con los Apóstoles insignes palabras, y vosotros, muchedumbre de felices maestros, que decís la verdad y enseñáis lo saludable en el seno de toda la Iglesia de Dios: que yo tengo por cierto lo que vosotros os esforzáis en predicar que debe ser creído; que yo confieso piadosamente lo que vosotros mismos confesáis verazmente; que también yo anuncio lo que vosotros hacéis oír que debe ser anunciado; que con esto puedo lo que puedo: acatar verdaderamente todo aquello que vosotros decretáis que acate toda la Iglesia de Dios.

De donde, pues creí, hablaré; pues oí, no callare; puesto que amo, anunciaré, no introduciendo cosa alguna en mi discurso por motivos de contienda o vanagloria, nada estableciendo en contradicción con la santa verdad, nada que la socave, sino pretendiendo aquello, que, o bien descubra la verdad, o bien la manifieste. Y, si —lo que impida la abundante misericordia de la divina piedad— bien por casualidad, bien por impericia del que escribe, el empeño indiscreto y erróneo del que trata esta materia resultara ofuscante allí donde, por otra parte, brilla la verdadera luz de la sana doctrina con el ejemplo de los auténticos maestros, yo obedeceré gratamente, asentiré devotamente y con toda rapidez lo haré mío.

No conteniendo cosa profana en mi confesión, no reteniendo algo ajeno a la piedad, que es el mismo Dios, ni albergando en lo íntimo de mi corazón cosa alguna que contradiga a la única y santa fe, o que en modo alguno obste a las realidades divinas o se oponga a los santos sacramentos o ataque los sagrados misterios.

4. (Interpela a los conciudadanos y próximos a el para que no le impidan proclamar la verdad, ya que Dios es la Verdad y celoso defensor de la misma)

Así pues, que el superior no me desprecie, el igual no me desacredite, el súbdito no me injurie; que nadie me eche de casa y nadie me denigre en la plaza pública; que el religioso no critique o el ciudadano murmure; que el anciano no rechace al adolescente, ni el joven desprecie a su coetáneo, que la edad avanzada no se ría del que ya es mayor de edad; que el docto no me desaprobe o el ignorante me deseche, que el poderoso no me rechace o el modesto me aparte; que ni el discípulo me moleste, ni el siervo me veje; que ni la edad me acuse ni el sexo me discuta.

Pues la verdad subsiste eternamente. Vive lo que es verdadero. No desfallece lo que procede de la verdad. No sucumbe lo verdadero ante lo falso. Ni la verdad es vencida por falacias. Las cosas verdaderas no se cambian por las falsas, y,

si la verdad es recubierta por las sombras de la mentira, aquello que es verdadero revelará los secretos de la verdad. Que lo falso no subsistirá, lo verdadero no fallará, lo que se encuentra fuera de la verdad será vano, lo que esta lejos de la verdad se disipará. Porque la verdad es Dios y lo que es de Dios es verdadero y lo que viene de Dios subsiste por su sola verdad.

De ahí que quien a Dios anuncia cuenta la verdad, quien dice la verdad sobre Dios difunde el conocimiento de la verdad, quien afirma lo que es verdadero defiende los derechos de la verdad, el que abraza a la verdad ama a Dios, y quien realiza la verdad cumple la voluntad de Dios.

Dios ve ciertamente lo oculto, Dios conoce lo escondido, Dios penetra lo íntimo, Dios escruta lo arcano. Por tanto, conoce al que pervierte la verdad, sabe quien cambia lo que es verdad, sorprende al que rebaja la verdad y le resulta patente quien extingue la verdad.

Y El vendrá ciertamente, vendrá y no esta lejos. Vendrá próximamente, vendrá desde cerca. Y, cuando, en breve, se inflame su ira y venga en su majestad, cuando se haga en su entorno una gran tempestad y le preceda el fuego, entonces dichosos los que le aman de verdad, dichosos los que predicán de El la verdad, felices cuantos no desprecian la verdad, los que realizan la justicia en la verdad, los que guardan su juicio en la verdad y cuantos confían en El.

Ya que vendrá como Juez, saldrá al encuentro severo, se hará presente temible, aparecerá terrible.

5. (Expone la recta intención que le mueve, buscando solo a Dios y su verdad)

Que todos, consiguientemente, miren, atiendan, consideren que yo no busco nada mas que la verdad, nada amo mas que la divina verdad, no defiendo otra cosa que a Dios y a las cosas de Dios, con todo mi corazón, toda el alma, todas mis fuerzas, desde toda mi intimidad y mis entrañas, en aquello que yo entiendo, se y refiero. Oponiéndome solo a

los enemigos de Dios, enfrentado solamente a los profanadores y a todas las profanaciones, y, por amor de la verdad, adversario tan solo de los que atacan la verdad.

Y hago esto para que, si bien esta vida —que es un riesgo sobre la tierra— haviere al ya cansado, aquella verdad, que es Dios, le conduzca a la salvación y le posea viviente por los siglos de los siglos. Amen.

CAPITULO I

1. (Invocación a Maria. En párrafos de gran belleza esboza su grandiosa figura como Virgen-Madre del Altísimo, su pureza, todo lo que significa para el, y como debe ser loada)

Señora mía y dueña mía, adueñada de mi, Madre de mi Señor, sierva de tu Hijo, engendrada del Creador, yo te ruego, te rezo, te suplico que tenga el espíritu de tu Hijo, el espíritu de mi Redentor, para que entienda acerca de Ti lo verdadero y lo digno, hable sobre Ti lo verdadero y lo digno y ame todo lo que sea verdadero y digno de Ti.

¡Oh Tu, la elegida de Dios, la acogida por Dios²⁹, la llamada por Dios, cercana a Dios, adherida a Dios y a Dios unida; Tu, la visitada por el ángel, saludada por el ángel, bendecida por el ángel, alegrada por el ángel, ruborosa ante sus palabras, atónita en tu pensamiento, estupefacta por el saludo, admirada por el anuncio de la promesa!

Oyes que hallaste gracia ante Dios, se te manda no temer, eres confirmada en tu fe, instruida en el conocimiento de prodigios, llevada a la gloria de una novedad inaudita. Con referencia a un hijo es advertido tu pudor, y con el nombre del Hijo certificada tu virginidad. Se predice que el Santo que

²⁹ El termino "acogida", *adsumpta a, Deo* sugiere en principio la fe de Ildefonso en la Asunción corporal de Maria. ¿Pero no seria prematura esa fe en la primera mitad del siglo VII? Recordemos, no obstante, los famosos *Transitus Mariae*, que se difunden por Oriente desde el siglo IV, describiendo la muerte, resurrección y Asunción de la Virgen; escritos que difunde por Occidente Gregorio de Tours (594), pocos años antes de Ildefonso. Recordemos que a finales del siglo IV San Epifanio (Panarion 78, 23), dice «no haber conocido nadie su partida» de este mundo, y admite la posibilidad de que su cuerpo esté en la gloria; y también que en el siglo VI, la Iglesia madre de Jerusalén celebraba su Asunción corporal, y desde el 600 la Iglesia de la capital del Imperio; y que a finales del siglo de San Ildefonso se instaura la liturgia de la Asunción en Roma misma...!Nada de este clima respiró la ilustre Iglesia toledana y el fervoroso

nacerá de Ti será llamado Hijo de Dios y se te anuncia cual será el poder del que nace.

« ¿Como se hará?», preguntas... ¿Interrogas sobre el origen?; ¿indagas la razón?; ¿quieres conocer el hecho y el modo de realizarse? Escucha un oráculo inaudito, considera una operación sin precedentes, advierte un desconocido arcano, presta atención al hecho jamás visto: *El Espíritu Santo vendrá sobre Ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra* (Lc. 1, 35).

Toda la Trinidad realizará en Ti invisiblemente la concepción; pero solo la Persona del Hijo de Dios, que nacerá corporalmente, de Ti tomara carne. Y, por tanto, lo que será concebido en Ti y nacerá de Ti, lo que saldrá de Ti engendrado por Ti y por Ti parido será llamado Santo, Hijo de Dios. Este será el gran Dios de las virtudes, Este el Rey de los siglos, Este el creador de todas las cosas.

He aquí que Tu eres dichosa entre las mujeres, virgen entre las parturientas, señora entre las siervas, reina entre las hermanas. He aquí que desde ahora te proclaman dichosa todas las gentes, dichosa te reconocen las virtudes celestes, te predicán todos los profetas, te celebran todas las naciones.

Feliz Tu para mi fe, feliz para mi alma, feliz para mi amor, feliz en mi alabanza y predicación. Que yo te predique cuanto mereces ser predicada, que yo te ame cuanto mereces ser amada, que te ensalce en todo lo que eres loable, que te sirva en cuanto se debe servir a tu gloria. Tu, recibiendo a Dios

monje del Agaliense? El tema central del libro es Maria: su grandeza, santidad, excelencia; pero contemplada, sobre todo, en la dimensión de su virginidad corporal. De alguna forma El cuerpo de Maria se hace presente en la mayoría de las páginas. Es llamado bellamente ese cuerpo "casa", "morada" del Señor, "palacio", "edificio" del "arquitecto todopoderoso"... Proclama Ildefonso que el Cuerpo que ha nacido de el se ha sentado en el Trono de la Divinidad y es adorado por los Ángeles. ¿Y vamos a pensar que Ildefonso creía que el cuerpo de la Madre se había podrido en un vulgar sepulcro, siendo ya polvo, ceniza y nada? Creo que en el corazón de Ildefonso esa Virgen que le enamora y provoca en su espíritu esa torrencera de ideas, imágenes y hasta piropos, no era un simple espíritu descarnado.

solo, eres posterior al Hijo de Dios, pero, engendrando a Dios hecho a la vez Hombre, eres anterior al Hijo del Hombre; al cual, por solo acogerle, Dios se hospeda en Ti, mas, por concebirle, el Hombre que a la vez es Dios habita en Ti.

En el pasado limpia para Dios, en el presente llena del Hombre-Dios, en el futuro Madre del Hombre-Dios; alegre por la concepción y la doncellez, gozosa por el hijo y la intacta pureza, tan fiel al Hijo como al esposo. De tal modo fiel al Hijo que ni El mismo conociera progenitor carnal; fiel de tal modo al esposo que el mismo te reconociera madre sin concurso de varón.

Mujer, que has de ser glorificada en el Hijo tanto cuanto, estando libre de todo contacto varonil, has sido instruida en lo que debías conocer, enseñada en lo que debías creer, asegurada en lo que debías esperar y confirmada en lo que, sin detrimento alguno, debías conservar.

2. (Increpa duramente al heresiarca Joviniano —del siglo IV—; rebate su negación del parto virginal, y afirma con energía, énfasis y emoción que Ella es totalmente virgen, pura y santa. Anuncia al final que le buscará un compañero de error)

Y tu escucha, Joviniano, fatuo, de corazón engrেído, reflexiona en tu interior, oh necio, aprende con sensatez, pobre loco.

No te permito alegar que la pureza de nuestra Virgen fue maculada en el parto, que separes la integridad de la maternidad; no consiento que rompas el sello de la virginidad.

El cuerpo de Maria se hace presente en la mayoría de las páginas. Es llamado bellamente ese cuerpo "casa", "morada" del Señor, "palacio", "edificio" del "arquitecto todopoderoso"... Proclama Ildefonso que el Cuerpo que ha nacido de el se ha sentado en el Trono de la Divinidad y es adorado por los Ángeles. ¿Y vamos a pensar que Ildefonso creía que el cuerpo de la Madre se había podrido en un vulgar sepulcro, siendo ya polvo, ceniza y nada? Creo que en el corazón de Ildefonso esa Virgen que le enamora y provoca en su espíritu esa torrentera de ideas, imágenes y hasta piropos, no era un simple espíritu descarnado.

En el orto del que nace, no tolero que prives a la Virgen del oficio de madre o sustraigas a la madre la plenitud de la gloria virginal. Si confundes alguna de estas cosas, serás confundido en todo. Si no eres capaz de armonizarlas, tu mismo serás privado de la armonía de la verdad. Si sostienes que son discordantes, tu mismo te hallaras siempre en desacuerdo con la justicia. Si arrebatas a nuestra Virgen o la maternidad o la virginidad, cometes contra Dios una injuria enorme. Pues niegas que pudiera conservarla intacta al tiempo que afirmas que pudo allegarse a la Virgen sin corrupción.

Niegas que Dios pudiera hacer lo que hacer quería, cuando mantienes que halló a su Madre íntegra y la dejó tocada de corrupción. Pues, según afirmas, la Divinidad todopoderosa no favoreció a la virginidad sino más bien la dañó, si es que al violar la gloria virginal naciendo, destruyó su perfecta virginidad. Por lo que estableces que El mismo afeó, naciendo, de la Virgen, a la que, creándola, había hermoseedo.

¡Que se paralice, que se embote, suplico, el corazón capaz de rumiar tales cosas, que enmudezca la boca capaz de proclamarlas, se atasque la lengua capaz de exponerlas y no resuene la palabra que tales cosas cuenta!

Pues he aquí que Ella es virgen según Dios y virgen según el hombre, virgen por el testimonio del ángel y virgen a juicio del esposo, virgen antes de tener esposo y virgen unida a su esposo; virgen indudable aun cuando dudó el esposo. Virgen antes de la llegada del Hijo, virgen después de engendrar al Hijo, virgen en el nacimiento del Hijo, virgen después de nacido el Hijo.

Fecundada por el Verbo, embarazada del Verbo, rebosante del Verbo y en su parto digna del Verbo; y con un nacer ciertamente humano, según la ley humana, el uso humano, la condición humana y la humana verdad, quedando realmente intacta, incorrupta, inviolada, pura, integérrima.

Por divino obsequio y divino favor, por divino otorgamiento, divino hallazgo, divino don y divino consentimiento, mediante un nuevo artificio y nueva

eficacia, por una nueva operación, un efecto nuevo y nuevo parto, Ella es virgen con el Hijo concebido y por el Hijo concebido, virgen en la concepción y después de la concepción, virgen durante el parto, en el parto, con el parto y después del parto. Virgen con el Hijo que va a nacer, virgen con el que nace, virgen después de nacido el Hijo.

Llamada esposa y virgen, tomada como esposa y virgen, tenida por esposa y virgen, y con marido y descendencia, virgen perpetua. Mujer, que ignora marido, tacto o abrazo carnal, que jamás conoció la unión marital. Y, en consecuencia, de modo cierto, indudable, verdadero y veraz, virgen santa, virgen feliz, virgen gloriosa, virgen pura. Mas, después de la generación del Verbo encarnado, después del nacimiento de Dios hecho Hombre, después de engendrar lo humano asumido en Dios y de dar a luz al hombre unido a Dios, ya la mas santa y santísima Virgen, la mas feliz y felicísima Virgen, la mas gloriosa y gloriosísima Virgen, la mas noble y nobilísima Virgen, la mas pura y Purísima Virgen, la mas augusta y augustísima Virgen.

Sin embargo, para que no quedes tu solo preso entre las zarzas de tu locura, no quedes tu solo enredado por los espinos de tu demencia y trabado por la maleza de tu insensatez, para que no solo tu seas agujereado por las agudezas de tu inteligencia ni solo tu perezcas por la espada de tu misma argumentación, yo uniré a otro igual, juntaré a otro idéntico, asociaré a otro semejante, ataré a otro par igual, encadenaré a otro tal (como tu).

CAPITULO II

1. (Ataca ahora con la misma contundencia a otro heresiarca del mismo siglo IV, Helvidio. Este, además, de negar la virginidad en el parto, afirmaba que Maria tuvo más hijos de manera natural. Ildefonso le echa en cara lo absurdo y blasfemo de su opinión)

Escucha, por tanto, también tu, Helvidio, atiéndeme, desvergonzado, óyeme, hombre impúdico, mírame, deshonesto, contéplame, atrevido. ¿Por que te dejas llevar por la impureza? ¿por que te presentas sin vergüenza? ¿por que llegas sin honor? ¿por que sales a mi encuentro sin respeto? ¿por que molestas cínicamente? ¿por que malogras el buen principio de nuestra Virgen con un final de corrupción? ¿por que infamas un comienzo virginal con un término de procreación? ¿por que a una integridad, consagrada por la Divinidad, la afeas con la cópula humana?

No tolero que avasalles el derecho de la Majestad, ni que intentes ofender osadamente la posesión de Dios, o que dañes con opinión despectiva a la mansión de la Divinidad, o socaves con injurias de corrupción a la Casa del Señor, ni que afirmes que cualquiera pudo allegarse a la puerta de la Casa de Dios, que fuera cerrada a su salida. El Dios de las virtudes es el dueño de esta propiedad. El Rey de los cielos es titular de este derecho. El Todopoderoso es el arquitecto de este edificio. Solo El es quien sale y quien custodia la puerta de esta salida.

Nadie con El entró, nadie con El salió; ningún compañero en la acción de llegar a Ella, ninguno en la acción de salir.

Nadie conoció como se introdujo, y como salió, solo la salida lo sabe. Entra, por así decirlo, sin vestido aquel Dios, que —lo digo ciertamente— salió de carne vestido.

Viene a un palacio que es obra suya y toma tan solo vestimenta de carne. El mismo que viniera volvió a salir, pero sale de manera diferente a como entró. Al entrar en esta morada no arrebató el tesoro de la pureza y al salir más bien la enriqueció con la integridad.

2. (María, purificada por el Señor, dispone su alma y su cuerpo a recibirle y darle a luz en este mundo)

Ella había sido purificada por el Señor, pero no llena todavía con la venida del Señor. Por el anuncio del ángel conoció el advenimiento de su Creador y admira el inicio de la nueva unión. Se sabe inhabitada por Alguien, pero no comprende como actúa en su interior.

Sin embargo, dispone las virtudes del alma, y, en actitud de servicio, cumple al Señor los oficios de la creación debida. Lo que había determinado Aquel, presidiendo en el cielo, lo realiza Esta, recibéndolo en si misma, gozándose en preparar para su Creador una carne pura y un alma; y de forma que llevó a su Hijo carnal un don espiritual y vistió a Dios con la realidad inimitable e incorruptible de su carne.

Al cumplirse el tiempo, siente que va a salir el que había venido, y, gozosa por el placido modo de nacer, contempla al que llega de modo distinto a como sabe que vino. Le ve a Él vestido con la realidad de su carne, pero no siente en si misma la integridad de su pureza y recato disminuida, sino por el contrario, acrecentada.

En esta esfera, augusta soledad para Dios y su Casa; en esta morada, exclusividad para el Albergue y su Huésped; este lugar se acomoda tan solo a un Allegado. Este seno se goza con un solo conocimiento: no conoce otros miembros varoniles que los del Hijo que nace.

3. (Con imágenes vivas y tropos de fuerte relieve, algunos sorprendentes para nuestro gusto y mentalidad, rechaza con horror al que sostiene que María tuvo relaciones sexuales)

Por tanto, habiendo predicho estas cosas el Espíritu de Dios por medio de los profetas, habiéndolas confirmado por medio de los doctores, defendido por medio de los autores de la verdad, ratificado para toda la eternidad, ¿por que las denigras tanto y tan continuamente tu, inventor de un nuevo error, difamador estultísimo? ¿Por que tal infamia te atreves a

afirmar y pronunciar, te empeñas en murmurar, te propones susurrar, presumes sostener? ¿Que, después de engendrar a Dios, después de la encarnación del Verbo, después del nacimiento del Señor, después del parto del Salvador, volvió a engendrar, por obra de varón carnal, hijos de carne percedera del útero virginal, aquella mansión de Dios, aquella sala regia del Rey de las virtudes, esplendorosa con el brillo de la pureza, aquel palacio de carne inmaculada del celeste Emperador, aquel tabernáculo glorioso del mismo Dios, al que no puede contener la inmensidad del Universo? ¿Que de aquella fuente de vida se produjeron cuerpos percederos de percedera semilla? ¿Que en aquel huerto cerrado —que solo germinó la flor de una sin par virginitad— brotarían abrojos conyugales? ¿Que de la fontana virginal, sellada con el parto del que nace, manaría cieno de contacto marital?

Deseo ardientemente que un cerrojo dentado cierre el sepulcro de aquella boca, que la lengua paralizada llene toda aquella cavidad bucal, que le falte aire a aquella garganta, que la pesadez del aire suelde el borde de los labios, para que no exhale la pestilencia de tales palabras, para que no transpire el hedor de tal acompañamiento, ni susurre siquiera el halito de tal palabrería, no sea que retintinee algún tenue sonido o, fustigado el aire, de forma a palabras tan repugnantes.

4. (Proclamación vibrante y entusiasta, como si saborease la sinonimia repetitiva, del dogma de la maternidad virginal, conjuntándose en esta Virgen-Madre de forma única, prodigiosa e irrepetible la fecundidad materna y la gloria virginal)

Pues he aquí que, de un modo sin precedentes, con inusitada acción, insólito orden y una ley sin igual, se unen el honor de la madre y de la virgen, el pudor de la virgen y de la madre, la virginidad en la madre que engendra y el poder de engendrar a la virgen, todo ello en una misma persona, en un mismo cuerpo, en una misma criatura e idéntica edad. Y ninguno de estos dos valores cede al otro y cada uno deriva en bien del otro y, no se impiden entre si, sino que ambos

convergen en favor mutuo. Cada uno se mantiene en su carácter propio y cada uno se transfiere al otro, porque ambos se hacen una misma cosa, los dos se identifican, lo diverso se hace uno, porque resulta algo indistinto, converge en lo inseparable y sobreviene lo indiferenciado.

No abandona a la madre la gloria de la virginidad, no impide la condición virginal el parto materno, de modo que la prole ennoblece a la virgen y el pudor virginal habita en la madre. Así los nombres de madre y virgen no se ven disociados en ningún caso o impedidos por dificultad alguna, menoscabados por descendencia, puestos en duda por cosa alguna. Indistintos ambos, inseparables ambos, inescindible el todo, indivisible el todo. Acaeció una vez ser madre la que era virgen; ocurrió que engendrarse la que permanecería no ajada por el modo de engendrar. Aconteció que pariese con una desconocida forma de parto. Sucedió que se mantendría íntegra con el Hijo la que no había experimentado mengua con el esposo.

Pero se trata de algo inapreciable, incomprendible, inenarrable, admirable, de algo jamás oído, visto, conocido y anteriormente ocurrido: que la virginidad brille con la concepción, que la virginidad acompañe al parto, que la gestación selle a la virgen, que la virginidad aprecie a la madre y también que la glorifique; que la preñez de la madre honre a la virgen, que la virginidad alcance el honor materno y el honor virginal se conserve en la fecundidad de la madre.

De este modo la virgen obtiene la realidad materna y la gloria virginal pasa a la madre. El nombre de madre sobreviene a la virgen y el pudor de la virgen se conserva en la madre. Y así acaeció, aconteció, tuvo lugar, ocurrió, de forma que, si busco a la madre, es virgen, y si busco la virgen, es madre; si investigo la descendencia, es de virgen, y, si pregunto por la integridad virginal, es plenamente de madre.

5. (Se dirige a Dios como autor de esta maravilla de maravillas —la Encarnación virginal en María— que nos ha traído la salvación)

¡Oh Dios de todas la virtudes, Dios de todas las criaturas, Dios de todas las cosas hechas, Dios de todas las maravillas!, que, entre todos tus milagros, tus signos, tus prodigios, tus grandes obras, realizaste este hecho, esta obra, esta gesta, esta acción, que abre los tesoros de tu misericordia, muestra los secretos de tu piedad, abre las riquezas de tu indulgencia, hace fluir los ríos de tu clemencia para mi salvación y la del mundo, para mi redención y la del mundo, para mi justificación y la del mundo, para mi liberación y la del mundo; y la hiciste admirable sobre toda la ponderación de la palabra, la realizaste singularísima sin paridad alguna, la configuraste poderosa sin semejanza alguna, la completaste rebosante de vida sin equiparacion posible, la proyectaste inestimable sobre toda consideracion de la inteligencia, para siempre inolvidable, para siempre estable, sin eclipses perpetua y sin término laudable.

Por la cual es removido el error, desterrada la tristeza, borrado el pecado, destruida verdaderamente la muerte, otorgada la salud, concedida la vida, abierto el cielo, prometido el reino de los cielos; por la cual hallamos la senda para caminar y el modo de llegar a la verdad, obtenemos la vida descansada y alcanzaremos la eterna contemplacion de tu dulzura. Y todo esto, ya ahora, al punto, en el presente, en este lugar, en este sitio y momento, en este tiempo y por los siglos de los siglos.

CAPITULO III

1. (Entra en escena un nuevo personaje, el judío. Ildefonso hace recaer en este tipo, sin duda, simbólico y ficticio, toda la perfidia de su pueblo contra Cristo y la Virgen. Esta le pertenece a el por raza, mas a nosotros por fe y amor. Le echa en cara su obstinación en rechazar el prodigio virginal. Es falsa la interpretación que da su pueblo del texto isaiano) (Is 7, 14)

Y tu, judío, ¿que dices? ¿Que propones? ¿Que inventas? ¿Que opones? ¿Que objetas?

He aquí que nuestra Virgen es tuya por estirpe, tuya por raza, por generación, por familia, tuya por ser de tu pueblo y nación, tuya por etnia y ancestro. Pero es nuestra por razón de la fe, de la creencia, de la afirmación, de la reverencia, del honor, de la alabanza, de la glorificación, del cariño, del amor, de la predicación, de la proclamación de la defensa, de la reivindicación.

Pues lo que sobre Ella te dijo a ti el Espíritu Santo por medio de los profetas, te anunció por medio de oráculos, te enseñó a través de figuras, te prometió con hechos precedentes y completó con otros subsiguientes, eso mismo que tu niegas, que no crees, que rechazas, que desdeñas, que resistes, que blasfemas, yo si he conocido y creído, yo si saboreo y venero y honro y glorifico y abrazo y amo y predico, porque la gracia me ha predispuerto, la fe me llenó, la misericordia me alcanzó, el amor me condujo y la gloria de este acontecimiento me exaltó.

Pero tú, a quien la perfidia alejó, la maldad dominó, la ceguera guió, el error poseyó y la obstinación endureció, dime: ¿por que no crees que hubo una Virgen-Madre en tu linaje? ¿por qué no crees que una virgen concibió sin concurso de varón? ¿por que no admites que una virgen gesto a su propio hijo? ¿por qué no aceptas que permaneció virgen después del parto?

¿Acaso porque, inficionado por aquella clase de mentira, borracho con el veneno de la perfidia primera,

confiado en los argumentos de la falacia paterna, pervertido por los ardides de la páfida persecución, apoyado firmemente en las razones de la antigua protervia, sostienes que, según las sagradas Escrituras, era *una joven* y no una *virgen* la que debía dar a luz?³⁰. Abiertamente mientes, engañas y te engañas, falsamente acusas, falsamente atacas, falsamente propones, falsamente disputas, falsamente arguyes y falsamente sostienes.

Pues si —como tu dices— una jovencita, que no una virgen, puede dar a luz, ¿que significaría con eso el Señor? ¿que ofrece de milagroso? ¿que cosa admirable demuestra? ¿que cosa nunca vista manifiesta, si es una jovencita la que pare, lo cual es según costumbre? ¿si una muchacha alumbra, de acuerdo con su edad?, ¿si una mujer adolescente da a luz de acuerdo con su ternura?, ¿si la que es apta para las nupcias pare, de acuerdo con su naturaleza y su edad?

(En ocasiones, ¿quien no experimenta la mayor preocupación por la cuidadosa elección de los esposos? ¿Que espíritu no esta angustiado en la espera de la futura unión?

¿Que deseos no se hallan inciertos frente a la experiencia de los que van a ser compañeros?)³¹.

2. (Pero lo que, realmente, vaticinó Isaías fue el milagro de una concepción y parto virginal. Y tenia que ser así, porque Ella es la Madre de Dios, y su Hijo, verdadero Hombre, era el Verbo de Dios, verdadero Dios)

³⁰ Alude, sin duda, a la pertinaz interpretación que hace la exégesis judía de Isaías 7, 14, en el sentido de que la *almah* (= joven virgen), que "concibe y pare" debe entenderse como una joven (virgen antes del matrimonio) que concibe y pare naturalmente. Es una interpretación forzada del texto y contexto isaiano. Pero quizá aluda también a otra sucia calumnia del Talmud de los siglos II-III (la "Generación de Jesús"), que consideraba al "uios thou pázenou" = "Hijo de la Virgen" —como le llamaban los cristianos— hijo adulterino de Maria y de un tal "Pantheros", pagano.

³¹ Es este un párrafo muy oscuro y difícil de entender; quizá se trate de un inciso o reflexión marginal, tal como lo presentamos.

¡Pero irrealmente fue aquello un signo, si la virgen paría y permanecía íntegra! ¡fue aquello una gran novedad, si la virgen daba a luz mientras resplandecía con virginal pudor!

¡Aquello sería tenido digno de admiración, si la virgen engendraba y se mantenía intacta! ¡En aquello se evidenciaba un milagro, si tenía lugar en la concepción humana lo que la humana naturaleza ignora! ¡En aquello se daba una señal, si la virgen, no unida maritalmente, resultaba pariendo! ¡En aquello se produciría un estupor real, si la misma mujer iba a ejercer simultáneamente los oficios de virgen y madre! ¡En aquello debía crecer la admiración del acontecimiento, si una misma mujer se alegra, a un tiempo, con la corona de la virginidad y de la descendencia!

Y para que sepas que milagrosamente concibió esta mujer y no en la forma acostumbrada, que admirablemente y no por coito quedó encinta, que dio a la luz en la novedad de lo milagroso y no en la vetustez conyugal, que fue fecundada en virginal incorrupción y no por unión nupcial, ¡Ella es la Madre de Dios!, y por la encarnación del Verbo, ¡es engendradora de Dios! y por la Asunción de la humana naturaleza, es la que sirve a los planes de Dios, y, dado que El mismo se sometió a sus padres, es la que cría a Dios, puesto que «serán reyes y reinas los que a El sustentan».

Ya que este Hijo suyo es Dios y Hombre, es el Verbo y la Carne, es Divinidad y Humanidad, paz para nosotros y escándalo para vosotros, sabiduría para nosotros y necedad para los gentiles. De ahí que, con razón, lo humano es referido a Dios y lo que es de Dios se refiere al hombre. De ahí que lo débil humano queda robustecido por la participación de Dios y lo recio divino se diría debilitado por la participación del hombre. De ahí que lo más alto descende a lo más bajo y lo ínfimo se eleva a las cimas. De ahí que lo insólito se combina con lo acostumbrado y lo débil queda con lo fuerte sublimado.

3. (Comienza a aducir textos del Antiguo Testamento que se refieren a Cristo como hombre y Dios)

Y, para que no dudes que esto es verdad, escucha las palabras del Espíritu Santo, oye los oráculos de los profetas, atiende a las sentencias de los vates, presta oídos a los anuncios de la verdad.

Un niño nos ha nacido —dijo Isaías—, *un hijo se nos ha dado* (Is. 9, 6). El niño es el mismo Cristo, porque nació hombre no para sí, sino para nosotros; un hijo nos ha sido dado, ciertamente, Dios, el Hijo de Dios, se encarnó por nosotros. Ve ahí que es Hombre, pues nació niño para nosotros, pero es también Dios, que nos fue dado como Hijo de Dios.

Lo mismo atestigua David: *Le hiciste un poco inferior a*

Dios (Sal. 8,6). Este, que es llamado menor que Dios, es ciertamente Dios e igual a Dios, ya que en lo que es llamado menor es hombre verdadero, nacido humildemente. Que también en los salmos el Padre afirma de El que es Dios: *De mi propio seno, antes que la aurora, te engendré* (Sal. 109, 3). Y que es hombre: *Como del seno saldrá para ti el aljófar de tu juventud*. Y allí mismo: *Fue hecho (ha nacido) un hombre en Sión, y el mismo Altísimo la fundó* (Sal. 86, 5)³².

En cuanto fue hecho, es hombre nacido humildísimamente; en cuanto fundó la Ciudad, es Dios altísimo.

4. (Después de indicar al judío cuanto podría descubrir en la Escritura, si tuviera fe, le recuerda algunos textos que se refieren a la Madre del Mesías)

Otras muchas cosas, en verdad, numerosas, absolutamente suficientes, ciertamente copiosas, plenamente abundantes, podrías descubrir acerca de las dos naturalezas, conjuntadas en la unidad de este Cristo, con tal que solo creyeras en El, le fueras fiel, le expresaras una auténtica fe, con tal que le confesaras de verdad y le dedicases una sincera confesión.

³² El salmo 8, 6, según la Vulgata diría: *inferior a los Ángeles*; según el hebreo "inferior a un dios" o a "dioses". Del salmo 109, 3, da primero la versión de la Vulgata, y luego una versión del mismo versículo que recuerda el original hebreo. El salmo 86, 5, según el texto hebreo, sería: *Todos nacieron en ella (Sion), y quien la funda es el Altísimo*.

De las cuales cosas, yo mismo, no pasándolas totalmente por alto, y recogiendo algunas, las hilvanaré poco mas adelante.

Ahora bien, ¿de cuanta gloria y dignidad goza el Hijo, siendo Dios en la humanidad asumida? Escucha antes de cuanta gloria y nobleza goza su Madre.

Esta es, según Isaías (Is. 11, 1), *la vara de la raíz de Jesé*, es decir, brotada de su linaje, la virgen que produjo, cual flor, a este Cristo por acción del Espíritu, sin acceso corruptor de varón. También según Isaías, solo esta tierra, labrada por la fe y no por acción corruptora, pudo germinar al Salvador, *rociando los cielos y lloviendo las nubes al Justo* (Is. 45, 8), esto es, anunciando los profetas su venida. Esta es, según Ezequiel, la *casa de Dios*, cuyo claustro virginal integérrimo, cual *la puerta que da al levante*, siempre esta cerrada (Ez. 44, 1 ss.); la cual puerta ni antes ni después de nacido el Hijo conoció el acceso o paso de otro alguno, pues solo el Señor paso por ella, naciendo. De donde siempre esta cerrada, pues Ella es la siempre Virgen.

Esta, a tenor de los salmos, es *el tálamo* de Dios porque de su útero *surge como un esposo* este Dios encarnado (Sal. 18. 6), dejando en Ella la gloria de la virginidad perpetua. Y asimismo, en los salmos, esta es *la tierra de la que brotará la verdad*, la cual verdad —Cristo— es idéntica a *la justicia que mira desde el cielo*, Dios (Sal. 84, 12). Y también, según los salmos, *esta tierra dio su fruto* (Sal. 84, 13), es decir, engendró a nuestro Cristo, en el que nos bendijo el mismo Dios nuestro para que nos bendiga Dios y seamos bendecidos por Dios, repitiendo así tres veces su Nombre (Sal. 66, 7-8). A la cual Trinidad, un solo Dios, teman todos los confines de la tierra.

CAPITULO IV

1. (Invita enfáticamente al judío a reconsiderar la gloria que aporta a su estirpe esta Virgen, bendecida y aclamada por todas las naciones y pueblos)

Te ruego ya, te pido encarecidamente, judío, que te sea muy grato descubrir la gloria de tan excelsa Virgen en tu pueblo; que te sea estimable hallar en tu linaje una Virgen tan gloriosa; séale motivo de alegría la contemplación de tan insigne pureza en tu raza; que te resulte gozoso un tal prodigio, puesto de manifiesto solamente en tu estirpe.

He aquí que, por medio de esta Virgen, toda la tierra esta llena de la gloria de Dios. Todos, desde el pequeño al grande, conocieron, por medio de esta Virgen, al Dios excelsa. Todos, por medio de Ella, vieron la salvación de Dios. Por medio de esta Virgen se acordaron del Señor y se convirtieron a El todos los confines de la tierra; en la presencia de su Hijo adoran todas las naciones de los gentiles; del mismo Hijo es el Reino, y El reinará como Dios de las gentes.

Cantan todos al mismo Señor, su Hijo, el cántico nuevo de su redención, porque naciendo El de esta Virgen realizó maravillas. El Señor dio a conocer, por medio de esta Virgen, su salvación y ante nuestros ojos reveló su justicia. Encontraron, por medio de esta Virgen, a Dios aquellos, que, por la observancia de la Ley, no pudieron hallarlo. Vino, por medio de esta Virgen, Dios y, congregadas las gentes y las lenguas, vinimos y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre. Todos los pueblos se han congregado, en nombre de este Señor, en Jerusalén, que significa "visión de paz", o sea, en la Iglesia universal, y no caminaran ya mas tras la maldad de su corazón. Juró el Señor en verdad y justicia, y ve que al Hijo de tal Madre le bendicen y aclaman todas las gentes. He aquí que El es nuestro Dios, nuestra fortaleza.

A El acudimos todas las gentes de todos los extremos de la tierra y decimos con Jeremías: *Verdaderamente nuestros padres vivieron en la mentira* (Jer. 16, 19). *He aquí que en los últimos tiempos este monte* —el Hijo de esta Virgen— *será encumbrado sobre todos los montes* (Is. 2, 2), o sea, elevado sobre nuestros Apóstoles y sobre las majestades de todas las celestes virtudes. Confluimos hacia El todos los pueblos y nos apresuramos las multitudes. Subimos hacia este Señor, el monte del Señor y la Casa del Dios de Jacob, que es la Iglesia del Dios vivo. El nos instruye en sus caminos y caminaremos por sus sendas, porque la ley de gracia salió de Sión, y la Palabra del Señor, de Jerusalén. En la cual Palabra se mandó a los santos Apóstoles que todos nosotros fuéramos bautizados en su Nombre y llenos del Espíritu Santo.

2. (Sin embargo, ya habían anunciado los profetas —que cita Ildefonso— la obcecación y prevaricación del pueblo judío)

Mas, por lo que atañe a ti, a causa de la obstinación de tu mal corazón, a causa de tu impúdica voluntad, a causa de tu espíritu infiel, a causa de tu mala conciencia y continua incredulidad, a causa de tu real soberbia, de tu engañosa sumisión, de tus infieles promesas y de tu fe inconsecuente, escucha al Señor proclamando en el Deuteronomio: *Estaréis a la cabeza, pero el pueblo incrédulo estará a la cola* (Dt. 28, 13)³³.

Y, ¿respecto de quien eres incrédulo sino respecto de este Dios, que había de nacer de esta Virgen en la humildad de hombre?

Dice Jeremías: *Con prevaricación se ha rebelado contra mí la casa de Judá —dice el Señor—. Me negaron y dijeron: El no es Dios* (Jer. 5, 11-12)³⁴. Lo que hasta el presente dices tú, judío, con relación a este Cristo, mi Señor, hijo de esta Virgen:

³³ En realidad, Dt, 28, 13, dice: *Dios te pondrá a la cabeza y no a la zaga*. Sin embargo, en los versículos siguientes el texto bíblico amenaza con grandes castigos al pueblo, si no cree y obedece. Es decir, «quedara a la cola», como sintetiza Ildefonso.

No es *El*, mientras esperas a otro, el anticristo, con el que perezcas.

También dice Isaías: *Todo el día extendí las manos a un pueblo que no creía y me contradecía* (Is. 65, 2)³⁴. ¿En quien no creía y a quien contradecía sino a este Señor, que por haber nacido de esta Virgen no quieren ellos creer que es Dios? Y añade el mismo profeta: *¿Como decís: somos sabios, y la ley del Señor esta con nosotros?* (Jer. 8,8). Verdaderamente mintió la pluma dolosa de los escribas. Se han confundido los sabios y fueron cogidos asustados. Pues desecharon la Palabra de Dios y no existe verdadera sabiduría en ellos. ¿Que Palabra? Esta, ciertamente, encarnada en esta Virgen. ¿Y que Sabiduría? Esta, la de Dios Padre, que es necesidad para los gentiles.

Todavía Isaías: *Escuchadme vosotros, de duro corazón y alejados de la justicia. Yo puse cerca mi justicia, que no se alejará, y mi salvación no tardará* (Is. 46, 12). ¿Que justicia y que salvación sino Este, en verdad, por el que creemos ser justificados y salvados?

Igualmente Isaías: *Saca afuera al pueblo ciego, a pesar de tener ojos, y sordo, aún teniendo oídos* (Is. 43, 8). ¿Y que es lo que ni ve ni oye sino a este Hijo de Dios, encarnado humanamente, y todo lo que fue predicho sobre *El* de múltiples maneras?

Asimismo en Oseas: *Ay de ellos, porque se apartaron de Mi; serán devastados, pues prevaricaron contra Mi; Yo los redimí y ellos profirieron contra Mi mentiras* (Os. 7, 13). ¿De quien se apartaron? Ciertamente, de *Mí*, a quien, viendo ser un hombre humilde, desprecian como Dios. ¿Y que mentira profirieron sino la que recoge Jeremías: *No es El* (Jer. 5, 11).

¿Y por que no lo es? Porque *le viste y no tenia belleza, le quisiste despreciado y el ultimo de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento, y como ocultado su rostro y*

³⁴ Sigue casi literalmente la lectura de la Vulgata. El hebreo un poco distinto, pero coincidente en el sentido.

³⁵ Tanto la Vulgata como el hebreo no dicen *y me contradecía*, sino *sigue un camino equivocado en pos de sus pensamientos*. ¿será cita de la antigua Vulgata, como dice Blanco?

despreciado; por lo que no le tuvimos en cuenta (Is. 53, 2 ss.)³⁶.

Con cuyas palabras se significa tu incredulidad, que juzga no tener Cristo ni hermosura ni gloria; de ahí que tampoco es tenido por ti como Dios.

3. (Tras una transición retórica e hiperbólica, invita cordialmente al judío a venir humildemente a esta Virgen, junto con el, buscando su protección y confesando a su Hijo, antes del Juicio de Dios)

Todo esto lo dije con celeridad, corriendo, como de paso, ligero, veloz; expuse con rapidez lo que rápidamente hallé, tuve a mano, encontré cerca, de lo que tenía próximo deduje. Porque, si, siendo eficaz en la pericia, despierto en la prudencia, vivaz en el ingenio, diligente en la investigación, menos desidioso ante las molestias, quisiera y pudiera (hablar), me faltarían los días, menguarían los minutos, pasarían las horas, se vendría abajo la mañana, se desvanecería el mediodía, la tarde caería y las horas intempestivas del canto del gallo y el crepúsculo de muchas noches no bastarían para exponer y describir de tales misterios aquello que es conforme a mi fe y discordante y contrario a tu perfidia.

Por tanto, acércate ya conmigo a esta Virgen, no sea que corras sin Ella al Infierno. Ven, y ocultémonos bajo el velo de su virtud, no sea que te veas revestido de confusión a modo de manto. Ven y confesemos, yo los pecados de mi juventud y de mi ignorancia, y tú los de tu sacrilegio y maldad, para que no pongan de manifiesto los cielos tus iniquidades. Ven y humillémonos en la verdadera confesión y alabanza de Ella para que no se levante la tierra contra ti, atestiguando el haber tenido que soportar esa perfidia tuya de tanta maldad.

No te avergüences de que su Hijo sea tu Dios, para que El no se avergüence de ti delante de sus Ángeles. No te avergüences de sus palabras, no sea que El se avergüence de

³⁶ El texto de Isaías no permite esta traducción que da Ildefonso acusando al judío": *le viste, le quisiste despreciado*. Tanto la Vulgata como el hebreo utilizan la primera persona del plural (*le vimos*), como hace el mismo Ildefonso cuando vuelve a la misma cita isaiana en el capítulo V de su libro.

inscribirte en el Libro de la Vida. Confiésale en esta tierra, no sea que El no te confiese luego en la "tierra de los vivientes".

Confiesa que ese Dios es hijo humano de la madre, para que El te confiese a ti ante el Padre de su divinidad. Teme su Majestad entre los hombres para que no te precipite en los infiernos su Humanidad delante de sus Ángeles. Ámale mientras te soporta para que no te repruebe cuando te juzgue.

4. (Con imágenes alegóricas sacadas de las justas y duelos entre caballeros, describe su victoria sobre el adversario, a quien debe rematar, y a quien insta a oír lo que va a exponer, confiado en el Hijo de la Virgen)

Pienso que, con la fuerza de Dios, en cuanto yo pude, alcancé al adversario, lo dejé herido, lo arrojé debilitado, lo despaché exánime. Por lo que está descolorido, sobrevive exangüe, resuella cansado, queda fatigado, yace herido, cayó atravesado, muere maltrecho; nada le queda de aliento vital, ninguna esperanza ya de vida o expectativa de recuperarla.

Resta con todo una sola cosa: que aun alienta el halito de su perfidia, que aún respira el débil susurro de su error, que atufa las narices con la sutil ponzoña del sacrílego sepulcro de su alma.

Pero me volveré, desandaré el camino, retrocederé, daré marcha atrás y no me iré hasta que el acabe, no marcharé hasta que perezca, no proseguiré hasta que, destrozado, fallezca a mis pies. No sea que del cadáver de esa perfidia sobreviva algún gusanillo o de la carroña de ese sacrilegio salga alguna larva, no sea que la pestilencia de su profanación origine alguna especie de vermes, que, cebados con favores de demonios en antro criminal, si bien no resurjan como fieras, si vuelen a modo de aves, y se ufane de haber evadido las redes de nuestra argumentación el que se lamenta enteramente de no haber podido vencer; y aleje su garganta del dogal de mi razonamiento, y aletee con engaño para ser llevado de un lado a otro por la ligereza del aire; y, en fin, se ría en la hora del temor y la fuga aquel, a quien en la hora de la

esperanza no acompañó la victoria.

Ofrece, por tanto, tu oído antes que tu palabra, enemigo exangüe; dispón la oreja antes que la lengua; descorre el cerrojo del oído antes que el de la boca, para que conozcas previamente a que hables, comprendas antes de responder, entiendas en tu corazón antes de pronunciar con tu boca. Y así, respecto de esta verdad, para que conozcas la plenitud de la realidad afirmada, considera, intuye, ve, entiende, capta, advierte, atiende, conoce, sabe, aprende, reconoce que es este mismo Dios de Dios, en la verdad de su naturaleza, quien se hizo hombre, de la Virgen, en la verdad de mi naturaleza; que es Este absolutamente eterno quien se hizo, por nuestro bien, temporal; que vino, realmente, Este, que es, realmente, inmutable; que se circunscribió a un lugar, Este, a quien no contiene lugar alguno; que se incluyó en un espacio Este, que es el espacio de todas las cosas.

Pues, para decirlo mas claramente, guiándome El le seguiré, precediéndome El, tras El correré, antecediéndome seguiré sus pasos, llamándome El me llegaré a El; y cuanto El lo permita, yo te certificaré, mostraré, narraré, enseñaré, declararé, convenceré y probaré quien es Este que vino y de donde vino y cuando vino y adonde vino, por que vino, como vino y que es lo que hizo.

CAPITULO V

1. (Expone con textos veterotestamentarios *quien es Cristo*)

Escucha, pues, ya quien es el Cristo que vino; oye quien es Ese que vino: ciertamente, no otro que el Dios y Señor todopoderoso. Dígalo Malaquías: *Vendrá a su templo santo el Señor, a quien vosotros buscáis, y el Ángel de la Alianza, que deseáis* (Mal. 3, 1). También en el Éxodo dice el Padre al Legislador (Moisés): *Yo mandaré un ángel ante ti, para que te defienda en el camino y te haga llegar al lugar que te he dispuesto. Acátale y escucha su voz, no le resistas, porque no perdonará vuestras rebeliones, y llevará mi Nombre* (Ex. 23, 20).

¿Acaso porque oyes la voz "ángel" crees que no es el mismo Dios creador, sino algún ángel creado?! De ningún modo! Sin duda, te comportarás con una gran demencia, si piensas que Dios otorgó a algún ángel su Poder y su Nombre propio, y que, en contra de tu doctrina y de la mía, no es único el Dios que lo hizo todo. ¿Por que decir que un ángel es igual a El? Pues, ciertamente, la verdad es que no es así.

Porque, *¿quien en las alturas se igualará al Señor?*, o *¿quien hay semejante a Dios entre los hijos de Dios?*, es decir, entre los Ángeles buenos y los hombres santos, a quienes llama hijos con amor de adopción la piedad del Padre divino.

2. (Utilizando también testimonios del Antiguo Testamento dice de dónde vino Cristo)

¿De dónde vino Cristo? Repito: ¿de dónde vino? Verdaderamente, no vino de otra parte sino de Dios. Óyele decir, por medio de Salomón: *Yo salí de la boca del Altísimo* (Eccli. 24, 5). También el Padre dice de Él en los salmos: *De mi propio seno, antes que la aurora, te engendré* (Sal. 109, 3). De ahí que El mismo afirme otra vez por medio de Salomón: *Antes que los collados fui yo dado a luz* (Prov. 8, 25). Y Zacarías:

me ha enviado a las gentes que os despojaron; porque el que os toca a vosotros toca a la niña de mis ojos. Pues he aquí que yo levantaré mi mano contra ellos, y serán presa de quienes les servían; y sabréis que el Señor de los ejércitos me envió (Zac. 2, 8-9).

Contempla el todopoderoso Señor de los ejércitos enviado por el omnipotente Señor Dios de los ejércitos.

3. (Con el mismo procedimiento responde a cuándo vino Cristo)

¿Cuándo vino Cristo? Fue enviado a las naciones, dejando la gloria de la divinidad que siempre tuvo junto al Padre, cuando se humilló en forma de siervo el que era igual a la paterna divinidad. Todavía Isaías: Yo soy el primero y el último. Mi mano cimentó la tierra y mi diestra desplegó los cielos... *Desde el principio no os he hablado en secreto; cuando Ve ahí que quien es el primero y el último y creador de todas las cosas es enviado por el Señor, el Padre, con el que es afirmado coeterno y plenamente igual.*

Aún más. ¿Cuándo vino Cristo? Que lo diga Jacob en las bendiciones de los Patriarcas: *No faltará un príncipe de Judá, ni caudillo de su linaje, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será expectación de las gentes (Gen. 49,10).* Vino, por tanto, cuando, al acceder al reino el extranjero Herodes por ambición, faltó en Israel el príncipe de Judá, *ante cuya falta advinó El que tenía que ser enviado, esperado con ansia por las naciones y los pueblos.*

Lo mismo en Daniel, cuando le habla el ángel:

Daniel... atiende a la palabra y entiende la visión. Setenta semanas están prefijadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa para que termine la prevaricación y el pecado tenga fin, para que se borre

37 Texto casi literal de la Vulgata

se cumpla la visión y la profecía y sea ungido el Santo de los santos (Dan. 9, 23-24).

Que esto se cumplió antiguamente en el tiempo lo demuestran el acontecimiento y su resultado final.

4. (Da respuesta al interrogante, adonde vino Cristo)

¿Adonde vino Cristo? *Que diga también Miqueas adonde vino: Y tú, Belén de Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quién sea Señor de Israel (Miq. 5,2).* Esto, referente a la carne, pues en lo que atañe a la divinidad, es lo que se añade: Y su nacimiento desde los días de la eternidad.

Asimismo, David: Iremos de virtud en virtud para ver al Dios de los dioses en Sion (Sal. 83, 8). Y Jeremías, en el libro de Baruch:

Este es nuestro Dios, ningún otro le es comparable; que ha encontrado todos los caminos de la ciencia y la entregó a Jacob, su siervo, y a Israel, su predilecto. Después de esto se le ha visto sobre la tierra y ha convivido con los hombres (Bar. 3, 36).

5. (Responde ahora a la pregunta por que vino Cristo)

¿Por que vino Cristo? El mismo explica por que vino, a través de Isaías:

El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo que me ungió; me envió a evangelizar a los pobres, a predicar la redención a los cautivos y dar vista a los ciegos (Lc. 4, 18; Is. 61, 1). Y el mismo Isaías: *He aquí a nuestro Dios... El mismo vendrá y os hará (Is. 35, 4).* También Habacuc: *Saliste para la salvación de tu pueblo y para salvar a tus elegidos (Hab. 3, 13)*

³⁸.

6. (Por último, se pregunta y responde como vino Cristo)

³⁸ Del Breviario mozárabe. El texto bíblico dice: *a salvar con tu Ungido (Vulgata), o a salvar a tu ungió (hebreo).*

¿Como vino Cristo? Si, ¿cómo vino? Ciertamente,

despreciado y pobre. Dígalo Zacarías: *Decídala Hija de Sion: He aquí que tu rey viene a ti justo y Salvador, pobre y sentado sobre un asno indómito (Zac. 9, 9)*³⁹. Lo mismo leemos en Isaías, hablando en nombre de Dios Padre:

He aquí que prosperara mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera. Así como se asombraron de El muchos —pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana— otro tanto se admirarán muchas naciones, ante El cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán y lo que nunca oyeron reconocerán. ¿Quién dio crédito a nuestra noticia? ¿Y el brazo del Señor a quien se le reveló? Creó como un pimpollo delante de El, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y deshecho de hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo, eran nuestras dolencias las que El llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos par azotado, herido de Dios y humillado. Pero El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soporto el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros, como ovejas, erramos; cada uno marchó por su camino y el Señor descargo sobre El la culpa de todos nosotros. Se ofreció porque quiso y no abrió su boca. Como una oveja, al degüello es llevado, y, como cordero, que ante los que le trasquilan está mudo, tampoco El abrió su boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y ¿de sus contemporáneos quien se preocupa? Fue arrancado de la «tierra de los vivos». Por las rebeldías de su pueblo le herí. Se puso su final entre malvados y con los ricos su tumba, aunque no hizo atropello, ni hubo engaño en su boca. Plugo al Señor quebrantarle con dolencias.

“Parece una cita de memoria con ligeras variantes del texto, o copiando de otro escritor.

y lo que plazca a Dios se cumplirá por su mano. Por los sufrimientos de su alma verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará el mismo Justo a muchos siervos míos, y las culpas de ellos El soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con los poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los criminales fue contado, cuando Él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes (Is. 52, 13-15; 53, 1-12).

Y en el mismo: No vociferará..., ni oirá alguien su voz en las plazas. Caña quebrada no partirá y la mecha humeante no la apagará. Lealmente hará justicia, hasta que implante el derecho en la tierra, y en su nombre esperarán las gentes (Is. 42, 2-4).

Y en los salmos se canta acerca del mismo: Yo gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desprecio del pueblo (Sal. 21,7).

⁴⁰ Algunas variaciones entre la Vulgata y el hebreo; sigo fundamentalmente éste.

CAPITULO VI

1. (Contiene una piadosa invocación al Señor)

Abre, Jesús mío, abre mis labios y llénalos de la confesión de tu misericordia. Toca la boca y el oído de mi corazón, diciendo: « ¡abríds!», para que yo oiga lo que hable por medio de tu Espíritu Santo. Llène mi boca de tu alabanza, para que pueda contar tus obras magníficas y confesarte a Ti tus misericordias y a los hijos de los hombres tus maravillas, oh Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

2. (Sigue preguntando y respondiendo *qué es lo que hizo Cristo*)

¿Qué es lo que hizo Cristo? ¿Qué hiciste, Señor? Cuanto atañe a la omnipotencia de la indivisa Trinidad, todas las cosas fueron hechas por Ti y nada se hizo sin Ti. En cuanto viniste singularmente en tu Persona para encarnarte y aparecer a los hombres como Salvador de todos, Tú mismo fuiste hecho bajo la Ley y nacido de Mujer. Mas, por haber dado pasos y algunos saltos en la realización de tus obras, dándolos con diversas maravillas, diga el salmista: *Parecieron tus pasos, oh Dios, entradas de mi Dios* (Sal. 67, 25). Aquéllos, en verdad, por los que vienes al mundo por medio de una Virgen, y por los que retornas al Padre, mediante la gloria de la resurrección. De ahí que confirman haber Tú venido una tal multitud de vaticinios, como lo prueban también los ejemplos de tus obras.

Y, puesto que al mundo vienes, conozca tu adversa Judea, por los testimonios de la Ley que le fue dada, lo que Tú haces.

Lo primero, oh judío, cuando este Hijo de Dios y Dios omnipotente viene a la Virgen invisiblemente, ¿que hace sino que esta flor —como dice Isaías— brota de un pimpollo crecido, es decir, de la Madre-Virgen, de la raíz de Jesé? (Cfr. Is. 7, 14; 11, 1). Nace, ciertamente, el Hijo, no formado por

alguna acción carnal, sino engendrado por el solo influjo del Espíritu Santo. Igualmente, como dice el mismo, no es una

jovencita —según tu (mientes) — quien concibe y da a luz del modo habitual, sino, de acuerdo con la verdad que yo digo, lo hace una virgen milagrosamente (Cfr. Is. 7, 14). Y también, según el mismo dice, sin presencia de corrupción y con el solo calor del Espíritu Santo y bajo la sombra de la virtud del Altísimo, ábrase la tierra del cuerpo virginal y germine a este Salvador (Cfr. Is. 45, 8).

Asimismo, dice Daniel que esta piedra sea cortada, es decir, extraída del linaje judío sin manos de cortador, o sea, sin obra de corrupción, y, viniendo al amplio espacio de todo el mundo, llene con su potencia el orbe de la tierra y afirme su señorío de mar a mar (Cfr. Dan. 2, 34-35, 44-45).

También el salmista dice que salga el esposo del tálamo del útero virginal para tomar una esposa de entre todas las naciones: la Iglesia universal (Cfr. Sal. 18, 6).

A la cual se le dice en otro lugar:

Escucha, hija, la voz de tu Dios y ve la misericordia del Dios que te antecede. Inclina tu oído obediente y olvida las profanaciones de tu pueblo y la maldad de sus obras, y no te acuerdes de tu padre el diablo, es decir, deja los placeres del mundo y los torpes amores de las cosas temporales.

Y también —como dice el salmista— que brote de la tierra del materno cuerpo la realidad de la carne que nace y que mire desde el cielo la justicia de la Divinidad (Cfr. Sal. 84, 12). Y de este modo, subsistiendo Dios y Hombre en unidad de Persona, dé esta tierra de nuestra Virgen tal fruto del Hijo, dándonos así el Señor la gracia de nuestra redención.

Como afirma, asimismo, Ezequiel, salga el mismo Señor Dios de Israel de esta morada del materno útero por la puerta del honor virginal, y, dado que ni antes ni después de su nacimiento conoció la integridad acceso alguno corruptor, que sea cerrada esta puerta, pues siempre esta echado el cerrojo de la virginidad (Cfr. Ez. 44, 1-3).

3. (Presenta con textos veterotestamentarios la unión de lo divino y lo humano en Cristo, que, siendo Dios y

Hombre, es uno solo)

La suma de todas estas profecías ha sido prolongada precisamente para ver que este Verbo se hizo carne del Espíritu Santo y de Maria Siempre Virgen, que Dios se hizo hombre, se hizo humano lo que era divino sin mengua de la divinidad, sin pérdida de la eternidad, sin mudanza de la inmutable verdad, sino por la Asunción de la carne, la participación del ser hombre, la alianza con la humanidad. Y así, en la unidad de la Persona, fuera uno mismo el Verbo que es carne y el Hombre que es Dios, uno mismo el que es Divinidad y a la vez Humanidad.

Y por esto, de acuerdo con Jeremías, es un mismo Cristo Dios el que encontró plenamente el camino de la sabiduría y que, hecho hombre, convivió con los hombres (Cfr. Bar. 3, 38)⁴². Según el salmista, El mismo es el hombre nacido en Sión, a la que había fundado como Dios excelso (Cfr. Sal. 86, 5). Según Isaías que afirma: *Cuidaos del hombre, cuyo hálito esta en su nariz, porque es tenido por excelso* (Is. 2, 22)⁴³, el mismo, que es el hombre en cuyas aspiraciones humanas esta el espíritu de su divinidad, es Dios que es tenido por excelso. De acuerdo con David, uno mismo es el Señor Dios, a quien habla el Señor Dios, y el Hombre que se sienta a la diestra de Dios (Cfr. Sal. 109, 1). Según Isaías, es uno mismo el Hombre, que como niño nos nació, y el Dios que nos fue dado como Hijo de Dios (Cfr. Is. 9, 6).

Para el salmista, El mismo es Dios, a quien se dice: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de las siglos, pero también es hombre, que se dice ungido por el Santo Espíritu con el óleo de la alegría* (Cfr. Sal. 44, 7-8). Según la palabra de Dios, por Jeremías, El mismo es el hombre al que se dice: *He aquí que vienen días —oráculo del Señor— en que suscitaré a David un germen justo y reinará como rey y será prudente y practicará el derecho y la justicia sobre la tierra* (Jer. 23, 5). El cual también es

⁴¹ ¿Es una paráfrasis del salmo 45, 11 ss.?

Dios, pues se añade: *En sus días estará a salvo Judá e Israel vivirá confiadamente. Y este es el nombre que le darán: Dios nuestra*

justicia (Jer. 23, 6).

En Miqueas, el mismo hombre del que se afirma: *Permanecerá, verá y apacentará su grey*, es también Dios, ya que añade: *Se realizarán (estas cosas) en la fuerza del Señor por el honor del nombre de su Dios; porque ahora será engrandecido hasta los confines de la tierra, y Este será la paz* (Miq. 5, 4)⁴⁴.

4. [Comienza a aducir, como testigos de la divinidad de Cristo, los milagros que El realizó. Suponiendo que el judío rechazará a los testigos de Ildefonso (Nuevo Testamento), queriendo argumentar desde los suyos (Antiguo Testamento), apela el autor a la Verdad misma que habla, y le rebate su rechazo de las palabras de la Verdad, con el pretexto de que son pronunciadas por los autores nuevos (evangelistas)]

¿Oíste lo que hizo Dios viniendo al seno de la Virgen? ¿oíste que es Dios hecho Hombre? ¿Escuchaste que, siendo por una parte Dios y por otra Hombre, no resulta, sin embargo, un Dios y un hombre, sino un único Señor mío Jesucristo, a la vez Dios y Hombre?

Pues escucha, ya, ahora, las obras milagrosas que hizo, los hechos maravillosos que realizó, las grandes gestas que llevó a cabo, los actos de poder que ejecutó, los efectos de sus obras que manifestó. Ciertamente, reconoce que todo lo que vas a oír fue realizado en tu estirpe, en tu raza, en tu pueblo, en tu gente. Porque el mismo que hizo esas cosas quiso nacer, en cuanto hombre, de tu ancestro, del tronco de tu linaje, en la realidad de la carne de mi naturaleza.

Más quisiera mostrar abiertamente, contra tu sacrilegio y perfidia, el tema de esta verdad con los testigos de mi aserto y proponer el derecho autentico de mi verdad ante el Señor y

⁴²Es decir, según Baruc, discípulo de Jeremías.

⁴³El texto hebreo es distinto de la Vulgata, y no da pie a la interpretación de Ildefonso.

⁴⁴ Difiere de la Vulgata y del hebreo. ¿Será cita de la antigua Vulgata?

sus ángeles en el ágora del mundo, contemplando todas las naciones la fidelidad de mis testigos.

Sin embargo, veo que tu, con falaz empeño, astucia perversa, oposición infiel, en pelea perdida, con animo depravado, sentido indecente y afectado discurso —lo cual es confusión desde cualquier ángulo— vas a responder que no recibirás a los autores del nuevo Pacto (Nuevo Testamento), sino combatir con las sentencias de la antigua autoridad.

Yo también contestare: si no das fe a los nuevos defensores de la verdad, ríndete, al menos, a la Verdad misma que habla por Si. Pero replicas: Estas cosas que tu afirmas haber dicho la Verdad fueron dadas a conocer por los mensajes de los nuevos predicadores.

Y yo te diré: tal como precedes, objetas apoyándote en el «tiempo», no en la «autoridad», discrepas basándote en la discriminación, no en el derecho, expones el asunto según tu querer, no según el orden, cuando antepones la antigüedad a la novedad, impugnas lo nuevo a partir de lo viejo, y te esfuerzas por rechazar lo novedoso desde lo añejo.

En verdad, este es el orden correcto de la iniciada discusión, este el procedimiento justo de una debida actuación, este el verdadero principio del asunto y este el modo apropiado de una disputa ordenada: que los nuevos hechos den cumplimiento a las antiguas promesas, que la realidad excluya a la sombra, que una demostración evidente haga manifiesto lo incierto y lo oscuro, que la nueva fe desvele los antiguos arcanos y la creencia advenida descifre los secretos de los antiguos, que lo nuevo evidencie los ocultos misterios de la religión, que la plenitud de los tiempos de consistencia al comienzo de los tiempos.

Más, ¿por que buscas ahora lo antiguo que paso, siendo así que hay nuevos acontecimientos? ¿Por que rememoras aquellos tiempos para los que no se hicieron (estos), ya que han sido realizados en orden a nosotros, para quienes ya vino el fin de los siglos? ¿Por que atiendes solamente a los primeros vaticinios, si hoy todo vaticinio quedo cumplido con su realización? ¿Que cuestionas acerca de la Ley y los

Profetas, cuando incluso los mismos elementos de la naturaleza atestiguan que todo lo que dijeron ellos hasta Juan se cumplió

en nuestro Dios Cristo Jesús?

5. (Continúa echándole en cara su obcecación: no da fe al Evangelio porque tampoco la dio a la Ley; rechaza el testimonio que da la Verdad sobre si misma, mientras la busca por errados caminos. Cita pasajes de San Juan)

Pero, antes bien, veo que tu no quieres recibir a los nuevos porque has despreciado a los antiguos; atacas los derechos de la Novedad por lo mismo que fuiste obligado a no dar fe a la antigüedad; rechazas la gracia por lo mismo que habías resistido a la Ley; no das fe al Evangelio porque desde hace tiempo estabas en contra del Precepto; rechazas a los Apóstoles porque rechazaste también a los Profetas; no asientes a mis maestros por la misma razón que antes no asentiste a tus jefes; profanas la verdad lo mismo que habías profanado la promesa de la verdad; ignoras lo revelado porque no quisiste desvelar lo oculto; y eres infiel en la plenitud de los tiempos, porque ya lo fuiste en la promesa de las realidades futuras.

Mas advierte ya: ¿de que forma podrá justificarse este tipo de propuesta perversa, en la que, para alcanzar el conocimiento de la verdad, eliges de la multitud de personas veraces algunas a las que creas, mientras no te preocupas de mirar el brillante fulgor de la Verdad patente? ¿Por que senda se encamina el curso de esta animada contienda, de modo que, aportando yo las pruebas mas claras, tú te determines a escoger y defender aquello que me contradiga? En fin, ¿que clase de tergiversación es esta, en que proponga yo la verdad, que tu rehúas ver, mientras te afanas por hallarla? ¿O cual puede ser la conclusión de esta reiterada réplica sino que tú buscas la verdad por medio de sus testigos y a la vez desprecias contemplar a la Verdad que habla?

Si es que puedes escoger a quien creas, que te sea también licito elegir lo que creas; si puedes defender caprichosamente lo que crees, que te sea igualmente licito encontrar lo que creas

Y de este modo, destruyes las reglas del juicio de tal manera que te formas un juicio caprichoso, no nacido mediante justa

discusión. Pues no afirmas lo que debe ser sino lo que te place a ti; ni opones lo que descubre sino lo que encubre la verdad, cuando no crees a la Verdad públicamente mientras la buscas ocultamente, cuando la Verdad clama por sí que es lo verdadero acerca de sí misma, mientras tú indagabas en veleidosas disputas que sea lo genuino acerca de ella.

La Verdad, por sí misma, dice: *Yo soy*. ¿Y tú andas buscando el investigador que te muestre el rostro de la Verdad? La verdad dice: *Yo soy el Camino*. ¿Y tú andas buscando el sendero por rutas desviadas? La Verdad grita: *Yo soy la Vida*. ¿Y tú buscas otros pregoneros de la vida? La Verdad afirma: *Quien tenga sed que venga y beba*. ¿Y tú designas quien debe saciar al sediento? La verdad dice: *Yo salí de Dios y vine a este mundo*. ¿Y tú vas a seleccionar quien es el que puede venir al mundo? La Verdad proclama: *Yo y el Padre somos uno y quien me ve a Mí ve también al Padre* (Jn. 18, 5; 14, 6; 7, 37; 16, 28; 10, 30; 14, 9).

¿Y tú sostienes que Este ni precede de Dios ni puede ser igual a El?

6. (Pero, ya que el judío se apoya en sus propios testigos, a ellos acude Ildefonso, afirmando que son más testigos suyos que del judío; avala afirmaciones del Nuevo Testamento con otras del Antiguo Testamento)

Sin embargo, ya que tú mismo te complaces en los defensores de tu sentencia, no quiero que te quedes en la duda. Ten por cierto que esos que tú invocas favorables a ti son míos; los que tú asumes para tu causa están más cercanos a mí, y los que tú conoces son también conocidos míos y muy conocidos.

Pues las verdades que ellos entregaron a tus oídos con su voz imprimieron en mi corazón la fuerza para entender, las que a ti te sonaron se adhirieron a mí, las que te tocaron con su sonido a mí me iluminaron con su toque.

Pero, ya calmado, cederé, no vencido por la verdad

sino apoyado en ella, cuando tú cedas desacreditado, no apoyado en la verdad sino por ella vencido. Aprobarán lo que yo

digo tus propios testigos, confirmarán lo que manifiesto, avalarán lo que propongo, establecerán lo que compruebo y prestaran fundamento a lo que voy a referir. Porque mi fe es su verdad, mi tesis es su deposición, mi conocimiento es su testimonio, mi hablar en el tiempo su saber en la eternidad, mi proponer es su ratificar, mi no haber callado su haber hablado.

Así mi lengua es respiración de ellos, mi elocuencia su espíritu, mi palabra su inspiración; porque la Palabra de Dios, que vino por ellos, llego hasta mi, la sabiduría de Dios, que a ellos llenó, a mi me tocó, y el espíritu de Dios, que a ellos les dio el profetizar, me concedió a mí escuchar y anunciar Por lo que su corazón es mi boca, su boca mi palabra, su palabra mi fe, su fe mi asentimiento; de ahí que cuanto ellos saben yo digo, lo que dicen yo conozco, lo que conocen yo anuncio, lo que ellos hablan yo no callo, lo que pregonaron yo refiero. Porque vive en mi quien vivía en ellos, porque está en mi quien estaba en ellos, no calla en mi quien hablaba en ellos, y permanece en mi para siempre quien no les dejó a ellos hasta hoy.

¿Por que no crees al Hijo que dice: *Todo cuanto tiene el Padre es mío* (Jn. 16, 15), cuando se le dice al Padre respecto de El: *Todo lo sometiste bajo sus pies* (Sal. 8, 8)?

¿Por que no crees al Hijo que dice: *Desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios* (Mt. 26, 64), habiéndole dicho el Padre: *Siéntate a mi derecha* (Sal. 109,1)?

¿Por que no crees al Hijo que dice: *Mi Padre actúa hasta ahora y yo también actuó* Qn. 5, 17), habiéndole dicho el Padre: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza* (Gen. 1,26)?

¿Por que no crees al Hijo diciendo: *Si conocierais a mi Padre también me conoceríais a mí*⁴⁵, habiéndole dicho el Padre: *Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy* (Sal. 2, 7)?

⁴⁵ Esta cita no es literal del Evangelio. Este (Jn. 8, 19; 14, 7) dice así: *Si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre.*

CAPITULO VII

1. (Le reta a seguir discutiendo, en presencia de la Verdad)

Pero ven, y, por donde hemos comenzado, apresurémonos, adonde nos propusimos llegar no dejemos de ir, por donde nos esforzamos en caminar seamos impelidos mas raudamente, por donde se empezó a andar no se deje de avanzar.

Prosiga el paso del alma, se apresure el pie del espíritu, se encamine el corazón. Vigoriza la rodilla, afianza la pierna, fortalece la canilla para que no tropieces por culpa del talón o te caigas a causa de la planta del pie o por tus pies resbales.

Esfuézate totalmente, prepárate de lleno, levántate del todo y propón lo que sabes, di lo que conoces, habla de lo que entiendes. Lo que rumias manifiéstalo, eso que piensas muéstralo y expón lo que maquinás. Está presente la Verdad, aquí esta la Verdad, he ahí a la Verdad. Están prestos los que proclaman la Verdad, prontos los que saben la Verdad, listos los que la exponen y defienden.

2. (Afirma que se apoyará en los que el juicio considera testigos suyos, pero que son, en realidad, testigos de la causa de Ildefonso)

Yo, precisamente yo, cuanto tú denigras a mis autores, me deleito en los tuyos; cuando tú desacreditas a los míos, yo me gozo con las elocuentes afirmaciones de los tuyos; cuando tú contradices a los míos, yo, obedeciendo y acatándolos, abrazo a los tuyos.

Pues los tuyos son tan míos cuanto no son tuyos los míos; son tan míos los tuyos cuando de los míos eres tú extraño. En tal grado los tuyos ya no son tuyos cuando ni los míos podrán ser, en cierto modo, tuyos, porque los tuyos junto con los míos son una misma cosa y para una misma cosa, desde una misma realidad y por una misma realidad.

Dilo, pues, tú que, ni crees a la Verdad, ni estás por la Verdad, ni la muestras, ni la quieres, ni la obedeces, ni la

escuchas, ¿por qué desprecias los mandatos de la suma Divinidad? ¿Por qué haces vanos los oráculos del Creador? ¿Por qué intentas atacar los arcanos de la sabiduría, cuando rehúsas considerarlos? ¿Por qué desacreditas neciamente la prudencia de Dios? ¿Por qué asocias la flaqueza a la fuerza de Dios, siendo tú mismo puro polvo?

3. (Sigue argumentando con textos del Nuevo Testamento, que se ven confirmados por otros del Antiguo Testamento)

Tú, que no creíste a Dios Padre hablando a su Hijo, Cristo mi Señor: Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado Yo (Sal. 2, 7) —lo que no dijo a ningún otro hombre, porque a ningún otro le dio como propia herencia dominar a las naciones, y, como posesión suya, ser dueño de los confines de la tierra, a los que regiría con vara de hierro y trituraría como vasija de alfarero, y eso no con fórmulas de mandamiento humano sino con el derecho de un señorío propio— cree al Hijo mismo, que dice de sí: Yo y el Padre somos uno (Jn. 10, 30) y quien me ha visto a mí ha visto al Padre (Jn. 14, 9), y todo cuanto tiene el Padre es mío (Jn. 16, 15). Y lo que, por medio de Salomón, la Sabiduría misma, que es el Hijo de Dios, dice:

Quando afirmó los cielos allí estaba yo, cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo; cuando condensó las nubes en lo alto y sostenía a las fuentes de las lluvias, cuando fijó sus fronteras al mar dando su ley a las aguas para que no traspasaran sus propios límites, cuando echaba los cimientos de la tierra, yo estaba con El concertándolo todo (Prov. 8, 27-30).

Tú, que no creíste al Hijo diciendo la verdad sobre sí mismo, cree al Espíritu Santo, de quien se dice: El Espíritu del Señor sobre mí, por lo que me ungió y me envió a evangelizar a los pobres (Le. 4, 18 = Is. 61, 1-2). Y en otro lugar: *Descansará sobre él el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría y entendimiento,*

Perpetua Virginidad de María

79

espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor del Señor (Is. 11,2)

Es lo mismo que dice Juan:

Y Juan dio testimonio diciendo; yo he visto al Espíritu descender del cielo como paloma y posarse sobre él. Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios (Jn. 1, 32-34).

Tú, que no creíste a cada una de las Personas de la Deidad cuando hablaban, presta fe a la misma indivisa Trinidad, que conjuntamente actúa y opera. Pues se dice así, por medio de Isaías: Ahora me ha enviado el Señor y su Espíritu (Is. 48, 16). *Pues ve que, por venir a encarnarse el Hijo de Dios por medio de nuestra Virgen, toda la Trinidad patentizó la nueva maravilla de su operación.*

4. (Ahora bien, si no quiere creer a la Verdad misma, que no se desdeñe de escuchar a sus pregoneros)

Así pues, ya que tú no creíste la verdad, que es la Verdad suma y lo más verdadero, no te avergüences de creer a los pregoneros de la Verdad. Porque, aún siendo éstos puras criaturas y obra de aquella Verdad por la que fueron hechos, que anuncian la plena y suprema verdad acerca de su Creador y acerca de la veracidad de su mismo Creador, sin embargo, de tal manera resulta Él en sí mismo despreciado, cuando es despreciado en éstos, como se le cree a Él, cuando es creído en éstos lo que se afirma de Él.

Puesto que, en ocasiones, tampoco el juez contiene personalmente con el reo, sino que, por intermediarios, arranca la confesión pedida —y no le resulta oneroso si no desprecia al enviado del juez quien despreció la presencia del juez mismo— sólo para conseguir la plenitud de la verdad quien tiene el poder judicial de la sanción.

5. (Continúa utilizando textos vetero y neotestamentarios. Se circunscribe aquí principalmente a los hechos de la infancia de Jesús)

Por tanto, cree ya de una vez a Pedro diciendo: Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo (Mt. 16, 16). Porque en Daniel, aquel rey impío le ve a Éste cuando dice: He aquí que veo a cuatro hombres caminando sueltos en medio del fuego..., y el aspecto del cuarto se asemeja a un hijo de Dios (Dan. 3, 92)⁴⁶.

El cual creemos verdaderamente que es este Señor y Salvador.

Y para que no objetes que en el mismo Daniel este hijo de Dios es llamado "ángel superior", escucha que el mismo Cristo Hijo de Dios es denominado "ángel" por Malaquías: Vendrá a su templo santo el Señor, a quien vosotros buscáis, y el Ángel de la Alianza que deseáis (Mal. 3, 1). Y, pues ya no hay razón para dudar, ¿por qué no crees a Juan diciendo: En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio junto a Dios (Jn. 1, 1-2), siendo así que el Padre afirma de Ella por medio de David: pronunció mi corazón una palabra buena? (Sal. 44, 2)

Y también, ¿por qué no crees al mismo Juan que dice: Todo fue hecho por medio de El y sin El nada se hizo (Jn. 1, 3), cuando la misma Sabiduría, que es realmente el Hijo de Dios, dice por medio de Salomón:

Aún no existían los abismos y yo había sido ya concebida. Aún no habían brotado las fuentes de las aguas, ni todavía se habían cimentado los montes, antes de los collados fui yo concebida. Aún no había hecho la tierra, ni los ríos y los fundamentos del mundo (Prov. 8, 24-26)?

¿Por qué no crees a Mateo, que dice acerca de su nacimiento: *La concepción de Cristo fue así: estando desposada su madre María con José, antes de que cohabitasen, fue hallada en cinta por obra del Espíritu Santo (Mt. 1,18)?* Pues eso mismo es lo que

Tiene aspecto de un hijo de dioses, *dice el hebreo.*

había dicho Isaías: *He aquí que la virgen concebirá en su seno y parirá un hijo, y será llamado Emmanuel* (Is. 7, 14), *que significa Dios con nosotros* (Mat. 1, 23). ¡Ruborízate, hombre impúdico, y ve que es el mismo *Dios-con-nosotros* que ha nacido hombre!

¿Por qué no crees a Lucas hablando del lugar de su nacimiento:

Subió José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, porque era de la Casa y Familia de David, para empadronarse con María, su mujer, que estaba encinta. Y ocurrió, estando allí, que se le cumplió el tiempo del parto y parió a su hijo primogénito (Lc. 2, 4-7)?

Pues esto es lo que dice Miqueas: *Y tú, Belén de Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quien sea Señor de Israel, y sus orígenes desde los días de la eternidad* (Miq. 5, 1-2). ¿Por qué no crees a Mateo hablando de su epifanía por medio de la estrella y los magos: *Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, en los días del rey Herodes, he aquí que unos magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿dónde está el nacido rey de los judíos?, pues vimos su estrella en Oriente y venimos a adorarlo* (Mt. 2, 1 ss.). Y seguidamente: *Y viendo la estrella los magos se alegraron con un grandísimo gozo, y entrando en la casa hallaron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron. Y, abiertos sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra* (Mt. 2, 10-12)? Pues esto mismo lo intuyó, en el Libro de los Números, aquel adivino Balaam, diciendo: *Álzase de Jacob una estrella, surge de Israel un hombre* (Num. 24, 17)⁴⁷.

En efecto, los magos, viniendo del Oriente, anunciaron los primeros, mostrándolo la estrella, el nacimiento de Cristo, de modo que Aquél, a quien el príncipe de su arte (mágica)⁴⁸, había predicho desde antiguo —*con la aparición de la estrella surgiría el hombre*— ellos, con la visión de la estrella, muestran ya que ha surgido como hombre nacido.

⁴⁷ El texto bíblico dice que *surgirá de Israel un cetro*.

De donde Isaías dice: *Todos vendrán de Sabá trayendo oro e incienso y pregonando la gloria del Señor*" (Is. 60, 6).

¿Por qué no crees a Juan que afirma: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba y el mundo fue hecho por El y el mundo no le conoció* (Jn. 1,9-10)?

Pues eso es lo que también asegura David: *En Ti, Señor, está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz* (Sal. 35, 10). Y se añade por Isaías: *Por eso mi pueblo conocerá mi nombre aquel día, porque Yo mismo, que hablaba, estoy presente* (Is. 52, 6).

¿Por qué no crees al mismo Juan, cuando dice en reproche tuyo: *Vino a su casa y los suyos no le recibieron* (Jn. 1,11)? Pues es lo mismo que se dijo acerca de ti por medio de Jeremías: *Con prevaricación se ha rebelado contra Mí la Casa de Judá —dice el Señor— Me negaron y dijeron: El no es Dios* (Jer. 5, 11).

¿Por qué no crees a Marcos hablando de sus milagros: *Le traían todos los enfermos y endemoniados, y toda la población se hallaba congregada a la puerta, Y curó a muchos que estaban atormentados por diversas enfermedades y expulsó muchos demonios* (Me. 1, 32-34)? Porque es lo mismo que afirma Isaías: *He aquí que nuestro Dios El mismo vendrá y nos salvará*.

Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y oirán los oídos de los sordos. Entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua de los mudos quedará expedita (Is. 35, 5-6)⁴⁹.

5. (Se refiere en todo este párrafo a los hechos de la Pasión y Resurrección de Cristo)

Y de la pasión, contumelias, cruz, clavos, muerte y sepultura, ¿qué te voy a decir, si tú mismo no pones en duda haberlo hecho? Hechos, que si no creyeras, cometerías en verdad no leve perfidia. Mas, reconociendo los hechos y no entendiéndolos que fueron realizados para la salvación del mundo, sino —según tu parecer— sosteniendo que hiciste

⁴⁸ Se refiere al moabita Balaam.

tales cosas para su ignominia, quedas, en verdad, pesadamente encadenado por un doble crimen a modo de nudo insoluble, cuando eres juzgado reo por el homicidio de un inocente, y a la vez, no aceptas que esta muerte suya, por ti cruelmente infligida y por El voluntariamente aceptada, sirvió para la salud del mundo.

Mas tú, que no niegas haber obrado impiamente, oye las cosas, que, llena de gozo, cree conmigo la totalidad de los creyentes fueron realizadas misericordiosamente, los poderosos milagros que parecen surgidos de entre los mismos suplicios y penas. Tú, en verdad, quisiste perpetrar sacrilegios con osadías, y oponer silencios a las sagradas voces, antros a los milagros, subterfugios a los prodigios y la sombra del olvido a todas sus obras.

Y, proclamando la Escritura: No hay sabiduría, no hay cordura, no hay consejo contra Dios (Prov. 21, 30), cuando tú te ensañas atacando eres vencido, y por sorprendente intercambio, por admirable confrontación, por prodigioso triunfo de la parte contraria, por inesperado efecto de causas entre sí reluctantes, de lo oculto surge la verdad, de la caverna la luz, de la tiniebla el esplendor, de la humillación el prodigio, de la debilidad la fuerza, del dolor la victoria, del vilipendio el honor, de la cruz el triunfo, de la muerte la vida, del sepulcro el resucitado, de la esclavitud de la muerte el hombre libre, del abismo el vencedor, y, lo cual subsiste, el testimonio por encima del olvido, la voz sobre el silencio, lo que jamás podrá morir a partir de lo extinguido.

Ve, por tanto, lo que no quisiste ver; contempla vivo lo que estimabas muerto. Mira, esclarecidos por toda la redondez de la tierra, los hechos que tú indujiste que fueran encubiertos por las mentiras de los guardias. Atiende de qué modo resplandece en el cielo y en todo el mundo, con multitud de milagros y la totalidad de los fieles, Aquél, cuyo nombre no quisiste recordar más.

6. (Proclama el hecho de la resurrección verdadera de

Responde también: ¿por qué no crees a Pablo que dice: *Yo os trasmití primeramente lo que había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras...; y que fue visto por Pedro y después por los Once; después fue visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los que muchos viven todavía hoy...; después fue visto por Santiago y al fin por todos los Apóstoles (1 Cor. 15, 3-7)?*

Pues es lo que El mismo dijo por David: Mi carne descansará esperanzada; porque no abandonarás mi alma en el sheol, ni dejarás a tu santo conocer la corrupción (Sal. 15, 9-10). De la cual resurrección se afirma en otro lugar: Yo dormí y descansé y resucité, pues el Señor me despertó (Sal. 3, 6)⁵⁰. En cuyas palabras, dormir equivale a morir y vigilar a resucitar.

Lo mismo en Isaías: Ahora me levantaré —dice el Señor—, ahora seré exaltado y sublimado (Is. 33, 10). Donde este profeta claramente afirma que resucitaría de los muertos, sería exaltado al cielo y sublimado en el reino.

¿Por que no crees a toda la Iglesia católica, extendida desde la salida del sol hasta el ocaso, de mar a mar, proclamando con una sola voz: Creemos en Jesucristo, Hijo de Dios, que por nosotros y por nuestra salvación crucificado, muerto y sepultado, resucitó vivo de entre los muertos? Pues eso es lo que Oseas había dicho, en representación de los santos que resucitarían con El de los abismos, al tercer día: Venid, retornemos al Señor, porque El nos tomó y nos sanó... Nos vivificará después de dos días... y viviremos en su presencia (Os. 6,1-3). Lo mismo en este profeta: Como al amanecer se preparó su salida (Os. 6, 3)⁵¹. Pues eso es lo que cuenta Lucas: El primer día de la semana, al amanecer, vinieron las mujeres al sepulcro trayendo los aromas que habían preparado, y encontraron removida la piedra del sepulcro, y habiendo entrado

⁵⁰ El texto bíblico —que habla del dormir y despertar natural— no admite la interpretación que da Ildefonso.

no hallaron el cuerpo del Señor Jesús (*Lc. 24, 1-3*).

¿Por que no prestas fe a la misma Verdad diciendo, acerca de esta resurrección suya, que El cumplió, resucitando, lo que tu profeta Jonás —mejor dicho, mío— había prefigurado, en sus trances: Esta generación mala y adultera busca un signo, y no se le dará otro signo sino el del profeta Jonás. Pues, como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra (Mt. 12, 39-40); esto es, en el sepulcro?

Después de cuyo triduo, como aquel dejó la bestia, Este dejó la tumba. Por lo que solo El es libre de entre los muertos, ya que igual que no fue contagiado por el pecado, tampoco retenido por la atadura de la muerte.

¿Por que no crees a Marcos diciendo: Y el Señor Jesús, después que habló a los discípulos, fue elevado al cielo y esta sentado a la derecha de Dios (Mc. 16, 19)? Pues es lo que dice también Daniel: Yo miraba en la visión nocturna, y he aquí que un como Hijo del Hombre venía en las nubes del cielo (Dan. 7, 13). Y continúa: Y llegó hasta el anciano de muchos días, o sea, hasta el Padre. Después de esto añade: Fue presentado ante Este. Y le fue dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán (Dan. 7, 13-14). Si, su poder es poder eterno, que no será arrebatado, y su reino no será destruido.

¿Por que no crees que por El mismo fue dado el Espíritu Santo a los que en El creen? Pues eso es lo que fue dicho por el profeta Joel: Derramaré de mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas (Joel. 2, 28).

¿Porqué no crees que vendrá como juez, diciéndolo Marcos: *Entonces verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con mucho poder y gloria, y congregará a sus elegidos* (Mc. 13, 26-27)? Pues eso es lo que afirma David: Convoca desde arriba a los cielos y a la tierra para juzgar a su pueblo. *Reunid allí a sus santos, que sellaron con un sacrificio su Alianza. Y los cielos anunciaron su justicia, porque Dios es juez* (Sal. 49, 4-6).

CAPITULO VIII

1. (Introduce a una nueva serie de testimonios dispares)

¿Oíste el testimonio del Padre acerca del Hijo? ¿Oíste el testimonio del Hijo sobre si mismo y el Padre? ¿Oíste el testimonio acerca del Espíritu Santo, el cual para mostrar que Este es el Hijo de Dios —del que, según su divinidad, precede el mismo Espíritu— descendió sobre El corporalmente, según la verdad de su misma encarnación, en orden a la cual las bocas de los antiguos y nuevos profetas anunciaron todas estas cosas? ¿Oíste lo que la Ley y los Profetas refirieron desde Moisés a Zacarías? ¿Escuchaste lo que fue dicho por el hijo de este, Juan, y luego manifestaron los evangelistas y apóstoles? ¿Has oído todo lo que, en verdad, fue predicho en los primeros y últimos profetas, revelando un mismo Espíritu Santo todo eso por boca de ellos, de modo concorde y sin rastro de duda, y dirigido todo al conocimiento de una misma realidad?

Pues escucha ya lo relevante de las diversas condiciones, sexos, edades, realidades, elementos, para que, si las admirables palabras de los profetas no te mueven, al menos la contemplación admirable de tal variedad (de testimonios) te mueva alguna vez.

2. (Cita primero el testimonio de la Virgen misma, seguido por el de Isabel, el de Simeón, el de Ana, el del ciego de nacimiento, el de Marta)

Ante todo, cree a la misma Virgen que habla —a la que se allegue evidentemente la Persona y Naturaleza de la Deidad— y escucha la verdad que sobre si misma dice: He aquí que, desde ahora, me llamarán dichosa todas las generaciones, porque hizo en mi cosas grandes el que es poderoso (Lc. 1, 48-49): ¡Si, ciertamente, aquellas cosas que serian tan admiradas cuando se vieran, como fue previsto necesariamente que fuesen admirablemente predichas durante tan largo tiempo, para ser mas admirablemente

esperadas en orden a la salvación del mundo! ¡Si, aquello consistente en que, por medio de esta Virgen, Dios se hiciera Hombre, el Verbo se hiciera Carne, el Hijo de Dios, hacedor de todos, se hiciera Hijo de la Madre, a la que El formara!

Con lo que el Señor, naciendo, vendría a ser súbdito de la esclava, a la que El mismo creara. Y así tendría la esclava en sumisión al Señor y el Señor a la esclava en prelación. Así la Madre pariría a su Hacedor, y el Hacedor de la informe materia haría a la Madre materia de su propio nacimiento, siendo hecho de aquella, a la que el mismo Hacedor hiciera.

Para que tuviera como autora de su nacer a aquella, de cuya creación fue El mismo Autor, y así las realidades que siempre fueron diversas fueran siempre concordantes, cuando lo divino se abaja en bien de lo humano y lo humano se eleva hasta lo divino, cuando lo sublime cede a lo humilde y lo humilde se orienta a lo sublime, cuando lo fuerte se hace débil en lo pequeño y lo pequeño se robustece en lo fuerte, cuando Dios se allega a la Mujer y la Mujer da a luz al Varón, cuando en el seno de la Mujer no tuvo lugar la acción habitual de un varón, sino que, causando admiración por la grandeza del hecho, del mismo modo que El lo creó todo de la nada, así también realizara, de lo nunca oído, esta singularidad, que fuera siempre admirada.

Así como, entrado en el seno de la Virgen, el Creador del seno realice un prodigio nuevo, haciendo lo que jamás antes hiciera, aunque si predijese que habría de hacerse: que, para asombro, superada la ley de la naturaleza, se llevara a cabo lo que la naturaleza reconociese hecho en si misma para negar enseguida que esto pudiera en si misma hacerse, con lo que probara que esto no podía ser efecto de la conjunción de los medios usuales; así, también, resulta que el hombre pare al Dios, la tierra a lo divino, la virginidad da a luz un hijo, y la mujer, sin contacto de varón, alumbró a un varón.

Escuchaste el oráculo de la Virgen, la que concibe y engendra la Verdad en su seno corporal tan realmente como realmente la acoge y expresa en el seno de su espíritu, ya que por un mismo espíritu fue ella fecundada en orden a la fe y en orden

a la generación.

Escucha también a Isabel, la casada, estéril en su naturaleza, avanzada en días, ilustre en costumbres, llena de santidad, caminando ante el Señor en sus preceptos, permaneciendo en las leyes del Señor, viviendo sin quejas entre los cercanos, esposa del sacerdote, segura de los vaticinios, conocedora de los misterios, penetrada por los sacramentos y llena del Espíritu Santo. Pues, habiéndola saludado esta nuestra Virgen —a cuya alabanza se encamina lo que narramos—

Saltó el niño en su seno y quedó Isabel llena del espíritu Santo y exclamó con gran voz: ¡Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de donde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Pues he aquí que, en cuanto la voz de tu saludo llegó a mis oídos, saltó de gozo el niño en mi seno; y ¡dichosa tú que has creído, pues se cumplirá lo que te fue dicho por el Señor! (Lc. 1, 41-45).

Oye seguidamente la confesión del anciano Simeón, quien, para reproche de tu infidelidad, no pudo alcanzar su liberación de los miembros fatigados por la vejez hasta que viese al Cristo del Señor, prometido con la garantía del Espíritu Santo. Pues así se afirma de él:

Había un hombre en Jerusalén cuyo nombre era Simeón y era hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y había recibido la promesa del Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. Y vino al templo bajo el impulso del Espíritu. Y, cuando introducían al niño Jesús sus padres, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, también él lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tus palabras, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel» (Lc. 2, 25-32).

Oíste al viejo, ya entorpecido, lleno del Espíritu Santo. Escucha ahora lo que se dice de la anciana Ana, que era profetisa de preclaro origen, nobilísima por su tribu y familia. Primero, virgen de cuerpo y espíritu, después honesta esposa, no por largo tiempo casada, con 84 años de viuda en prolongada ancianidad, asidua al templo, austera en ayunos, poderosa en oraciones, ocupada día y noche en el servicio de Dios, de nombre Ana. Que también habló ésta por el Espíritu de Dios se prueba cuando se asegura de ella: *Y viniendo ésta confesaba al Señor y hablaba de Jesús a todos los que esperaban la redención de Israel* (Le. 2, 36-38).

Y después de esto escucha al ciego, aquél, que, habiéndole preguntado sobre sí mismo este Dios: *¿Tú crees en el Hijo de Dios?*, respondió él: *¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y le dijo Jesús: Le has visto; el que habla contigo, éste es. Y aquél repuso:*

Creo, Señor. Y, postrándose, le adoró (Jn. 9, 35-38).

Cree asimismo a Marta, la cual, al dudar de la resurrección de su hermano, no pudo, sin embargo, dudar del Hijo de Dios. Aquélla, que, diciéndole Jesús:

Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque hubiese muerto, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre". Y, como añadiese seguidamente preguntándole: «¿crees esto?», Ella respondió: «Sí, Señor, yo he creído que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que viniste a este mundo» (Jn. 11, 25-27).

3. (Transición retórica. Nuevos textos evangélicos)

Mas ¿por qué me extiendo tanto y me derramo en temas diversos, pretendiendo superarte a ti, ya convencido por el testimonio de personas individuales? Paso ya especialmente a las promesas formalizadas de los testigos. Porque basta que tantos de los tales (testigos) hayan dicho tantas y tales cosas, aunque yo no haya explicitado, entre tantos y tales, a todos los incontables testigos veraces existentes; los cuales son tanto más nobles e ilustres cuanto felices en su vida terrena y sublimes en la gloria del cielo.

Pues oye el testimonio unánime del pueblo, escucha el universal acuerdo de tu gente, cuando se dice: *Muchos de los judíos que vinieron a María y vieron lo que Jesús había hecho, creyeron en El* (Jn. 11, 45). Y también:

Como se acercaran ya a la bajada del monte de los Olivos, toda la turba de los que bajaban empezó a alabar, llena de gozo, al Señor con gran clamor por todos los prodigios que había visto, diciendo: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!, ¡paz en el cielo y gloria en las alturas!» (Lc. 19, 37-38).

7. (Aduce ahora el testimonio de los muertos resucitados, y, finalmente, el de los mismos demonios, que reconocen la mesianidad de Jesús)

Y ve ahí que voy a convencerte todavía con el testimonio de los muertos a ti, ya persuadido con el de los vivos. Pues sobre el momento de su muerte se dice así: habiendo El exhalado el espíritu,

he aquí que los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron. Y, saliendo de los sepulcros, después de su resurrección, vinieron a la Ciudad Santa y se aparecieron a muchos (Mat. 27, 52-54).

¿Escuchaste los mensajes de los vivos? ¿Oíste el testimonio de los muertos? Verdad es que lo oíste, y tú no puedes negar haberlo oído, mas aún, conocerlo con certeza y no querer admitirlo. Pero, si no das fe al testimonio de los vivos y al de los difuntos resucitados, te pido que, al menos, cedas, te sometas y obedezcas a aquel bajo cuyo dominio te encuentras hasta hoy y por su poder gobernado y por su instigación agitado; esto es, que creas al demonio —que *también confiesa al Señor*— y del que se dice:

Le salió al encuentro un hombre poseído por el demonio hacia mucho, y no usaba vestido ni moraba en casa, sino en los sepulcros. Al ver a Jesús, se postró ante El y gritó con voz grande diciendo: ¿Que tengo yo contigo, Jesús, hijo de

Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes. Es que El había mandado al espíritu inmundo que saliera de aquel hombre. Porque en muchas ocasiones se apoderaba de el; y entonces era sujetado, para custodiarle, con cadenas y grillos; pero rompiendo las ligaduras era empujado por el demonio al desierto. Jesús le preguntó: ¿Cual es tu nombre?, y el dijo: Legión; porque habían entrado en el muchos demonios. Y le suplicaban que no les mandara ir al abismo (Lc. 8, 27-31).

Cree, si, al demonio, créele para que, creyendo lo que el confiesa, eludas lo que el merece. Y así, no contradiciendo su confesión, niegues su obra, para que, creyendo como el dejes de obrar lo mismo que el, y de este modo, apropiándote de su voz repruebes su operación, confesando de tal manera al común Creador y Señor que te veas libre de la servidumbre hacia aquel, y, apropiada su confesión, dejes de rechazar lo que, instigándote el demonio, te ves forzado a negar.

CAPITULO IX

1. (Con una breve introducción retórica, invoca el testimonio de los ángeles del Cielo)

Hasta ahora —procedentes de los confines de la tierra, de sus moradores, de los cultivadores del campo, de la terrenal comitiva, de la sociedad humana, del conocer humano, de la tradición de los hombres, de linaje humano y de la humana condición— he aportado testimonios, presentado testigos, inducido afirmaciones, deducido testificaciones, afirmado proposiciones, ratificado lo que he dicho, asegurado lo que intenté, confirmado lo que aventuré y demostrado que son firmes, con la mas plena verdad, las cosas que expuse, seguro, para la acogida de esta Fe.

Pues ahora ya, muy alegre, gozoso, eufórico, exultante, voy a adornar lo que esta cimentado, a embellecer lo que esta firme, a decorar lo ya sólido, y, cambiando de horizonte, después de quedar satisfecho con la atestación de los hijos de la Tierra, después de abundar en testimonios de los bienaventurados, después de regocijarme con la confesión de los demonios, voy a dirigirme al Cielo, a escrutar lo celeste, a buscar en los cielos, a recorrer con la fe y el espíritu las regiones del Cielo, y, encontrando allí abogados de mi tesis, haré venir de aquella curia de celestial milicia quienes muestren mas claramente las cualidades de mi fe, quienes concierten mejor lo que yo he dicho, quienes aten con mas fuerza las razones que he aducido y amarren mas firmemente lo que he aportado, los que aseguren con la firmeza de una paz eterna las cosas que he referido en el combate por la defensa, y consoliden con sello de eternidad todo lo que yo he construido de manera torpe y lenta por la fragilidad de la fatiga.

2. (Interpela primeramente al arcángel San Gabriel y luego se refiere a los otros ángeles que aparecen en diversos pasajes del Evangelio. Concluye diciendo que el judío se ha quedado sin testigos para su causa: toda la tierra esta llena de testimonios en favor de la Fe de Ildefonso)

Ven, San Gabriel y cuéntanos el inicio de este milagro, el principio de esta obra. Pues en la realización de este acontecimiento, tú saludas el primero a la Virgen, el primero se lo revelas, y, antes que otro alguno, tú lo anuncias, e, instruido en los Cielos acerca del Verbo de Dios, manifiestas en la Tierra a la Virgen el nuevo prodigio de su encarnación:

Fue enviado por el Señor el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, de nombre Nazaret, a una, virgen desposada con un varón, de nombre José, de la Casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel le dijo: Salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. La cual, habiendo oído, se conturbó por estas palabras y discurría que significaría ese saludo. Y el ángel le dijo: No temas, María, pues hallaste gracia ante Dios; he aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado hijo del Altísimo. Y el Señor Dios le dará el trono de David, su Padre, y reinará en la Casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Dijo entonces María al ángel: ¿Como se hará esto, pues yo no conozco varón? Y respondiendo el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios (Lc. 1, 26-35).

Y también:

Pero José, su marido, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Mas pensando en estas cosas, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer; porque lo engendrado en ella es del

Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tu le pondrás por nombre Jesús, pues el salvará a su pueblo de sus pecados (Mt. 1, 19-21).

Igualmente:

Y había en la misma comarca algunos pastores, que pernoctaban al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño. Y he aquí que el ángel del Señor se les presentó y la gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. El ángel les dijo: No temáis, pues os anuncio una gran alegría, la cual lo será para todo el pueblo: Os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo Señor.

Asimismo, hablando allí el ángel a los pastores:

Y esto os será de señal: encontrareis un niño envuelto en pañales y acostado en el pesebre. Y de pronto, se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor (Lc. 2, 8-14).

¿Y que diré de los demás testimonios y ministerios de los ángeles, cuando al final de la prueba de su humana paciencia, se allegan los ángeles a El y le sirven, en verdad, como a su Señor y Creador? (Cfr. Mt. 4, 11).

¿Y que sobre el hecho de que los ángeles anuncian los primeros la resurrección, y, aterrando a los guardias del sepulcro, muestran a los fieles que no hay que buscar al que esta vivo entre los muertos? (Cfr. Lc. 24, 1-7).

¿O que sobre los ángeles que acompañan su ascensión y que certifican que su retorno será igual que su elevación? (Cfr. Hech. 1,10-11).

He aquí que la tierra esta llena de testigos de mi causa, porque la Tierra y el Cielo rebosan de la verdad de mi Fe; he aquí que, con testigos de tu parte, yo he confirmado lo que dije, y con testigos de la mía ratificado lo que dijeron los testigos de la tuya. Y, por consiguiente, tanto los testigos que tu habías hecho tuyos como los que yo he aportado todos

ellos se han hecho míos, puesto que lo que yo enseñe lo aprendí de la doctrina de ellos, por lo que su testimonio acompañó a mi tesis y su conocimiento previno mi defensa.

¿Que resta, por tanto? Pues que quedas sin ninguno y a ninguno tienes. Y se consciente de que malamente te irá estar solo, mientras la autenticidad de mi fe agrupa en una piña a todos los testigos, que tu te esforzabas en dividir.

3. (Anuncia que, después de la testificación de los seres vivos, aducirá la de los elementos inertes)

Después que el testimonio de los moradores de la Tierra y del Cielo prestó firmeza a mi defensa; después que se encontraron en la Tierra y el Cielo seres vivientes que confirmasen mi verdad; después que la santidad terrestre y la angélica excelsitud afirmaron unánimemente lo que previó tu atención que yo aportaría verazmente, presentaré todavía un estudiado conjunto de elementos insensibles y no inteligentes y de cosas habituadas a ilimitada sumisión, para que, en una comparación mutua, todas ellas aparezcan sintiendo como el hombre; mientras que tu, o disientes como un animal, o ni siquiera sientes como una piedra, y así ellos arrebatan para sí mismos tu razón, de suerte que, al no buscar tu su ayuda, cargues mercedamente con su insensibilidad. Ya que esos seres gritan su confesión con sus movimientos, a modo de palabras. Mientras que tú, rechazando con palabras la verdad, casi ni sientes ya los movimientos.

4. (A lo largo de este párrafo va haciendo desfilar a: la estrella de Belén, el agua transformada en vino, los panes y peces multiplicados, el mar apaciguado por Jesús o sosteniéndole en pie, los peces que acuden a la pesca milagrosa, las enfermedades y dolencias que ceden a su mandato, las tinieblas misteriosas del Calvario, el terremoto...)

Así pues, contempla, en primer lugar, ya en el principio de la prodigiosa Natividad, como la estrella, mensajera con su asombroso modo de trasladarse, supera en brillo a los

cielos, vence por su fulgor a los vecinos enjambres de astros, llega a los mismos confines de la tierra con su luz excelsa para guiar por caminos desconocidos a errantes y devotísimos reyes hasta mostrarles la casa del Nacido, y demostrar con todo ahínco que solo debía ser adorado este Dios, hasta el cual guía y somete, adorantes, a los reyes (Cfr. Mt. 2, 1-11).

Y observa, ya en el comienzo, su insigne prodigio: el líquido, que de agua se hace vino; cómo cambia el color, se apropia el sabor, difunde el olor, muda la cualidad. Y, no siendo ya en modo alguno lo que fue, no procede, con todo, de algo diferente de lo que fue. Pues, si buscas agua, ya no está; y si acudes al vino, dime: ¿de dónde salió? porque el agua no se ha derramado. ¿Entonces qué? Pues que ni accedió el vino ni se fue el agua, sino que un elemento se hizo el otro, procediendo el uno del otro no de manera sucesiva sino por original inmutación (Cfr. Jn. 2, 1-11).

Mira los panes y los pececillos, que, no pudiendo hablar por su boca, hablan por la de aquellos por los que son tomados, y ya que no pueden expresar la fuerza que experimentan, se multiplican a la vez, expresándola más intensamente. Porque, después de alimentar y saciar a tantos miles, ellos, fragmentados, llenan doce canastos, cuando enteros, no hubieran llenado ni uno solo (Cfr. Mt. 14, 15-21).

Mira el follaje de la higuera haber olvidado tan pronto lo que fue como rápidamente perdió lo que había vivido; y no toleró perder el vigor con la vejez, sino dejó en su momento su vida exuberante (Cfr. Mt. 21, 18-20).

Ve el mar, cuyas olas, si se convirtieran en lenguas, manifestarían ciertamente lo que resuenan; mas, no sabiendo hablar, demuestra que hizo lo que no sabe explicar. Pues, mientras sostiene los pasos del Señor, cubre los del siervo; fluido bajo el cuerpo del siervo, pétreo bajo el peso del Señor; ofreciendo dos servicios ante un mandato: cuando, bajo el pie del Creador, se endurece fuertemente y, cuando a su señal, sostiene también a aquel que le sigue a Éste obediente, a quien rehusó sostener cuando temblaba (Cfr. Mt. 14, 22-33).

Contempla todavía al mismo mar encrespándose en sus olas y haciendo chocar sus feroces rugidos con estruendo espumoso para tormento de las rocas, y fatigando a la navecilla, rebotándola en su hinchado lomo: cómo ante la orden del Jefe adquiere una calma tan repentina que los mismos tripulantes de la lancha, admirados, exclaman: *¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen?* (Mt. 8, 27).

Considera también los peces del mismo mar: cómo parecen rehuír los evidentes deseos de los discípulos y se resisten a ser capturados, pero que, ante el deseo del Hacedor, llenan de tal modo, hacinados, la red, que, al arrastrarla, se convierten para los remolcadores en tedioso peso (Cfr. Lc. 5, 4-7; Jn. 21, 4-8).

Mira cómo las diversas enfermedades, por medio de recursos médicos, no pueden retener el vigor, pero dejan vigoroso el cuerpo de los enfermos a la presencia del Salvador.

Ve cómo los muertos y los sepulcros rescinden el pacto mutuo de sepultar, de manera que las tumbas devuelven rápidamente a sus antiguos moradores; como si vieran que restituyen, temerosas, a los que habían recibido, como si hubiesen retenido coaccionados a los que recibieron violentamente para guardarlos (Cfr. Mt. 27, 52-53).

Fíjate cómo el día, al toque de las tinieblas, depone el manto de luz, y con desconocido empeño tan rápidamente logró el oscurecerse como perdió el brillar. Mira el sol cómo dejó totalmente su gozoso resplandor para, con pálida luz, ofrecer un triste lucir, cuando, suelto el broche del luminoso pacto, desechando la rubia túnica de inseparable luminosidad, en el momento cenital de aquel día se arrebujó con espeso manto de horror (Cfr. Mt. 27, 45, y lugares paralelos).

Mira a los campos, renunciando a la firmeza de los suelos, con qué temblor se precipitan en vastas y desconocidas ruinas; y no es que se agrieten poco a poco como en el caso de la tierra reseca, sino que son sacudidos por el terremoto de un solo día; porque en el primer caso, maltrata a aquélla el aire infiltrado en el seno de las tierras,

pero ahora conturba a ésta la gloria del Crucificado (Cfr. Mt. 27, 51).

Y mira a las rocas cómo, apartando la dureza de su masa, se escinden en grietas, cuando esa dureza cede a la descomposición y la solidez cesa ante el resquebrajamiento; atestiguando el poder de Aquel, que recibirán seguidamente para ser sepultado en sí mismas, cuando de tal modo honran temblando con las hendiduras de su confesión al que es ya cadáver.

CAPÍTULO X

1. (Solidez y garantía de las verdades de nuestra Fe)

Advierte ya de una vez, y que el ejemplo de las piedras hienda tu pecho de sílice, y observa que todos estos elementos no declaran otra cosa con sus movimientos, cambios y tendencias, sino eso que sólo tú te empeñas en rechazar como incierto o rechazas pérfidamente, sabiendo que es cierto.

No hay en esta verdad nada de lo que dudes razonablemente o que te deje suspenso, nada que puedas impugnar o donde tropieces, nada donde yerres, donde quedes fluctuante o vacilante o titubeante o tembloroso, nada que te lleve a la ambigüedad, a la duda, a la incertidumbre, nada que te deje con ánimo claudicante o amenace ruina en la fe.

Todas estas cosas son verdaderas, todas santas, todas sagradas, todas indudables, todas fidedignas, todas fijadas, establecidas y confirmadas por los siglos de los siglos; cosas realizadas en verdad y equidad, ésas que cantaron las santas Escrituras, pregonaron las sagradas Letras, escribieron los sagrados autores, las que promulgó la Ley santísima, prescriben los sagrados Testamentos, contienen los Libros santos, decretan los sacros Mandamientos, constituyen los Poderes celestiales, esas cosas, que, aún pasando el cielo y la tierra, no pasarán en su eternidad, ésas que, pasando incluso los elementos, no pasarán hasta que todo sea cumplido.

2. (Transición retórica a un nuevo tema: la comparación del prodigio de la maternidad virginal con la creación angélica)

Vencidos ya los enemigos, abatidos los adversarios, anulados los émulos, triturados los contrarios, derribados los atacantes, arrojados los envidiosos y derrotados en virtud de la divina potencia todos los contradictores, yo, lamentándome con

piadoso deseo, ávido con ansia de bien, ansioso con gozosa hambre, muy decidido por el grato placer, en cuanto pudiere, valiere, sea capaz e idóneo, intentaré, me esforzaré, perseguiré y procuraré fijar mi vista en este Misterio, poner mis ojos pasmados en esta maravilla de prodigios, sumergir en este secreto arcano el sentido ávido, dirigir a esta luz de la celeste gloria el aguijón de la vista deslumbrada.

Pero ¿cómo proyectar esto, cómo emprenderlo, con qué empeño apresurarme, con qué esfuerzo acometerlo, yo, hombre de labios manchados, de boca inmundada e impura lengua, flaco en palabras, malo de corazón, de espíritu inicuo, por mis obras impío? ¿Cómo si de la gloria de la virginidad pudiera disertar la corrupción, o de la alabanza de la integridad tratar la inmundicia o dar información el lascivo acerca del pudor, o el desvergonzado encomiar los bienes de la honestidad!

No obstante, puesto que, para que yo fuese salvo, limpio, justificado, santificado, vino Dios a la Humanidad, se allegó lo celeste a lo íntimo, descendió lo fuerte hasta lo enfermizo, lo eterno se unió a lo temporal, lo robusto quedó trabado en lo débil y lo señorial en lo servil, yo, henchido de santa fe, esperando ser salvo por su copiosa indulgencia, justificado por su mucha piedad, vivificado por su divina misericordia, purificado de toda la maldad cometida, hablaré al ángel, le interrogaré, le imploraré acerca de sus fiestas gozosas, de su alegría dichosa, de mi redención, de mi salvación, de mi vida.

3. (La pureza virginal de la Madre de Dios hace a ésta muy superior al excelso mundo de los ángeles).

Dime, oh ser amigo de Dios y más próximo a Él que cualquier otro en la contemplación; habla, oh ser anterior a cualquier otra criatura; cuéntame tú, la más poderosa de las criaturas; manifiéstate, ser que ignoras toda caída, grande en tu creación, poderoso en tu orden, excelente en tu naturaleza, perenne en tu eternidad, magnífico en tu esplendor. No pretendo menguar tu gloria, ni reducir la que es grande, o quebrantar la que es eterna o rebajar la que es sublime; ni tampoco me opongo al que es más poderoso, ya que no hablo de

tu estado, sino de tu creación.

Me veo excitado por la Fe, empujado por el amor, me deleito con admiración, me alegro con gozo, prevenido por la gracia del misericordioso y acompañado por su misericordia gratísima.

Tú, San Gabriel, ángel del Señor, que eres enviado a la Virgen de Israel, que vienes a la Madre del Señor, que te apresuras a esta sin par gloria virginal del mundo, dinos: ¿qué es lo más perfecto, lo más puro, lo más íntegro, lo mas firme entre la virginidad maternal y la creación angélica? ¿entre la fecundidad virginal y la formación de los ángeles? ¿y entre el pudor ennoblecido por la descendencia y la nobleza angélica?

¿Acaso una virginidad, que es fecundada sin corrupción, o la excelsitud angélica, parte de la cual sucumbe en su ruina? ¿Acaso una gloria virginal, que aún después del paño reverbera, o la nobleza angélica, que, tras la gloria cimera, padece daño en miembros suyos? ¿La integridad maternal, que también después del paño del Hijo aumenta para gloria de la Virgen, o la creación angélica, que quedó malparada en los arrojados (del paraíso)? ¿El parto de la Madre, que resulta nacer de Dios, por lo que ignora toda corrupción, o la gloria de tu corte (angélica), que, antes de su confirmación, incurre en una parcial mengua de número?

¿Es cierto que la soberbia descompuso los castres de los ángeles, el orgullo debilitó sus formaciones, la maldad disminuyó su número y la vanidad sacudió sus escuadrones? Pues el Hijo engendrado no daña a la virginidad de mi Señora ni al entrar ni al salir; ni concebido ni nacido la violó; ni la fatigó cuando se hospedaba en ella, ni cuando salía le privó de su integridad.

A esta Mujer la concepción la hace virgen, a esta Mujer el parto la conserva virgen, a ésta la maternidad la mantiene virgen, a ésta, en fin, la conoció el Hijo después del parto como la hallara antes de ser concebido. Y, ciertamente, su virginidad será para siempre incorrupta, íntegra, intacta, inviolada.

En efecto, la naturaleza angélica era frágil antes de su consolidación, lábil antes de su confirmación, caduca antes de

su afianzamiento y, previo a su robustecimiento, era vacilante y titubeante.

Esta Mujer es vaso de santidad, es perpetua virginidad, es Madre de Dios, es sagrario del Espíritu Santo, es templo singular y único de su Creador; mas la feliz condición de la criatura angélica sólo es firme en el bien después de su asentamiento, e indefectible en el amor de Dios después de su consolidación, gozando para siempre la visión del Señor después de su confirmación e inseparable de la familiaridad de Dios después del robustecimiento.

4. (Gabriel y los demás ángeles, en todo lo que lucen, no hacen más que servir al Hijo de esta Mujer. Lo cual era muy propio y adecuado)

De la cual inmensidad luminosa vienes tú, San Gabriel, a la Virgen, de la cual bienaventuranza te allegas a la Virgen, de la cual Eternidad accedes al Tiempo, de la cual Gloria te apresuras a lo humano.

Sin embargo, en todo lo que haces —el venir del Cielo, el venir a la Tierra, el venir de Dios, el venir a la Virgen, saludar a la Virgen y anunciar la inaudita generación— obedeces al Verbo que va a encarnarse, a Dios que va a asumir al hombre, sirves a quien va a ser engendrado por la Virgen, asistes al Hijo de la Esclava, que va a nacer en figura de siervo: porque este Dios que va a encarnarse es tu Hacedor, este Hombre-Dios es tu Creador, este Hijo de la sierva es tu Señor, éste, a quien anuncias que nacerá en la bajeza de siervo, es tu Dueño en la gloria del Padre.

Y era propio que un ángel anunciara esta gloria de tan excelso nacimiento; oportuno que un ángel actuara en oráculos de tal dignidad; y conveniente que un ángel diera a conocer el prodigio de tan extraordinaria generación; y adecuado que un ángel desvelara el secreto de tal maravilla.

Así, también, fue hermoso que la sublimidad angélica proclamara la humildad de Dios, apropiado que el señorío del Cielo anunciase, cumpliendo un ministerio, que el Señor de las cosas iba a nacer en figura de siervo.

Igualmente era digno que la excelencia angélica manifestara

la prodigiosa generación con una nueva y majestuosa embajada. Y equitativo que la inteligencia angélica revelase cómo actuaría la causa del inefable milagro. Y también era muy justo que la cima de los celestes príncipes precediera con inaudita majestad al Príncipe que va a nacer con un inaudito nacimiento.

De esta suerte, eras nuncio de tu Señor, venías por tu Señor enviado, ejercías el encargo de una embajada del Señor, cumplías los decretos de una regia orden: comunicar fielmente a la Madre, sobre la encarnación del Verbo, todo lo que tú conocías en el Cielo sobre el Verbo del Padre, imprimir en los moradores terrestres el mensaje que traías de los celestes, y llevar a los oídos humanos, a la vez que lo entrañabas en la humana intimidad, de qué modo el Hijo de Dios quería nacer Él mismo de lo humano.

Tú, ángel, habías aprendido del Verbo lo que del Verbo anunciabas; habías conocido del Verbo lo que decías que debía ser conocido acerca del Verbo; habías tomado del Verbo todo lo que ofrecías a la Virgen para ser ávidamente asumido, anunciando tú al alma de la Madre de qué modo podría Él encarnarse de la carne de la Madre.

Te vieron las virtudes celestes servir las órdenes del Hijo que va a nacer; te vieron los elementos tener como Señor a aquel, que tú anunciabas nacería de tal progenie; vieron los compañeros de tu gloria que también ellos se postrarían contigo ante ese Hombre; vieron todos los poderes excelsos y sublimes a este Hombre asumido por Dios. Y ejercieron el oficio del antiguo ministerio, con nuevos mensajes, cuando se proclamó: *Gloria en las alturas* a este humilde «Dios», y *en la Tierra paz a los hombres*, que creen con buena voluntad en este Dios humilde.

Te envió Aquel mismo que te dio a conocer lo que acerca de Sí mismo tendría lugar, para que de Él hablaras tú a la Virgen; te ilustró con el conocimiento de su divinidad Aquel mismo, que te hizo mensajero de su humanidad. Aquel, a quien tu gloria adoraba en la unidad del Poder paterno, te envió a que anunciaras que nacería en forma de siervo. Y Aquel mismo, que te instruyera sobre los arcanos de secretos celestiales, te

encomendó revelarlos abiertamente al mundo.

5. (Exclamación jubilosa ante la común suerte de los ángeles buenos y de los redimidos por el Hijo de María)

¡Albricias contigo, porque anuncias la rehabilitación de tu familia menguada! ¡Albricias para mí, pues, según tu anuncio, me acoges en tu rehabilitación! ¡Albricias contigo, porque las ruinas de una parte de la familia angélica se reparan con hombres! ¡Albricias para mí, pues soy llevado a participar en tu reconstrucción! ¡Albricias contigo, porque a los hombres recibes en tu paz! ¡Albricias para mí, pues he recibido esa paz tuya que yo no merecía! ¡Albricias contigo, porque adoras al Verbo encarnado! ¡Albricias para mí, pues esa Verdad que tú adoras es de mi propia naturaleza!

Felizmente poseemos, santo Ángel, los títulos de un mismo señorío de Dios (sobre nosotros); felizmente prometió nuestro Dios hacerme copartícipe tuyo en el censo de la Eternidad; felizmente me aseguró que yo tendría el Cielo contigo, porque quiso que yo, como tú, a Él le tuviéramos como único Dios; felizmente me marcó con la impresión de su Nombre, porque me redimió con la sangre del cuerpo de Aquel a quien tú adoras, contemplas y veneras en el Trono del Padre.

Es parte de tu suerte que nunca puedas caer de tu estado de bienaventuranza; y es parte de la mía que yo, después de mi caída, sea reparado al asumir un cuerpo mi Dios. Es parte de tu suerte que tú siempre estuvieras con mi Dios; es parte de la mía que yo pueda estar alguna vez con nuestro Dios. Es parte de tu suerte que nunca caigas de la bienaventuranza de tu ser; y parte de mi suerte el ser yo, finalmente, restaurado en la dignidad de mi naturaleza. Es parte de tu suerte adorar mi propia naturaleza en mi Dios, y parte de la mía el ser salvado precisamente porque mi naturaleza fue asumida por mi Dios.

6. (Todas las verdades que escribí —dice Ildefonso— no proceden de mí, pues soy podredumbre y nada)

Son verdaderas, justas y piadosas todas estas cosas que

abiertamente cuento, que ciertamente trato, que rectamente hablo y, en verdad, manifiesto. Y permanecerán tan llenas de celestial inteligencia como llenas subsisten. Pues no son más ni de mí proceden, ni de mi naturaleza, no son de mi condición, ni provienen de mérito mío. Pues yo soy ceniza, tierra, corrupción, podredumbre, soy pasto de gusanos, partícipe de una herencia mortal indeseada pero inevitable, cuya habitación será una fosa en la tierra, cuyo descanso será un túmulo, cuya casa será un sepulcro y la mansión un monumento funerario.

7. (Todo esto viene de Dios y lleva el respaldo de las Sagradas Escrituras, de los santos Ángeles, del mismo Cristo)

Pero todas estas cosas me fueron reveladas por el Padre que está en los cielos; las aprendí de su Hijo, que es su Sabiduría; enseñándome el Espíritu Santo, las conocí. Ellas vinieron del cielo porque son dones óptimos. Ellas bajaron del Padre de las luces, porque no hay en ellas inmutación de su verdad. He conocido contigo en la Tierra esas mismas cosas, que tú conoces conmigo en el Cielo. Aprendí yo en la etapa de mi peregrinación eso que tú ya conoces en la eternidad de tu bienaventuranza. Y vislumbré yo en la verdad de mi fe lo que tú has conocido en la plenitud de tu visión.

Ya que todo eso me enseñaste tú, al ejercer la embajada de tu ministerio, en el anuncio de la Encarnación. Todo eso lo atestiguaron los ángeles, cuando acompañaron el nacimiento de este Hombre con himnos celestiales, clamando: *Gloria a Dios en los cielos y en la tierra, paz a los hombres que ama el Señor* (Le. 2, 14).

Esto probaron los ángeles, cuando, vencida la insolencia de la tentación, *se acercaron a El y le servían* (Mt. 4, 11). Eso manifestaron los ángeles, cuando admirando que este nuevo Hombre ascendiera hasta el Trono de la Divinidad, se estimulaban a gritar con voces alternas: *¡Portones, alzad los dinteles! Y entrará el Rey de la gloria.* Y a los que preguntaban: *¿Quién es este Rey de la gloria?*, les aseguraban

con la respuesta: *¡El Señor de los ejércitos, El es el Rey de la gloria!* (Sal. 23, 9-10).

Esto profetizaba David, cuando dice: *Adórenle todos sus ángeles* (Sal. 96,8)⁴⁶. Y esto insinúa él mismo cuando exclama: *Alabadle todos sus ángeles* (Sal. 148,2). Esto mismo trae Isaías, atestiguando que los querubines y serafines, conmovidos de gozo en la alabanza de Éste, claman sin cesar: *Santo, santo, santo* (Is. 6, 3); de modo que el *Santo*, repetido tres veces acerca de la Trinidad indivisa, demuestra que hay un solo Señor Dios de los ejércitos.

Todo esto lo configura Juan cuando narra que los Vivientes del cielo no tienen descanso, diciendo un mismo himno de gloria celestial:

Vi y oí la voz de una multitud de ángeles alrededor del Trono, de los Vivientes y de los Ancianos. Y era su número millares de millares y decían con fuerte voz: Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza. Ya toda criatura del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar y a todo lo que hay en ellos oí que respondían: Al que está sentado en el Trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos (Ap. 5,11-13).

Esto Pablo, en su Carta a los Hebreos, lo propone, asume, confirma y concluye abundantemente. Esto, en fin, el mismo Hombre, "en quien habitó corporalmente la plenitud de la Divinidad", lo completa, cuando afirma que a su venida se conmovieron las potencias del cielo, y entonces será visto Él en la gloria de Dios Padre, con sus ángeles.

⁴⁶Según la Vulgata. El hebreo dice: *se postran ante Él todos los dioses*.

CAPÍTULO XI

1. (Retorna el tema de los ángeles que sirven y glorifican al Hijo de María)

Más no sólo aprendí con celeste adoctrinamiento que los ángeles sirven a mi Señor, hijo de mi Esclavita, de nuestra Virgen, sino también conocí más realmente sus funciones, en la experiencia de sus ministerios.

Pues tú mismo, Gabriel, que eres llamado "fortaleza de Dios", viniste a la Virgen a anunciarle que iba a nacer el Hombre, que vencería, conjuntamente, a las aéreas potencias y al príncipe de este mundo. Y ángeles también anuncian al Nacido a los pastores, ése que tú predijiste a la Virgen que iba a nacer. Éstos, asimismo, glorifican como Dios a aquel del que tú dijeras: *Será llamado Hijo de Dios* (Lc. 1, 35).

He aquí que los ángeles glorifican a Éste, ángeles le adoran, arcángeles le alaban; he aquí que es público el himno que entonan los ángeles, que los ángeles le sirven, que los ángeles pregonan que Éste ascendió al Trono de la Divinidad; he aquí que, en su exultación, no saben los ángeles darse reposo, he aquí que contemplamos a los ángeles apresurarse en su servicio y hemos oído que se conmueven las virtudes del Cielo.

⁵³ *El sentido de Isaías 53, 8, nada tiene que ver con el que le da aquí Ildefonso. El profeta se pregunta quién de sus contemporáneos se preocupa de este Siervo de Yahvéh.*

⁵⁴ *Interpreta este oráculo del Génesis: hágase la luz, como creación de los ángeles, la cual exégesis era más bien minoritaria. Los rabinos veían la creación de los ángeles en el versículo: al principio creó Dios el cielo y la tierra, considerando al cielo la región natural de los ángeles. Entre los Padres cristianos, unos como Basilio, G. Nacianceno, Ambrosio, pensaban que los ángeles, como espíritus puros, fueron creados antes del Universo material. Otros, como Gennadio, Agustín, creían más bien que los ángeles serían creados simultáneamente con el Universo material, acercándose a la interpretación rabinica; pero no precisamente como lo entiende Ildefonso.*

2. (Y la razón es que Él es Dios y Hombre, como acreditan diversos textos bíblicos)

En efecto, es ciertamente cosa espléndida que la gloria de la grandeza angélica preste servicio a tan excelso y eterno Dios, engendrado tan humildemente de la Virgen, en el Tiempo. ¿Por qué? Porque Él nació incomprensible e inefablemente en una y otra natividad, mientras que la multitud de los ángeles fue precedida por Su eternidad y formada por Su actividad.

De Él se dice: ¿Su generación, quién la podrá contar? (Is. 53, 8)⁵³. Lo cual, también, en tu Anunciación, admira a esta misma Virgen, que es confirmada por tus palabras madre virginal; y tú mismo a la Virgen, deseosa de saber, le anuncias cómo se realizaría la inaudita generación.

Sin embargo, de ti se dice: Dijo Dios: hágase la luz (Gen. 1, 3), y fue hecha la "luz" de tu naturaleza superior y anterior a todas las criaturas⁵⁴.

A Aquél le fue dicho: Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy (Sal. 2, 7); lo cual jamás fue dicho a ningún ángel. De la totalidad de las criaturas se ha dicho: Todo lo sometiste bajo sus pies (Sal. 8, 8). Y en ese todo también se encuentra la sustancia angélica a Él sometida.

De Él se dijo: Siéntate a mi derecha (Sal. 109, 2), lo cual tampoco fue dicho a los ángeles; pues de éstos, por haber sido hechos, se dijo: Que hace ángeles suyos a los espíritus y, ministro suyo al fuego abrasador (Sal. 103, 4)⁵⁵.

De Aquél fue dicho: Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos (Sal. 44, 7). Pero de éstos se dijo: En Su presencia asiste todo el ejército de los ángeles con temblor (2 Cro. 18, 18)⁵⁶.

3. (Anuncia que se propone conocer mejor cuál es el significado de la "generación" de Cristo, para poder cantar y elogiar la gloria virginal)

Mas, para que yo cante jubiloso la gloria virginal de esta mi Señora en unión de las potestades celestes, con la ovación más fuerte, excelente elogio, fiel esfuerzo, sincerísimo deseo y

de morir, la predique a los que la ignoran para que la conozcan, la recomiende a los que la conocen para que se deleiten, deseo conocer aún, quiero aprender, ansío saber, anhelo ser informado, pido ser instruido, busco ser enseñado sobre qué significa eso que se afirma: ¿Su generación, quién la podrá contar?. Pues, si esto se dice de la generación de su Divinidad —lo cual es cierto, ya que se dice por ella, mas no sólo por ella—, he aquí que tal generación de la Divinidad en esto sólo consiste: que de Dios ha nacido Dios, de Dios-luz Dios-luz, de la boca de Dios Dios-Palabra, del corazón de Dios Dios-Sabiduría, de la sustancia de Dios Dios-Fuerza: y todo esto es un solo Dios.

Y, si además se dijo de la generación de su Humanidad, lo que es verdad ciertamente, también por eso se ha preguntado: ¿qué otra cosa es la generación de este Hijo —la cual tan admirablemente es predicada inefable—, sino una concepción incorruptible, una virginidad que da a luz, un parto virginal, una virginidad materna, un virginal nacimiento? Y todo esto como propio de una virgen embarazada, de una madre incorruptible, de una parturienta virgen, de una madre inviolada, íntegra, en la que se armonizó la diversidad, se unió lo contrario, lo variado se conjuntó y se anudó lo concurrente de tal manera que, separadas por eterna ley las dos cualidades, ciertamente incompatibles, pero unidas admirablemente en Ella, tuviera lugar en esta única Virgen la única e inefable generación de este unicísimo Hijo.

4. (Reflexión sobre la milagrosa unión de la maternidad y la virginidad en María)

Pero, pregunta la Virgen: *¿Cómo se hará esto, pues no conozco varón?* (Lc. 1, 34). Responde el ángel: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios* (Lc. 1, 35).

³⁵ Interpretación literalista de la Vulgata. El hebreo suena así: tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros.

³⁶ El pasaje bíblico dice: ...asistente todo el ejército del cielo a derecha e izquierda.

Fuera de este caso, que una sea virgen es normal y que después de ser virgen sea madre también lo es; que una mujer sea íntegra es habitual y que, perdida la integridad, se haga madre también lo es; poseer la pureza genital es usual, y, dejado este pudor, tener descendencia también lo es

Ambas cualidades tanto distan entre sí por la ley perpetua de la naturaleza, que nunca una es madre cuando es virgen, nunca virgen cuando es madre, nunca una virgen pare, jamás una madre brilla por su virginidad, nunca se es simultáneamente virgen y madre, jamás una misma mujer podrá gozarse, a la vez, con la doncellez y el hijo. Por lo que una tal generación no se presenta singularmente en forma de signo, ni maravillosamente en forma de milagro, ni inefablemente de pronto, no, en verdad, porque ni es signo, ni milagro, ni prodigio, ni inefable.

Ya que es algo normal, natural, defectible y caduco. A veces es algo apetecible torpemente y, en ocasiones, honestamente rechazado. A veces debe ser querido virtuosamente, y, en ocasiones, virtuosamente aborrecido.

Pero, en esta Virgen, la concepción inefable de este Hijo de Dios, de tal modo unió ambas cosas que la Madre se encuentra virgen y la Virgen madre, que el Hijo tenga a una virgen por Madre y la casada se admire virgen parturienta. Y también, que la integridad se una a la concepción, el pudor virginal acompañe a la generación, la pureza salvguarde a la gestación y la virginidad entrañe el fruto concebido. Y así la generación no quebranta la virginidad, el nacimiento no ofende al pudor, la concepción no priva de la integridad, y así también la verdad del parto no anula la verdad virginal.

3. (Conocemos todo lo relativo a este Misterio por la revelación de los ángeles)

Conviniendo, por tanto, tan maravillosamente en una misma persona, a la vez y al mismo tiempo, tal diversidad de cosas de modo que sea una misma la Madre, que, a la vez, es virgen, y una misma la Virgen, que, a la vez, es madre, y nunca Madre sino

cuando fue Madre, tuvo lugar esta única e inefable maternidad; a la que considero yo admirable precisamente porque no percibo que se oculte en ella otra razón por la que esto se realizó y que no pueda ser revelada, sino ésta solamente que fue hecho lo que es signo, milagro, inaudito, desconocido.

Verdaderamente, lo que resulta inenarrable en su Anunciación, incluso narrándolo, no es desconocido. Pues, si hubiese algo que estuviera oculto y eso mismo no fuera más que un conocimiento racional, podría ciertamente cualquiera capaz de razón percibir de ello algo por investigación, hallarlo por sagacidad, o colegir de lo hallado o tratar sobre lo colegido o reflexionar sobre lo tratado o definir desde lo reflexionado o retener lo definido o eso retenido proclamarlo y afirmar lo proclamado.

Pero, como pienso que ni los hombres ni los ángeles conocen nada de esto, nada semejante, ni siquiera parcialmente en este asunto, de otra manera o mejor de lo que aprendimos por el mismo ángel anunciante, creo que ni el mismo ángel pudo saber otra cosa que lo que él mismo traía para anunciar a los hombres. Pues, pregonero de la verdad en tan gran misterio, ni pudo comunicar otra cosa que lo que él mismo sabía, ni más de lo que él mismo conocía.

Todo lo cual, sin embargo, lo anunció también a nosotros y, con la Virgen, nos lo hizo oír también a nosotros, porque estamos convencidos de haberlo aprendido, no de otra manera o en otro lugar que en la Virgen y con la Virgen. Por tanto, si aquella Virgen que fue el sujeto de este milagro y causa de su plena realización, aprendió sólo del ángel aquello que era suficiente para el efecto de la realidad anunciada, no supo el ángel más de lo que dijo, pues solamente dijo lo que hizo que la Virgen concibiera, solamente lo que llevó a término la concepción y el parto virginal. Y tanto aprendió la Virgen, con el saludo angélico, acerca de su concepción y parto, cuanto me enseñó a mí el ángel con la manifestación de esta realidad.

En efecto, si el ángel supo más de lo que dijo, ¿cómo

su maternidad, lo que escuchó conmigo? Digo que oyó conmigo, porque, después del anuncio de su parto, y de mi redención, nada nuevo escuchó sobre esto. Si el ángel sabía más de lo que dijo, ¿cómo es que lo dicho resultó sobreabundante para el pleno cumplimiento del evento? Si supo más de lo que dijo, ¿cómo una revelación a medias pudo dar plenitud a una realidad cumplida, de manera más veraz que el testimonio de las celestes virtudes y de los elementos?

Queda, por tanto, que yo conozco de este prodigio cuanto dijo el ángel, ya que lo que supo lo dijo, y dijo tanto cuanto hiciera posible que la Virgen concibiera. Pero lo que hizo concebir a la Virgen sólo mi fe lo conoció con la misma Virgen.

4. (Esta revelación angélica manifiesta la grandeza incomparable de esta virginidad materna, que ha elevado la naturaleza humana hasta el Trono del Padre)

Por tanto, si en la ascensión de la naturaleza humana esta inefable generación de tal Hijo es lo mismo que la singular pureza de su sin par Madre, yo antepongo justamente la integridad de esta Madre, que no pudo perderse en el parto del nacido, a la naturaleza angélica, que sí pudo caer. Yo antepongo con razón el honor virginal, que no pudo ser eclipsado por la llegada del Hijo, a la creación angélica, que pudo sufrir detrimento. Yo prefiero con razón el pudor virginal, que el parto del Hijo no pudo malograr, a la formación de los ángeles que sí experimentó mengua.

Rectamente antepongo al estado de los ángeles, que pudo cuartearse, la virginidad maravillosamente única, a la que el nacimiento del Hijo de Dios tan enriquecida dejó de gloria incorruptible, cuanto, glorificando de forma singular a la singular Carne asumida de Ella, la elevó hasta el Trono del Padre y sometió a su dominio toda forma de bienaventuranza angélica.

En cuya ascensión, de solemnidad excelsa, cuando Dios entronizó esa Carne asumida en el Trono del Padre, de tal suerte

recibió la semejanza angélica, de tal manera entendió alcanzar el honor de los ángeles, de tal modo antepuso al poder de los ángeles la propia abyección, por la que aparecía despreciable, que esta misma naturaleza, que en Abraham —sin que se lo prohibieran— adoró al Ángel (Cfr. Gen. 18, 2), en Juan, queriendo adorarle, se lo impidieron (Cfr. Ap. 19, 10). Porque en Abraham, aunque se dijera que de su linaje sería asumida en Cristo (Cfr. Gen. 22, 18; 26, 4), sin embargo, aún no había sido tomada por Cristo. Y por eso los ángeles la juzgaban a ésta menospreciable, porque también la tenía como execrable la condena del Creador y todavía la encarnación no la había incorporado a su unión (hipostática). Sin embargo, en Juan, los ángeles prohíben a esta naturaleza que les adore, precisamente porque ellos la adoran a ella, como superior a sí mismos, en el Trono de la Majestad.

Y no la desprecian en los súbditos precisamente porque la contemplan sobre sí mismos en el Trono de gloria. Ni la menosprecian como de escaso valor en los vasallos porque la saben unida a una divina Persona. Y por eso mismo estiman más gloriosa la incorrupción de la virginidad materna, porque el Fruto de la misma lo admiran embelesados sobre sí mismos, con humildad lo contemplan, gustosos lo alaban, sirviéndole lo adoran, eternamente lo aclaman, obedientes lo celebran conjuntamente, dichosos lo ven, postrados le honran.

Pienso que nada razonable se ocultó, nada investigable se omitió, nada escudriñable se echó afuera, nada quedó desconocido. Pues cuanto oímos, tanto sabemos que se realizó; cuanto escuchamos de este asunto, tanto lo consideramos efectuado; cuanto oímos, otro tanto conocemos se hizo esta generación. Y cuanto escuchamos del Ángel otro tanto vemos que se cumplió en el seno virginal para nuestra redención.

5. (Toda la creación proclama ser obra del Hijo de esta Virgen, a quien se somete: se aducen algunos textos. De ahí la grandeza de su Madre)

Mas, para que la grandeza de este acontecimiento se ensalce con toda evidencia sobre los ángeles, para que la

virginidad de esta sin par Madre, singularmente laudable como singular prodigio, trascienda lo más excelso de los ángeles, para que la muy noble e inefable generación de este Hijo de la purísima Virgen aventaje a la excelencia de los ángeles, finalmente, para que nada subsista semejante por su grandeza a ella en todo el orden de las cosas, contempla la hermosura de las criaturas, observa las condiciones diversas de la creación universal y, diciéndolo Juan, cree que *todas las cosas fueron hechas por Él y sin Él nada se hizo* (Jn. 1,3).

Mira cómo todo cuanto creó, todo lo que hizo, todas las cosas que ves ser y subsistir, visibles e invisibles, muestran el acatamiento de su servidumbre y mantienen la bajeza de su condición subordinada.

Pues, si se trata de la tierra y el mar y de cuanto hay en ellos, oigan todos esos seres la voz del mismo Señor acerca de ellos mismos. Quien con la fuerza de su derecho los confía al hombre: *Dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra* (Gen. 1, 28). Mas, cuando se trata del mismo hombre, oiga él mismo: *Reyes de la tierra..., servid al Señor con temor, ensalzadle con temblor* (Sal. 2, 11).

Si se habla de los cielos y de lo que hay en ellos oigan: *Te alabaron, Señor, todos tus ángeles, y entonaron un himno, mientras construías la fábrica del cielo.*

También: *Feliz aquél a quien Dios ayuda; su esperanza está en el que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos* (Sal. 145, 5-6). Si se trata de los ángeles, oigan lo que recuerda Pablo: *Y al introducir a su Primogénito en el mundo dice: Adórenle todos sus ángeles* (Heb. 1,6).

Y para enlazar todos los seres de su creación, como con unos grilletes, en una expresión general, oigan todos en una palabra: *Grande eres, Señor, y glorioso e insuperable en tu poder. Te servirá toda criatura, porque lo dijiste y fue hecha, enviaste tu espíritu y fue creada* (Jdt. 16, 16-17).

1. **(Si todas las criaturas —ángeles, hombres, seres todos-están sometidas al supremo Hacedor, la Encarnación del Verbo por la maternidad virginal, siendo de orden humano, es, también de orden divino en paridad con Dios Creador; de ahí que la maternidad virginal sea el mayor prodigio)**

Si, pues, todas las cosas que fueron hechas le sirven, resulta que nada hay igual al Hacedor, porque lo que no está a su servicio no existe. Si hay algo que no le sirva, es que es nada, porque no fue creado. Por tanto, o será algo y entonces fue hecho y es sirviente, o será nada, porque lo que no le sirve no ha sido hecho.

Mas, si —como es verdad— todas las cosas que fueron creadas tienen la deuda de su servicio y no eluden el señorío de su eterna potestad, en tanto todas las cosas ceden a Su majestad en cuanto no pudieron adecuarse de ningún modo a Su excelsitud.

Y por eso, cuando todo le sirve a El, el Fruto de esta singular virginidad es asumido en la unidad del que domina. Cuando todo le presta acatamiento, sólo a esta concepción se incorpora el Señor; cuando todo le presta su servicio, sólo a esta virginidad se ata el Señor. Porque, entre todas las criaturas, solamente esto se hace una sola cosa con el Señor, en persona: esto que es asumido en la unidad del Creador, esto muy unido al Señor hasta el extremo de que el Dios que asume sea llamado Hijo del Hombre y *el Hombre asumido* se llame Hijo de Dios. No confundidas las propiedades de ambas naturalezas sino ensambladas de tal modo en la unidad de una persona, que entre el asumido y el que asume ninguno diste del otro y ninguno del otro se separe.

Que se llame Hijo del Hombre el Dios que asume lo expresa el evangelista diciendo: *Cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad con sus ángeles* (Mt. 25, 31). La cual majestad o la de sus ángeles no podrán ser atribuidas a nadie más que al Hijo de Dios, que es, en verdad, Dios omnipotente. Y

también: que el Hombre asumido se llame Hijo de Dios; otro

evangelista lo confía a la Virgen diciendo: *Y por eso lo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios* (Lc. 1,35).

Por el cual hecho de ambas naturalezas unidas en la única Persona, sólo Ella es virgen y madre del Dios-Hombre, un solo Cristo. Engendrando un único Hijo en una y otra naturaleza del tal modo que uno mismo sea Hijo de Dios e Hijo del Hombre, y no sea distinto el Hijo del Hombre del Hijo de Dios.

De ahí que esta maternidad sea más admirable que cualquier milagro, más poderosa que cualquier prodigio, más augusta que cualquier otro signo, puesto que de tal modo excede a todo, domina a todo y supera toda excelencia, que los ángeles sirven a esta naturaleza unida a Dios, la adoran, y a ella, en la unidad hipostática del Hijo de Dios, la alaban sin fin con incesantes e incansables clamores.

De donde, santo Ángel, te ruego por la indivisible herencia de nuestra Fe, por tu categoría en la eternidad, por el misterio de mi redención, por la paz que disfrutamos ambos en el Cuerpo de Cristo el Señor, que me concedas conocer de la Virgen Madre de mi Señor solamente aquello que tú conoces, creer lo que tú sabes, amar lo que tú amas, gozar en el Señor lo que tú mismo estás gozando.

CAPITULO XII

1. (Humilde y apasionada invocación a María)

Y ahora vengo a Ti, la sin par Madre Virgen de Dios; me postro ante Ti, excepcional prodigio de la Encarnación de mi Dios; me humillo ante Ti, la única hallada digna Madre de mi Señor; y te suplico a Ti, la única encontrada digna esclava de tu Hijo: que obtengas sean borrados mis hechos pecaminosos, que hagas que yo ame la gloria de tu virginidad, que me reveles la abundante dulzura de tu Hijo, que me otorgues hablar y defender la autenticidad de la fe en tu Hijo y me concedas, asimismo, unirme a Dios y a Ti, ser esclavo de tu Hijo y tuyo, servir a tu Señor y a Ti.

A Él como a mi Hacedor, a Ti, como la Madre de nuestro Hacedor; a El como al Señor de las virtudes, a Ti como a la esclava del Señor de todas las cosas; a Él como a Dios, a Ti como a la Madre de Dios; a Él como a mi Redentor, a Ti como instrumento de mi redención.

Pues aquello por lo que actuó en redención mía lo formó en la realidad de tu persona; en lo que fue constituido redentor para mí fue hijo para Ti; por lo que fue precio de mi rescate, en lo cual sanó mis heridas, fue encarnación de tu carne; de tu propia carne ofreció Él un cuerpo, que sería herido, por el que desterraría mi muerte; de tu cuerpo mortal sacó Él un cuerpo mortal, en el que borraría mis pecados, que cargó sobre Sí; de Ti recibió Él un cuerpo sin pecado; y esa mi naturaleza, a la que Él mismo, como predecesora mía, entronizó en su Reino, en el Solio paterno, de la realidad de tu cuerpo humilde la tomó.

Por eso soy yo tu esclavo, porque mi Señor es tu Hijo. Por eso eres Tú mi Señora, porque eres esclava de mi Señor. Por eso soy yo esclavo de la esclava de mi Señor, porque Tú, Señora mía, fuiste hecha Madre de tu Señor. Por eso fui hecho

mi Hacedor.

Te ruego, te ruego, santa Virgen, que yo posea a Jesús de aquel Espíritu del que Tú engendraste a Jesús; que mi alma reciba a Jesús por aquel Espíritu por el que tu carne concibió al mismo Jesús; que yo pueda conocer a Jesús en virtud de aquel Espíritu, por el que te fue dado a Ti conocer, tener y alumbrar a Jesús.

Hable yo sobre Jesús cosas humildes y sublimes en aquel Espíritu, en el que Tú te confiesas esclava del Señor, deseando que se realice en Ti según la palabra del ángel. En aquel Espíritu ame yo a Jesús, en el que Tú le adoras como Señor, le contemplas como Hijo. Tan realmente rinda yo vasallaje a este Jesús, como realmente se sometió Él mismo a sus padres, siendo Dios.

2. (Proclama su ansia de ser esclavo de la Virgen, aunque se considera indigno)

¡Oh recompensa sobremanera grande de mi salvación, de mi vida y también de mi gloria! ¡Oh título nobilísimo de mi libertad! ¡Oh condición excelsa de mi nobleza! ¡Oh garantía de mi grandeza, indefectiblemente gloriosa y consumada en eterna gloria! ¡Que yo —malamente engañado— ansie hacerme esclavo de la Madre de mi Señor para mi propia reparación! ¡Que yo —separado de la comunión angélica, ya antiguamente en el primer hombre— merezca ser considerado como esclavo de la Esclava y Madre de mi Hacedor! ¡Que yo —obra buena en las manos del sumo Dios— obtenga ser encadenado con perpetua devoción de esclavitud al servicio de la Virgen Madre!

Otórgame esto, oh Jesús, Dios, Hijo del Hombre; concédeme esto, Señor de las cosas e Hijo de la Esclava; regálame esto, ¡oh Dios humilde en el hombre!, dame esto, ¡oh Hombre glorioso en Dios!: que yo crea acerca del parto de la Virgen lo que de tu encarnación llena mi fe; que yo hable de la virginidad maternal lo que llene mi boca de tu alabanza; que yo ame sobre tu Madre, lo mismo que Tú con tu amor colmas en mí; que de tal modo sirva yo a tu Madre que, por

ello, Tú mismo me reconozcas haberte servido a Ti; que de tal suerte me gobierne Ella, que por ello sepa yo que te doy gusto a Ti; que su señorío me domine de tal modo en el Tiempo que Tú seas mi Señor en la Eternidad.

Cuán prontamente deseo hacerme esclavo de esta Señora, cuan fielmente me deleito con el yugo de esta esclavitud, cuan plenamente ansio obedecer sus mandatos, cuan ardientemente quiero no verme libre de su dominio, cuan ávidamente anhelo no verme jamás separado de su servicio; asimismo tan realmente encuentre yo la oportunidad de servirle, tan verdaderamente merezca, sirviéndole, su gracia, tan realmente sea mantenido sin interrupción en su servicio y tan en verdad jamás me vea separado de su felicidad.

Y el por qué busco esto lo saben aquellos que aman al Señor, lo ven los que son fieles a Dios, lo intuyen los unidos al Señor, no lo ignoran cuantos no son ignorados por el Señor.

3. (Apostrofa a todos los que, de una u otra forma, niegan a Cristo y a la Virgen, y hace profesión enérgica de su fidelidad al primero por medio de la segunda)

Pero escuchadnos, envidiosos; atended, infieles; conoceed, incordiantes; entended, sabios de este mundo, que sois precisamente necios ante la sabiduría de Dios en lo que sois sabios ante vuestra necedad, que sois débiles ante la fortaleza de Dios en lo que sois fuertes para vuestra ruindad, que sois despreciables ante la excelsitud de Dios en lo que sois sublimes para vuestra propia miseria, que estáis anulados como si no existierais por Aquel que siempre es, en lo que pensáis ser para vosotros mismos, cuando nada, en verdad, sois ante Aquél para quien es *ser* lo que *siempre es*.

Vosotros, los que negáis que Esta sea siempre virgen; los que no queréis que sea mi Hacedor su Hijo y que Ella sea la Madre de mi Creador; los que despreciáis el hecho de que sólo Ella tenga este Hijo, al que toda criatura reconoce como su Señor; los que no glorificáis a este Dios Hijo suyo, no

dichosa a la que el Espíritu Santo dio a conocer que sería aclamada por todos los pueblos; los que maculáis la gloria de la virginidad con la corrupción de la carne; los que no rendís pleitesía a la Madre señorial con el fin de rendirle a Dios su Hijo; los que no glorificáis, como Dios, al que visteis nacido, como hombre, de Ella; los que confundís la distinción de naturalezas en su Hijo o dividís la Persona de su Hijo o agredís la Divinidad de su Hijo o rehusáis la verdadera corporeidad y la verdadera pasión de su Hijo, los que opináis que Éste no sufrió la muerte, como hombre, o no resucitó, como Dios, de entre los muertos; ya que murió por ser hombre y resucitó por ser Dios.

Porque yo, para ser siervo de su Hijo, deseo ser enseñoreado por Ella; para que me avasalle su Hijo, me determino a servirle a Ella; para que se me reconozca que sirvo a Dios, busco como prueba el dominio de su Madre sobre mí; para ser devoto siervo del Hijo de tal Madre, anhelo la fiel esclavitud a la Madre. Pues de ese modo el servicio que se presta a la Esclava se orienta al Señor, redundando en honor del Hijo lo que se tributa a la Madre, reaparece en el lactante lo que se da a la que amamanta, y pasa al rey el honor que se dispensa en el servicio a la reina.

Congratulándome con los ángeles, alegrándome con las palabras angélicas, exultante con los himnos de los ángeles, gozoso con los mensajes de los ángeles, me felicito con mi Señora, me alegro con la Madre de su Señor, exulto con la Esclava de su Hijo, que fue hecha Madre de su Hacedor, me regocijo con Aquella en la que el Verbo de Dios se hizo carne, porque creí, con Ella, lo que acerca de sí conoció conmigo Ella misma: conocí que era virgen y madre; porque sé que es una virgen que concibe, porque sé que la concepción no malogró su virginidad, porque aprendí que una indefectible virginidad precedió a su parto, porque sostengo que su parto no ajó la gloria virginal.

4. (Párrafo conclusivo, de contenido cristológico; expresión de fe y esperanza cristiana)

Tan realmente amo todo esto como conozco verdaderamente que fue realizado por mí. Pues está conmigo lo que fue hecho por Ella; de manera que por eso la naturaleza de mi Dios se uniría a mi naturaleza, con lo que mi naturaleza pasaría a mi Dios y sería un Cristo Verbo y Carne, Dios y Hombre: siendo uno mismo Hacedor y hechura, Formador y hombre formado, Creador y criatura, Realizador y la verdad de la realización asumida, uno mismo el que hizo y aquello que había hecho, uno mismo el que hiciera y lo que hizo.

El es quien asume y El mismo asumido, y, para expresar con mayor claridad lo que Él da de Sí mismo, El es el omnipotente que por mí, por mi salvación se anonadó; Él, el fuerte que se hace débil; Él, mi salud, por mí, sin embargo, herido; Él, mi lozanía y Él por mí llagado; Él, *fuera*, de Dios, Él, por mí, hecho Dios humilde; Él Viviente y Él muerto; Él, que es Vida que ignora la muerte y Vida que sufre la muerte y la vence; El, desconocedor del morir antes de la muerte y libre del dominio de la muerte después de morir; Él, viniendo del Cielo y El mismo, encaminándose a la sepultura; Él, dejando el sepulcro y retornando el Cielo; Él, descendiendo con su alma humana a los Infiernos y liberando del Infierno con su divino poder a las almas de los santos; Él que yace en el sepulcro como hombre y resucita del sepulcro como Dios; El, que libera de la muerte y es libre entre los muertos.

Y todo esto es un mismo Cristo y todo ocurre en un mismo Cristo, según la unión hipostática, no por confusión de naturalezas.

Por tanto, yo estoy confiado por la muerte de este Hijo de Dios, esperanzado por las llagas de éste mi Creador, tengo seguridad por la Cruz de, éste, mi Redentor, y pongo mi esperanza verdadera en la sangre de este Jesús mío de que, cubiertos mis pecados, perdonadas mis iniquidades, raídos mis delitos, olvidados mis crímenes, abolidos mis males, limpiadas mis inmundicias, desatadas las ataduras de mis pecados,

limpiado por el buen Dios, purificado por el Dios de la misericordia, justificado por el Juez piadoso, santificado por el generoso Redentor, sea yo emparentado con los ángeles, asociado a los coros angélicos, unido a los gozos de los ángeles, a las fiestas angélicas, para que haya gloria en mí, sea Dios por mí loado, reciba Dios honor de mí, y sea para mí el perdón de Dios, para mí la salvación de Dios, para mí la vida de Dios y para mí la felicidad de Dios siempre, verdaderamente, sin cesar jamás, claramente, ya, ahora, desde aquí mismo y para todo tiempo, por todas las edades y por los siglos de los siglos. Amén.

Gracias a Dios.

